



FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

RAFAEL.

PAGINAS DE LOS VEINTE AÑOS,

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

ILUSTRADO CON 10 GRABADOS.

Madrid.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE VAPOR

DE LAS NOVEDADES Y LA ILUSTRACION, BARCO, 2.

1857.



IMPRESA DE LAS VENTAS

RAFAEL

PAGINAS DE LOS VEINTI CUATRO

ALFONSO DE LUNA

IMPRESA DE LAS VENTAS

IMPRESA DE LAS VENTAS

ALFONSO DE LUNA

1851

RAFAEL.

PAGINAS DE LOS VEINTE AÑOS,

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

PROLOGO.

El nombre verdadero del autor de estas páginas no era Rafael. Otros amigos suyos y yo se lo dábamos frecuentemente por broma, puesto que se parecía mucho en su adolescencia á un retrato de Rafael cuando era niño, retrato que se ve en Roma en la galeria Barberini, en Florencia en el palacio Pitti, y en Paris en el museo del Louvre. Le nombrábamos así porque nuestro amigo tenia por cualidad distintiva de su carácter un sentimiento tan vivo de lo bello en la naturaleza y en el arte, que su alma no era, por decirlo así, sino un espejo de la belleza material é ideal esparcido en las obras de Dios y de los hombres. Este sentimiento nacia de una sensibilidad tan exquisita, que antes de que el tiempo la hubiese embotado algun tanto, era enfermiza en él. Aludiendo á ese sentimiento de *nostalgia*, que se llama la enfermedad del país, nosotros le decíamos que él padecia la enfermedad del cielo; en lo cual convenia con nosotros por medio de una dulce sonrisa.

Semejante pasión por lo bello le hacia desgraciado; en otra condicion le hubiera podido hacer ilustre. Si hubiera tenido un pincel hubiera pintado virgenes como la de Foligno (1). Si hubiera manejado el cincel hubiera esculpido la Psiquis de Cánova; si hubiera conocido la lengua en que se escriben los sonidos, hubiera notado los quejidos aéreos del viento del mar en las fibras de los pinos de Italia, ó reducido á música el aliento de la jóven dormida que sueña con aquel á quien no quiere nombrar. Si hubiera sido poeta hubiera escrito los apóstrofes de Job á Jehová, las estancias de la Herminia del Tasso, el coloquio de Romeo y de Julieta al resplandor de la luna, de Shakspeare, el retrato de la Haidea de Byron.

Nuestro amigo no amaba menos lo bueno que lo bello; pero no amaba la virtud porque era santa; la amaba principalmente porque era bella. Sin ninguna ambicion en el carácter, la habria llegado á tener en la imaginacion. Si hubiera vivido en aquellas repúblicas antiguas, donde el hombre se

(1) De Rafael.

desenvolvía todo entero en la atmósfera de la libertad, como el cuerpo sin ligaduras se desenvuelve en el aire libre y en la plenitud del sol, hubiera aspirado á todas las elevaciones como César; hubiera hablado como Demóstenes; hubiera muerto como Catón. Pero su destino humillado, ingrato y oscuro le retenía á pesar suyo en la ociosidad y en la contemplación; tenía alas con que volar; pero le faltaba punto de apoyo en el aire para tomar rumbo. Murió joven y devorando el horizonte con su vista, pero sin haberle recorrido. Su mundo fué un sueño. ¡Plegue á Dios que á lo menos se realice en el cielo!

—¿Habeis visto ese retrato de Rafael de que os he hablado hace poco? Es una figura de 16 años, de rostro pálido y un tanto tostado por el sol de Roma, pero en cuyas mejillas apunta el vello de la infancia. Un rayo de luz parece resbalar por el terciopelo de su tez. El codo del joven se apoya en una mesa; el antebrazo está levantado, sosteniendo la cabeza que reposa sobre la palma de la mano; los dedos, admirablemente modelados, imprimen una ligera línea blanca en su barba y su mejilla; la boca es fina, melancólica y ensoñadora; la nariz nace delgada entre los dos ojos, y ligeramente matizada de una tinta un poco azulada, como si á través de la delicadeza de la piel se transparentase el azul de las venas; sus ojos, de un celeste oscuro parecido al cielo de los Apeninos antes de que nazca la aurora, miran adelante con una ligera elevación hácia el cielo, como si aspirasen á algo mas alto que la naturaleza, é impregnados de luz hasta el fondo, parecen humedecidos de rayos que han pasado al través del rocío ó de las lágrimas. La frente es una bóveda apenas lustrada, bajo cuya fina epidermis se ven agitar los músculos del pensamiento; sus sienes parecen reflexionar; sus oídos parecen escuchar. Sus cabellos negros, cortados con desigualdad la vez primera por las manos inhábiles de un condiscipulo ó de una hermana, proyectan algunas sombras sobre la mejilla y sobre la mano. Una gorrilla chata de terciopelo negro cubre su cabeza y cae sobre su frente. Cuando se pasa por delante de este retrato se entristece uno sin saber por qué. Es el génio en la infancia, parándose á contemplar en el umbral del destino antes de penetrar en él. Es un alma á las puertas de la vida. ¿Qué será de esa alma? Pues bien, añadid seis años á la edad de este niño pensativo, acentuad sus facciones, tostad su tez, plegad su frente, abultad sus cabellos, quitad un poco de brillo á su mirada, entristeced la espresion de

su boca, agrandad su estatura, dad mas relieve á sus músculos, trocad ese traje de Italia del tiempo de Leon X por el traje sombrío y uniforme de un joven criado en la sencillez de los campos, que solo pide á sus vestidos la esencia, conservad cierta languidez meditativa ó doliente en esa actitud, y tendreis el retrato completamente exacto de Rafael á los 20 años.

Su familia era pobre, aunque antigua en las montañas del Forez, de donde traía su origen. A semejanza de los antiguos caballeros españoles, su padre habia dejado la espada por el arado, y no tenia mas dignidad que el honor, que vale por todas las dignidades. Su madre era una mujer todavía joven y hermosa, que hubiera podido pasar por su hermana, tanto se le parecia, y que educada en el lujo y elegancia de una capital, conservaba ese perfume del lenguaje y de los modales que no se evapora nunca, como se conserva el olor de las pastillas de rosa en el cristal donde han estado encerradas. Una vez relegada á aquellas montañas entre un marido que el amor habia dado y unos hijos en quienes habia puesto todas sus complacencias y todas sus satisfacciones, aquella mujer habia cerrado el hermoso libro de su juventud por estas tres palabras: «Dios, su marido y sus hijos.» Abrigaba una gran predilección hácia Rafael, y hubiera querido darle el destino de un rey; pero no tenia mas que su corazón para enaltecerle, y la idea de la miseria de su destino venia constantemente á presentarsele en su imaginación en medio de todas sus ilusiones.

Dos buenos viejos, perseguidos algun tiempo despues del Terror por ciertas opiniones religiosas que participaban del misticismo, y que anunciaban una renovación del siglo, habian venido á refugiarse en aquellas montañas y recibido un asilo en aquella casa. Grande fué el cariño que cobraron á Rafael, á quien su madre criaba entonces sobre sus rodillas. Anunciáronle un porvenir, señalaronle una estrella y dijeron á aquella santa mujer: «Poned vuestro corazón en ese hijo.» ¡Las madres son tan crédulas! La de Rafael se reprendía á si misma la fé que tenia en aquella, puesto que no le parecia muy conforme con sus sentimientos de religion; pero no por eso dejó de creer á aquellos excelentes hombres, y aunque esta credulidad la sostuvo en muchas tribulaciones, la llevó á hacer esfuerzos superiores á sus facultades para educar á su hijo, y acabó al fin por engañarla.

Conoci á Rafael á la edad de once

años. Después de su madre, yo era la persona que mas amaba. Acabados nuestros estudios, nos encontramos en Paris y después en Roma. Rafael, á quien habia llevado un pariente de su padre para que le ayudase á copiar manuscritos á la biblioteca del Vaticano, habia cobrado una verdadera pasion al idioma y al génio de la Italia, hablaba mejor el italiano que su propia lengua, y algunas tardes, bajo los pinos de la *Villa-Pamphili*, en presencia del sol poniente y de las osamentas de Roma esparcidas por la llanura, improvisaba estancias que me hacian llorar. Rafael, sin embargo, no escribia nada. ¿Por qué no escribes tus versos? le decia yo algunas veces.

—¿A qué escribir? me respondia él; escribe acaso el viento lo que canta en las hojas sonoras al pasar por encima de nuestras cabezas? Escribe el mar los gemidos de sus olas? Lo escrito nunca es bello; lo que hay de mas divino en el corazon del hombre no sale nunca de él. El instrumento es de carne, la nota es de fuego. ¿Qué quieres que haga? Entre lo que se siente y lo que se expresa, añadia, hay la misma distancia que entre el alma y las veinticuatro letras del alfabeto. Lo que hay que decir es lo infinito. ¿Sabes tú interpretar con una flauta de caña la armonía de las esferas?

Volvi á encontrarle después en Paris, valiéndose de las relaciones de su madre para hallar una colocacion activa que le descargase del peso de su alma y de la opresion de su destino. Los jóvenes de nuestra edad buscaban su trato, y las mujeres le miraban con complacencia; pero Rafael no se presentaba nunca en la sociedad y no amaba mas que á su madre.

De repente lo perdemos de vista durante tres años; luego supimos que se le habia visto en Suiza, en Alemania, en Saboya, y aun después durante un invierno pasando una parte de sus noches en los puentes y muelles de Paris. Rafael estaba entonces casi desnudo. Al cabo de algunos años fué cuando supimos la causa. Ausente y todo pensábamos mucho en él, porque Rafael era de esas naturalezas que desafian á que se las olvide.

La casualidad nos reunió al fin doce años mas tarde. Yo habia tenido una herencia en su provincia; habia ido allí para vender una posesion, y pregunté por Rafael. Me dijeron que habia perdido á su madre, á su padre y á su mujer en muy pocos años; que los descalabros de la fortuna habian venido en pos de las heridas del corazon, y que de su corta herencia solo le quedaba el solar de una antigua torre me-

dio desmantelada al borde de unos barrancos, un jardin, un huerto, un prado y cinco ó seis aranzadas de mala tierra. Rafael los labraba por sí mismo con dos secos bueyes, no distinguiéndose de los aldeanos sino por los libros que acostumbraba llevar á la labor y que tenia frecuentemente en una mano, mientras con la otra guiaba el arado. Pero como hiciese algunas semanas que no se le hubiese visto salir de su habitacion, se creia que acaso hubiera partido para hacer alguno de aquellos largos viajes que duraban años.

—Cuánto lo sentiríamos, añadian; todo el mundo le ama en las cercanías. Aunque pobre hace tanto bien como si fuera rico. Ricos vestidos hay en el pais hechos con la lana de sus ovejas. Por las noches se entretiene en enseñar á leer y á escribir á los chicos de las cabañas vecinas, los calienta en su hogar, les da su pan, y esto cuando Dios sabe si le queda algo cuando las cosechas son malas como este año!

De esta manera me hablaban de Rafael. Queriendo ver á lo menos la morada de mi antiguo amigo, me hice conducir hasta el pié de la colina, en cuya cumbre se destacaba su torre negruzca flanqueada de algunos establos sobre un bosquecillo de bojés y de nogales. Pasé, pues, por encima de un tronco que servia de puente al torrente casi seco que rodaba en el fondo del barranco, y subí por una pendiente de piedras movilizadas. En las faldas agostadas de la colina pastaban dos vacas y tres carneros que guardaba un pastor viejo y casi ciego, que sentado en un antiguo escudo de armas derrumbado de encima de la puerta, rezaba sus oraciones con el rosario en la mano.

Aquel buen hombre me dijo que Rafael no habia marchado, pero que hacia dos meses estaba enfermo, y que le parecia que no volveria á salir sino para el cementerio, señalándome al mismo tiempo con la mano este sitio que estaba en la opuesta colina.

—¿Puedo ver á Rafael? le pregunté.

—Sí señor, me contestó; subid la escalera, á la derecha encontrareis una gran sala, tirad del cordon del picaporte, y allí lo hallareis acostado en su cama, tan dulce como un ángel, tan sencillo como un niño, añadió enjugado sus ojos con las manos.

Subí el tramo de una larga y vieja escalera interior. Los escalones que se apoyaban en la pared de la torre terminaban en una meseta cubierta de una armazon de madera con un pequeño techo, cuyas tejas andaban rodando por los escalones. Tiré de la cuerda que habia en la puerta de la derecha y entré. No olvidaré nunca el espec-

táculo que se presentó ante mis ojos. La habitación era muy grande, como que ocupaba todo el espacio contenido entre las paredes de la torre. La luz le entraba por dos grandes ventanas con cruceros de piedra, cuyos rotos y empolvados vidrios estaban embutidos en tiras de plomo. El techo se componía de gruesas vigas ennegrecidas

cual estaba envuelto un pedazo de pan, mientras en la otra mitad se veían una porción de papeles y libros desordenados; y en fin, una cama de columnas apolilladas, con cortinas de sarga azul descorridas sobre las mismas columnas para dar paso al aire y á los rayos del sol que penetraban con libertad por la ventana.



Poned vuestro corazón en ese hijo.

por el humo; el suelo era de ladrillo. De una gran chimenea, cuya armazón era de madera groseramente trabajada, pendía por medio de unos llaves una olla llena de patatas, bajo la cual humeaba un leño que ardía por uno de sus extremos. Los muebles que había en la habitación estaban reducidos á dos sillas con espaldar de madera tallada, forrado de una tela cenicienta, cuyo color primitivo era imposible distinguir; á una mesa grande, cuya mitad estaba cubierta con un mantel de lienzo crudo, en el

Un hombre joven todavía, pero estenuado por la consunción y la miseria, estaba reclinado al borde de la cama, distraído en el momento de abrir yo la puerta en echar las migajas de un pedazo de pan á una nube de golondrinas y de pajarillos que se agitaban pianto alrededor del manjar esparcido en el suelo.

Aquel os inocentes amigos del solitario se espantaron al ruido de mis pasos, y fueron á posarse en la cornisa, en las columnas y en el cortinaje del lecho. A pesar de

su palidez y de su demeracion reconoció al instante á Rafael. Su rostro, al perder su juventud, no habia perdido su carácter; no habia hecho mas que variar de belleza. ¡Esta belleza era ahora la de la muerte! Rembrandt no hubiera podido hallar ningun tipo mejor de otro Jesucristo en el jardin de las olivas. Sus negros cabellos se desprendian en bucles por sus espaldas, como los de un labrador con los sudores del medio dia. Su larga barba caia con una simetria natural, que dejaba entrever el gracioso corte de sus lábios, la prominencia de sus mejillas, los arcos de sus ojos, el lineamiento de su nariz, la concavidad meditativa de sus sienas, la blancura y la transparencia de su cutis. Su camisa entacabierta sobre el pecho descubria un tronco descarnado, pero musculoso, que habria dado una gran majestad á su estatura si la debilidad le hubiera permitido enderezarse.

Tambien Rafael me reconoció á la primera ojeada, dió un paso con los brazos abiertos para venir á abrazarme, y se desplomó á los piés de la cama. Corrí á él. Lloramos primero, hablamos despues. Me contó su vida, siempre combatida, siempre tronchada por la fortuna ó por los padecimientos en los mismos instantes en que él esperaba coger su flor ó su fruto; la pérdida de su padre, la de su madre, la de su mujer y la de sus hijos; además, sus reveses de fortuna, la venta forzada de su patrimonio, y su retirada á aquellas ruinas de la morada de su familia, donde no tenia mas compañía que la del anciano boyero, que le servia sin salario por amor á su nombre y á su casa; despues, en fin, la enfermedad de languidez, que segun propias palabras, debia arrebatarle con las hojas del otoño para recostarle en el cementerio de la aldea al lado de los que tanto habia amado. ¡La sensibilidad de su imaginacion se revelaba hasta en la muerte, y aun parecia comunicarla con el poder de su idea á la grama y al musgo que habia de florecer sobre su sepulcro.

—¿Sabes lo que mas me aflije? me dijo señalándome con el dedo la orla pintoresca que formaban los pájaros encaramados sobre la cornisa de la cama; lo que mas me aflije es pensar que esta primavera estos tiernos seres, de quienes he hecho mis últimos amigos, vendrán á buscarme á mi torre y no encontrarán ni esos vidrios rotos por donde entrar en la habitacion, ni los velloncillos de lana de mi colchon para hacer su nido... Verdad es que el ama, á quien dejo lo poco que poseo, tendrá cuidado de ellos mientras viva, añadió Rafael para

consolarse á sí mismo; y despues de ella... Dios...

que alimenta tambien las avecillas.

Enterneciósese Rafael al hablar de los pobres animalillos. Conociase que la ternura de su alma, rechazada ó contrariada por los hombres, se habia refugiado en aquellos interesantes huéspedes de su soledad.

—¿Pasarás algun tiempo en nuestras montañas? me preguntó.

—Sí, le respondí.

—Tanto mejor, replicó, tú me cerrarás los ojos... tú cuidarás de que mi sepulcro se abra lo mas cerca posible del de mi madre, del de mi mujer ó del de mi hijo.

Rogóme en seguida que le acercase un gran cofre de madera tallada, que estaba tapado con un saco de maiz en un rincon de la sala, y cuando lo hube puesto sobre la cama, sacó una multitud de papeles que fué rompiendo silenciosamente, y cuyos pedazos rogó á su ama que arrojase allí mismo al fuego. Entre ellos habia una multitud de versos en todos los idiomas, é innumerables fragmentos separados por fechas, como otros tantos recuerdos.

—¿A qué quemar eso? le dije con timidez; ¿el hombre no tiene, así como una herencia material, otra herencia moral que legar á los que deja trás de sí? ¿Acaso entre eso que estás quemando no habrá sentimientos ó ideas capaces de vivificar algun alma?

—Déjame quemarlos, me respondió; bastantes lágrimas hay en el mundo; no hay necesidad de derramar nuevas gotas en el corazon del hombre: estas son, añadió, las plumas insensatas de un alma que las ha remudado para vestirse las alas de la eternidad.

Y siguió rompiendo y quemando papeles mientras yo contemplaba la aridez de los campos por los vidrios rotos tambien de la ventana.

Llamóme, en fin, junto á su lecho.

—Toma, me dijo, salva este corto manuscrito, no tengo valor para quemarle. Despues de mi muerte el ama haria de ellos cucuruchos para las semillas. No quiero que sea profanado el nombre de que ese manuscrito está lleno. Llévatelo y guárdalo hasta que sepas mi muerte. Cuando no exista quémalo ó guárdalo hasta la vejez para que algunas veces te acuerdes de mi recorriendo sus páginas.

Tomé el rollo que me alargaba, lo guardé en mi bolsillo, y salí pensando en volver al dia siguiente y todos los dias, para en-

RAFAEL.

I.

Hay sitios, hay climas, hay estaciones, hay horas, hay objetos exteriores de tal manera enlazados con ciertas impresiones del corazón, que la naturaleza parece convertirse en una parte del alma, y el alma en una parte de la naturaleza, que si separais la escena del drama ó el drama de la escena, la escena pierde su color, y el sentimiento se desvanece. Quitad las costas escarpadas de la Bretaña á René, los planos del desierto á Atala, las nieblas de la Italia á Werther, las olas impregnadas de sol y los páramos sudando de calor á Pablo y Virginia, y no comprendéis ni á Chateaubriand, ni á Bernardino de Saint-Pierre, ni á Goëthe. Los lugares y las cosas se unen con un lazo íntimo, porque la naturaleza es tan una para el corazón del hombre como para sus ojos. Los hombres somos hijos de la tierra. La misma vida es la que corre en su savia que en nuestra sangre. Todo lo que la tierra, nuestra madre, parece sentir y decir á los ojos en sus formas, en sus aspectos, en su fisonomía, en su tristeza lo mismo que en su esplendor, tiene un eco profundo en nosotros. No se puede comprender bien un sentimiento sino en los lugares en que se despertó.

II.

A la entrada de la Saboya, laberinto natural de profundos valles que descienden como otras tantas torrenteras del Simplon, del San Bernardo y del monte Cénis hácia la Suiza y hácia la Francia, un gran valle, mas ancho y menos hondo que los demás, parece romper junto á Chambery el nudo de los Alpes, formándose un lecho de ver-

dura, de rios y de lagos en direccion de Ginebra y de Annecy, entre el monte del Chat y las montañas naturales de los Beau- ges.

A la izquierda y por espacio de dos leguas, el monte del Chat levanta al cielo una linea alta, sombría, uniforme, sin ondulacion en su cumbre, que parece un inmenso baluaste tirado á cordel. Apenas dos ó tres dientes agudos de roca gris interrumpen á su estremidad oriental la simétrica monotonia de su forma, como para recordar que no ha sido la mano del hombre, sino la de Dios, la que ha podido jugar con aquellas enormes masas. Hácia Chambery los estribos del monte, estendiéndose con cierta mollicie en la llanura, forman en su descenso algunos escalones y colinas revestidos de pinos, de nogales, de castaños e lazados con magníficas viñas. Al traves de esta brusca y casi salvaje vegetacion, se ven blanquear de distancia en distancia algunas casas de campo, destacarse los elevados campanarios de pobres aldeas, ó negrear las antiguas torres de los castillos almenados de otros tiempos. Mas abajo la llanura que fué antiguamente un vasto lago, conserva la hondura, las orillas desiguales, los cabos avanzados de su antigua forma; solamente que en vez de las aguas, se ven ondear las ondas amarillas ó verdes de los encinares, de las praderas y de las mieses.

Algunas llanuras un poco mas elevadas, que fueron islas en otro tiempo, se descubren en medio de este pantanoso valle. Las casas coustruidas en ellas aparecen cubiertas de bálago y casi ocultas bajo las ramas. Mas allá de este antiguo pantano, ya seco, el monte del Chat, mas desnudo, mas áspero y mas inaccesible, sumerge sus piés en las aguas de un lago no menos azul que el

firmamento en el que esconde su cabeza. Este lago, de cerca de seis leguas de longitud con una latitud que varía de dos á tres, según los accidentes del terreno, está encajonado profundamente del lado de la Francia. Por el de Saboya, al contrario, se introduce sin obstáculo en ensenadas y pequeños golfos, entre márgenes cubiertas de bosques, de viñas y de higueras que bañan en las aguas sus hojas. Al fin va á morir sin ser visto al pié de las rocas de Chatillon, las cuales se abren para dejar correr al Ródano el mayor caudal del lago.

La abadía de Haute-Combe, tumba de los príncipes de la casa de Saboya, se eleva al Norte en un plano de granito, y dibuja en las aguas del lago la sombra de sus espaciosos claustros. Puesto al abrigo del sol durante todo el día, merced al monte del Chat que le sirve de muralla, este edificio recuerda, por la oscuridad que lo circuye, la eterna noche de que es morada para los príncipes que desde el trono han descendido á sus bóvedas. Unicamente por la tarde viene á iluminarlo un rayo del sol poniente y á reverberar en sus muros, como para mostrar á los hombres el puerto de la existencia en los últimos albores del día. Algunas barcas pescadoras sin velas se deslizan silenciosamente sobre las aguas profundas á la sombra de la escarpada montaña. Lo antiguo de sus bordajes los hace confundirse por su color con la tinta sombría de las rocas. Aguilas de plumas cenicientas baten sin cesar sus alas sobre aquellas y sobre las barcas, como para disputar su presa á las redes ó para devorar las aves pescadoras que siguen la estela de estos barquichuelos á lo largo de la orilla.

III.

El pueblecillo de Aix, en Saboya, lleno del vapor, del ruido y de los olores que despiden los arroyos de sus aguas ardientes y sulfurosas se halla asentado en escalones en una ancha costa de viñedos, pradales y jardines que se estienden por sus cercanías. Una inmensa multitud de centenarios álamos, semejante á esas calles de árboles que formando horizonte conducen en Turquía á la mansion de las tumbas, es la cadena que enlaza el pueblo con el lago. A entrambos lados de este camino, prados y campos cruzados de los cáuces pedregosos y en ocasiones secos de los torrentes que descienden de lo alto de la montaña, están amparados á la sombra de gigantescos nogales, de cuyas ramas penden pámpanos robustos como las lianas de América, con sus verdes ho-

jas y sus abundantes racimos. A lo lejos se pierde bajo estos nogales y viñedos el azul lago, que brilla ó palidece según las nubes que pueblan el cielo en las diversas horas del día.

A mi llegada á Aix la multitud habia desaparecido. Cerradas estaban cuantas fondas y salones abren su seno á la gran concurrencia de ociosos y de extranjeros en la temporada de verano. Solo quedaban ya algunos pobres convalecientes tomando el sol á la puerta de las tabernas mas indigentes, y algunos enfermos desesperados de su curacion, arrastrando sus lánguidos pasos en las calurosas horas del medio día sobre las hojas que habian caído durante la noche de las altas copas de los álamos.

IV.

El otoño era suave aunque anticipado. Era la estación en que las hojas, heridas con la helada matinal y coloreadas durante un momento por sonrosadas tintas, llueven abundantemente de las vides, cerezos y castaños. Las nieblas se dilataban como anchas inundaciones nocturnas hasta bien entrado el día por todo el seno de los valles, sin dejar descubierto mas que las copas medio anegadas de los mas altos álamos de la llanura, las costas elevadas como islas, y los dientes de la montaña semejantes á cabos ó escollos erizados sobre la superficie del Océano. Los vientos en tanto impetuosos del Mediodía agitaban toda esta espuma de la tierra cuando el sol llegaba al mas alto punto del cenit. Encajonados en las gargantas de las montañas, ellos, las aguas y los árboles lanzaban murmullos sonoros, tristes, melodiosos, ya atronadores, ya imperceptibles, que recorrían al parecer en breves minutos todas las notas armoniosas de los placeres, de la fuerza y de las melancolias de la naturaleza. Ante espectáculo semejante, el alma se sentía profundamente conmovida. Estos rumores se desvanecían despues (como la plática entre espíritus celestiales que ya han pasado y que se alejan), sucediéndoles un silencio tan profundo, que el hombre ni aun hubiera podido escuchar el de su propia respiración. El cielo habia vuelto á recobrar su serenidad casi italiana. Los Alpes ocultaban su frente en los infinitos espacios del firmamento. Las gotas de las nieblas matutinas sonaban al caer sobre las marchitas hojas ó brillaban como chispas de luz en las dilatajadas praderas. Estas horas eran breves. Las azuladas y frescas sombras de la tarde se deslizaban rápidamente desplegadas co-

mo un ancho sudario por aquellos horizontes que apenas habian gozado de los últimos rayos del sol. Parecia que la naturaleza estaba á punto de morir; pero como mueren la juventud y la belleza, en toda su tranquilidad y su gracia.

Tal pais, tal estacion, tal naturaleza, tal juventud y tal languidez en cuantos objetos se hallaban á mi alrededor, consonaban maravillosamente con el estado de languidez que me consumia. Hundíame en abismos de tristeza; pero esta tristeza tenia vida, estaba demasiado llena de pensamientos, de impresiones, de relaciones íntimas con lo infinito, de claro-oscuro en mi alma, para que desease libertarme de ella. Es una enfermedad, pero enfermedad en la que el mismo sentimiento es un atractivo en vez de ser un dolor, en la que la muerte parece un voluptuoso desvanecimiento en el seno de lo infinito. Estaba resuelto á entregarme en adelante completamente á este género de tristeza, á abandonar toda compañía que pudiese distraerme de ella, á envolverme en silencio, soledad é indiferencia, en medio de la gente que encontrase. El aislamiento de mi espíritu era un sudario, á través del cual no queria ver mas á los hombres.

A mi tránsito por Chambery habia visto á mi amigo Luis de***. Le habia encontrado en la misma disposicion en que yo me hallaba. Alzado el lábio con el disgusto que producen las amarguras de la vida, variado su carácter, replegada su alma en sí misma, fatigado su cuerpo á causa de los esfuerzos de su pensamiento. Luis me habia hablado de una casa aislada y tranquila, situada en la parte mas elevada de Aix, donde se recibian enfermos pensionistas. Esta casa, establecida y sostenida por un médico retirado, tan excelente como agobiado de años, y por su mujer, no tenia mas punto de comunicacion con el pueblo que una estrecha senda, costada de arroyuelos formados por tibios manantiales. La última casa daba á un jardin circundado de verjas y de arcadas. Mas allá prados en declive y bosques de castaños y nogales conducian á las montañas por entre barrancos tapizados de menuda yerba, donde seguramente no podian hallarse mas que cabras. Luis me habia prometido establecerse conmigo en Aix, no bien hubiese arreglado ciertos negocios que que le detenian en Chambery desde la muerte de su madre. Su presencia debia serme tanto mas agradable, cuanto que su alma y la mia se comprendian por su mútuo desencanto de la existencia. Sufrir juntos es mucho mejor que gozar juntos. El dolor tiene

lazos mas fuertes que la felicidad para estrechar dos corazones. En aquel momento Luis era el único que podia acompañarme sin que me fuese dolorosa su compañía. Cuando lo esperaba no sentia la mas mínima impaciencia ni le daba prisa ninguna.

V.

En casa del anciano médico fui recibido con el mayor agrado y con la mas dulce bondad. La habitacion que me destinaron tenia una ventana que daba al jardin, y desde la cual se descubria toda la campiña. Las demás habitaciones estaban casi vacías, y casi desierta la larga mesa del huésped. En ella, á la hora de la comida, no se reunia mas gente que la de la casa y tres ó cuatro enfermos rezagados de Chambery y de Turin. Estos enfermos iban á los baños algun tiempo despues de aquel en que acostumbraba ir la generalidad de los que concurren á ellos, con objeto de hallar las habitaciones menos caras y de establecer así un plan económico mas conforme á la escasez de sus medios. Nadie habia allí con quien yo pudiera distraerme ó anudar algun lazo familiar de esos que la casualidad proporciona. El anciano médico y su esposa no podian menos de dolerse de esta circunstancia, y parecia que buscaban alguna excusa, ya hablandome de lo demasiado tardío de la estacion, ya de lo demasiado pronto que se habian ausentado sus numerosos huéspedes. Noté que únicamente me hablaban con vivo entusiasmo y con tierno y compasivo respeto de una jóven extranjera detenida en los baños, merced á cierta languidez que se temia que llegase al cabo á degenerar en una lenta consuncion. Ya hacia algunos meses que ocupaba, acompañada solo de una camarera, la habitacion mas retirada y silenciosa de la casa. Jamás bajaba á la sala comun; comia en su cuarto; nunca se la veia en otra parte mas que en la ventana que daba al jardin (la cual se hallaba cubierta por una espesa enredadera de pámpanos), ó en la escalera cuando volvia de haberse paseado en un asno por entre las queceras de la montaña.

Mucha compasion me inspiraba esta jóven relegada y sola, como yo, en un pais extranjero; enferma sin duda, puesto que habia ido allí á buscar su salud; indudablemente triste, puesto que evitaba el ruido y las miradas de las gentes. Pero yo no deseada verla en manera alguna, á pesar de que cuantos me rodeaban me espresaban la admiracion que sentian por su gracia y su hermosura. Lleno el corazon de cenizas,

cansado de las miserables y poco duraderas inclinaciones, ninguna de las cuales (exceptuada la de la pobre Antonina) habia merecido una acogida tan gravemente piadosa en mi memoria; avergonzado y arrepentido de esos afectos comunes, tan desordenados como pasajeros; llagada el alma por las faltas que habia cometido; seca y árida por el disgusto que me inspiraban los vulgares arrebatos de las pasiones; tímido y reservado por carácter y posición; careciendo de la ciega confianza en sí mismo que conduce á ciertos hombres á procurar encuentros é intimidades accidentales, no pensaba en ver ni en que me viesen: todavía menos deseaba amar. Me gozaba por el contrario en el áspero y falso orgullo que tenia de haber ahogado para siempre semejante puerilidad en lo más íntimo de mi corazón, y de bastarme á mi mismo para padecer ó para gozar en el mundo. En cuanto á la felicidad... no creía en ella.

VI.

Comunmente solia estarme en mi cuarto, acompañado de los libros que mi amigo me enviaba de Chambery. Después de medio día recorría solo los sitios salvajes de las montañas que rodean el valle de Aix por la parte de Italia, y á la tarde volvía á casa fatigado, donde después de comer entraba en mi cuarto nuevamente y me ponía de codos en mi ventana, permaneciendo en esta postura unas dos horas. En este espacio de tiempo contemplaba el firmamento, que eleva y absorbe los pensamientos del alma de igual modo que el abismo llama á sí al que se inclina á contemplarlo, como si tuviese que revelarle algún secreto. Luego me adormía entre este mar de pensamientos, en el que no buscaba jamás orilla ninguna, despertándome á los rayos del sol y al murmullo de los calientes manantiales para meterme en el baño y para volver á empezar la misma tarea después del desayuno, y á experimentar una melancolía idéntica á la del día anterior.

Algunas veces, cuando por la tarde me inclinaba en mi ventana que daba al jardín, percibía otra ventana abierta é iluminada, no muy distante de la de mi cuarto, y una figura de mujer apoyada, como yo, de codos, que con la mano separaba de su frente las largas trenzas negras de sus cabellos para contemplar también el jardín—resplandeciente á los rayos de la luna,—el firmamento y las montañas. En este claro oscuro no alcanzaba yo á descubrir más que un perfil puro, pálido, trasparente, ceñido

de las ondas negras de una cabellera lisa y pegada á las sienes, y un cuerpo que se dibujaba en el fondo luminoso de la ventana, bañada en los fulgores de la lámpara que ardía en lo interior de la habitación. A intervalos habia oído también el sonido de una voz de mujer que decía algunas palabras ó dictaba algunas órdenes. El acento, aunque puro, ligeramente extranjero; la vibración un tanto febril, lánguida, dulce, y sin embargo prodigiosamente sonora de esta voz, de la que yo escuchaba el alma sin comprender las palabras, me habian conmovido profundamente.

Esta voz permanecía en mis oídos mucho tiempo después de haber cerrado mi ventana como un eco prolongado. Jamás, ni aun en Italia, habia yo percibido una voz semejante á aquella que resonaba entre los dientes medio cerrados, como las pequeñas liras de metal que los niños de las islas del Archipiélago hacen por las tardes zumban en sus labios al compás de las sosegadas olas. Era más bien un sonido metálico que una voz, y yo, sin curarme del día de mañana, la habia escuchado no soñando siquiera que podría resonar por siempre en mi vida de una manera tan profunda.

Un día, no obstante, al volverme antes de anochecer por la puertecilla enverjada del jardín, vi de más cerca á la extranjera que se calentaba á los tibios rayos del sol, sentada en un banco pegado al muro, en paraje donde lo bañaban los resplandores del ocaso. Ella no oyó el ruido que hice al cerrar la puerta; y como se creía sola pude contemplarla por largo tiempo sin ser visto. Apenas estábamos separados más que por una veintena de pasos y por el velo de una reja donde se enredaban unos pámpanos, ya medio desnudos de follaje, merced á los primeros frios. La sombra de las hojas de viña que aun quedaban asidas á los troncos, luchaba en el rostro de aquella mujer con la claridad de los rayos del sol, flotantes al parecer en su faz, y su talle semejaba al de las mármóreas esculturas que representan jóvenes recién acabadas de salir del baño, las cuales, envueltas en largos y plegados lienzos, nos hacen admirar la naturaleza sin que podamos discernir claramente sus formas.

Hallábase además envuelta en un traje de grandes y sueltos pliegues, y los que formaba un chal blanco que ceñía su cuerpo no dejaban ver más que sus manos, cuyos dedos, un tanto descarnados, descansaban cruzados sobre sus rodillas. En ellas oprimía con negligencia una de esas rojas clavellinas salvajes que florecen bajo la nieve en las

montañas, y á las que no sé por qué se da el nombre de *clavellina poeta*. Un capuchon formado del mismo chal la cubria la parte superior de la cabeza para libertar sus cabellos de la humedad de la tarde. Inclined languidamente, torcido el cuello hácia el hombro izquierdo, los párpados cerrados

la hizo abrir sus ojos que eran de un verde claro ó de lápiz-lázuli con vetas oscuras, rasgados y un poco hundidos, dulcemente adormecidos, merced á la debilidad de los párpados, y adornados por la naturaleza de esa franja poblada de largas y negras pestañas que las mujeres del Oriente



Sentada en un banco pegado junto al muro.

por largas pestañas negras, que los ponian á cubierto de los deslumbradores rayos del sol, petrificadas al parecer sus facciones, teñido de palidez su cutis, revelando su fisonomía que aquel alma se hallaba sumergida en un pensamiento mudo, todo la hacia semejante á una estatua de la muerte; pero de la muerte que nos atrae á sí, que arrebata el alma al sentimiento de las angustias humanas, y que la trasporta á regiones de luz y de amor, donde resplandece el astro de la vida eternamente dichosa. El ruido de mis pasos sobre las hojas marchitas

aprovechan con tanto artificio para templar la expresion de la mirada, para dar energia aun á la misma languidez, para infundir al deleite alguna cosa de salvaje. La mirada de aquellos ojos parecia venir de una distancia que no he podido medir despues en ningun otro ojo humano, y semejaba completamente á la misteriosa antorcha de las estrellas que os buscan como para conmoveros en vuestras noches, y que llegan á vosotros desde millares de leguas, resplandeciendo en el espacio. La nariz enteramente griega de la jóven se unia por me-

dio de una línea casi recta á una frente elevada y angosta oprimida como la frente por un grave pensamiento; sus labios eran delgados y ligeramente marchitos hácia los ángulos de la boca por un pliegue habitual de tristeza; sus dientes mas bien de nácar que de marfil, como los de las jóvenes nacidas en las islas ó en las húmedas riberas del mar; su rostro era un óvalo que comenzaba á perder su regularidad hácia las sienes y hácia la parte inferior de la boca; su fisonomía la de un pensamiento mas bien que la de un sér humano; y sobre toda esta vaguedad general de la espresion se notaba una languidez indecisa, medio hija de la pasión, medio engendrada por el sufrimiento, que no permitia á la mirada dejar de complacerse en la contemplacion de aquella figura sin llevar su imágen indeleblemente grabada.

En suma, era la aparicion de una enfermedad contagiosa del alma bajo la aparicion de la hermosura mas seductora y mas llena de majestad que haya salido jamas del sueño de un hombre sensible. Saludéla con respeto, pasando rápidamente á la calle de árboles inmediata á la en que ella estaba, y mi actitud reservada y mis ojos bajos parecian pedirle perdon de haberla distraído involuntariamente. Cuando me acerqué á ella una ligera tinta sonrosada tiñó sus pálidas mejillas. Entré en mi cuarto temblando, sin saber si era el frío de la tarde que me habia puesto calenturiento, y algunos minutos despues vi que la jóven entró tambien en la casa, fijando sobre mi ventana una mirada indiferente. En los dias siguientes la volví á ver á las mismas horas, ya en el patio, sin que me asaltase el pensamiento ni me sintiese con la audacia de que hubiera necesitado para dirigirme á ella. Hasta volví á encontrarla, unas veces en los prados de las queseras, conducida por muchachas que arreaban su asno y que la cogian frescas, otras en su barquilla paseándose en el lago. La única muestra de vecindad y de interés que yo la daba era la de hacerle un saludo grave y respetuoso: ella me le devolvía con una distracción melancólica, y ambos seguíamos nuestro camino, ora por las ondas del lago, ora por las asperezas de la montaña.

VII.

Y sin embargo, me sentia desorientado y triste al anocheecer si no la habia encontrado por la tarde; y sin darme cuenta del móvil que me impulsaba, descendia al jardín, donde permanecía, á pesar del frío de

la noche, con los ojos fijos en su ventana. Dolíame el retirarme sin haber divisado su sombra á través de las cortinas, sin haber oido una nota de su piano, sin haber escuchado el extraño timbre de su voz.

El salon del departamento que ocupaba á las primeras horas de la noche estaba contiguo á mi cuarto, y solo le separaba de él una gruesa puerta de roble cerrada con dos cerrojos. Podia oír confusamente el ruido de sus pasos, el crugir de su vestido, el rumor de las hojas del libro que leía; hasta me parecia algunas veces escuchar su respiracion. Instintivamente coqué la mesa en que escribia y puse mi lámpara junto á esta puerta, porque me juzgaba menos solo escuchando los ligeros movimientos de vida que me rodeaban. Me figuraba vivir acompañado con estos sentimientos desconocidos que llenaban insensiblemente mis dias enteros.

En una palabra, tenia secretamente todos los pensamientos, todo el celo, todos los refinamientos de la pasión, aun antes de haber sospechado que amaba. El amor estaba para mí no en tal ó tal síntoma, en tal mirada, en tal confesion, en tal circunstancia exterior, contra las cuales me hubiera podido prevenir; estaba, como los miasmas invisibles esparcidos en la atmósfera que me rodeaba, en el aire, en la luz, en la estacion moribunda, en el aislamiento de mi existencia, en la afinidad misteriosa de aquella otra existencia que parecia aislada tambien; en las largas correrías que me alejaban de su lado para hacerme sentir mejor el inesplicable atractivo que me arrastraba hácia ella; en su trage blanco distinguido de lejos á través de los árboles de la montaña; en sus cabellos negros que el viento del lago agitaba sobre el borde de su barquichuelo; en sus pasos en la escalera, en la luz de su ventana, en el ligero crugir del pavimento enmaderado de su habitacion; en el contacto de su pluma con el papel cuando escribia; en el silencio mismo de estas largas noches de otoño que pasaba sola leyendo, escribiendo ó meditando á algunos pasos de mí; por último, en la fascinacion de la belleza fantástica que yo habia visto muy bien sin mirarla apenas, y que volvia á ver cuando cerraba los ojos á través del muro como si para mí hubiera sido transparente.

Este sentimiento, por otra parte, no estaba mezclado en mi alma con ningun celo indiscreto, con ninguna curiosidad de romper el secreto de esta soledad, ni el frágil muro de nuestra separacion voluntaria, por decirlo así. ¿Qué me importa, decia yo ha-

blando conmigo mismo, esa mujer enferma de corazón ó de cuerpo, encontrada por casualidad en medio de las montañas de un país extranjero? Había sacudido (así me lo figuraba á lo menos) el polvo de mis piés; no quería ligarme á la vida por ningun lazo del alma, por ningun lazo de los sentidos, sobre todo por ninguna debilidad del corazón. Menospreciaba profundamente el amor, porque no había conocido bajo este nombre mas que sus engaños, sus coqueterías, sus ligerezas ó sus profanaciones, á escepcion del de Antonina, que no había sido mas que una graciosa puerilidad de sentimientos, una flor caída del tallo antes de la hora del perfume.

VIII.

Y ¿quién era esta mujer? ¿Era un sér como yo, ó una de esas apariciones, uno de esos vivos meteoros que cruzan el cielo de nuestra imaginacion sin dejar en él mas que la memoria de haber ofuscado rápidamente nuestros ojos? ¿Era de mi patria ó de una patria lejana, de una isla de Oriente ó de los trópicos adonde yo no podía seguirla despues de haberla adorado algunos dias para tener que llorarla siempre? Y luego su corazón, ¿estaba en libertad para responder al mio? ¿Era verosímil que una belleza tan fascinadora hubiese cruzado el mundo y llegado á la interesante madurez próxima á la declinacion de la juventud, sin haber inflamado en su camino á uno de aquellos en quienes sus miradas debian naturalmente haberse fijado? ¿Tenia padres ó hermanos? ¿Era casada ó soltera? ¿No podia existir en el universo un hombre momentáneamente separado de ella por circunstancias inexplicables? ¿Y no podían sus corazones vivir el uno para el otro?

Todo esto me decía á mí mismo para alejar de mi pensamiento involuntario, sin esperanza, y sin embargo delicioso. Hasta desdeñaba informarme, y encontraba indigno de mi estoicismo hacer nada por penetrar en el seno de lo desconocido. Encontraba mas digno y tal vez mas dulce dejar que mi espíritu flotase en espacio tan tenebroso.

IX.

La familia del anciano médico no tenia el mismo orgullo de corazón para respetar este secreto. La curiosidad natural de los huéspedes de casas donde viven estraños, interpretaba en la mesa todas las circunstancias, todas las probabilidades, todas las

noticias, hasta las de menos importancia que podia recoger acerca de la jóven extranjera. Sin hacer la mas mínima pregunta, antes bien evitando sacar semejante conversacion, supe lo poco que había llegado á traslucirse de su misteriosa vida. En vano procuraba dar otro giro á la conversacion; siempre venia á recaer en el mismo asunto. Hombres, mujeres, niños, jóvenes, bañistas, criados de la casa, guías en la montaña, barqueros en el lago, todos se ocupaban de la que había sorprendido, de la que había interesado, de la que había enternecido á todo el mundo sin hablar á nadie. Ella era objeto de los pensamientos, del respeto, de las conversaciones, de la admiracion de la multitud. Existen ciertos seres que brillan, que deslumbran, que lo arrebatan todo en torno de su esfera de atraccion, sin pensarlo, sin quererlo, hasta sin saberlo. Diríase que ciertas naturalezas tienen un sistema como los astros, y hacen gravitar las miradas, las almas y los pensamientos de sus satélites en su propio movimiento. La belleza física ó moral es su poder, la fascinacion su lazo, el amor la fuente de sus emanaciones. Las seguimos en la tierra y aun en el cielo, adonde se remontan en su juventud, y cuando las perdemos de vista los ojos quedan como ofuscados por su esplendor. Nunca solemos mirar adonde no vemos cosa alguna. El vulgo mismo, yo no sé por el imperio de qué signos exteriores, tiene el sentimiento de estos seres, y los admira sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento que sin verlos sienten los rayos del sol.

X.

Gracias á estas circunstancias supe que la jóven habitaba en Paris; que su marido era un anciano ilustre en el último siglo, por trabajos que habían formado época en la historia de los descubrimientos del espíritu humano; que la había adoptado sorprendido de su belleza y su génio, á fin de hacerla heredera de su nombre y de sus bienes; que ella le amaba como á su padre; que asiduamente le escribía cartas que eran el diario de su alma y de sus impresiones; que había caído hacia dos años en una languidez tal, que llegó á inspirar serios temores á su marido; que la habían ordenado el cambio de aires, y mandado viajar por el Mediodía; que las enfermedades de su anciano esposo que le impedían seguirla, razón por la cual la había confiado á la familia de uno de sus amigos de Lausana, con la que ella había recorrido la Italia y

la Suiza; y finalmente, que no habiendo sido bastante á restablecer sus fuerzas el cambio de clima, un médico ginebrino, temiendo que se hallase poseída de una enfermedad de corazón, la había llevado á las aguas de Aix, adonde debía ir á buscarla para conducirla á Paris á la entrada del invierno. Esto es cuanto supe acerca de una existencia tan querida ya para mí, y cuyos detalles me había obstinado en creer que me eran de todo punto indiferentes. Sin embargo, comencé á experimentar un poco más de enternecimiento hácia esta peregrina belleza atacada en la flor de sus años por una enfermedad que al consumir la vida aguza las sensaciones, y activa más su llama cuando amenaza extinguirla. Mis ojos buscaban, siempre que la jóven forastera y yo nos encontrábamos en la escalera, algunas líneas imperceptibles que atestiguaran sus padecimientos, ya en sus labios, un tanto palidos, ya alrededor de sus ojos azules, tan frecuentemente abatidos por los insomnios. Interesáronme sus encantos, interesóme mucho más la sombra de la muerte á través de la que me figuraba verla como un fantasma de la noche más bien que como una realidad, y esto fué todo. Nuestras vidas siguieron discurriendo tan próximas por el espacio, tan separadas en lo desconocido como al principio.

XI.

Comenzaron las primeras nieves á blanquear las copas de los árboles en las altas cimas de la Saboya, y por lo tanto renuncié á mis correrías en la montaña. El calor suave y prolongado de fines de octubre se había concentrado en lo más hondo del valle, y el viento era tibio todavía en las orillas y sobre las aguas del lago. La larga calle de álamos que conduce á él, se engalanaba hácia el Mediodía con los resplandores del sol, con un apacible columpio de las ramas y con un dulce susurro de las hojas que verdaderamente me encantaban. Pasaba en el agua la mayor parte de los días, y aun se acuerdan los barqueros de las largas navegaciones en que yo los empeñaba, en los más distantes golfos y en las más peligrosas ensenadas, así de la costa de Francia como de las riberas de Saboya.

La jóven extranjera se embarcaba también algunas veces en medio del día para hacer escursiones menos prolongadas, y los barqueros, orgullosos de conducirla y atentos á los menores síntomas de frescura, de nubes ó de viento que podían aparecer en el cielo, tenían el cuidado de prevenirla,

pues preferían su salud y su vida al salario de sus días perdidos ó de sus viajes malogrados. Una sola vez se equivocaron.

Habíanla prometido una fácil travesía y un feliz regreso para ir á visitar las ruinas de la abadía de Haute-Combe, situada en la opuesta orilla, y apenas habían andado las dos terceras partes de camino cuando una ráfaga de viento, saliendo de las estrechas gargantas del valle del Ródano, vino á poner en conmoción y á levantar espumas en las pequeñas olas, como una brisa muy conocida de los marinos que aparece repentinamente y hace con mucha frecuencia zozobrar las embarcaciones, haciéndoles zozobrar cuando van á doblar un cabo. El barquichuelo, perdida la vela y sostenido con dificultad por el movimiento de los remos, que el barquero tenía estendidos, danzaba como una cáscara de nuez sobre las olas más embravecidas cada momento. La vuelta era pues imposible, y se necesitaba aun media hora de fatiga y de peligros para estar á salvo bajo las altas rocas de Haute-Combe. La suerte ó el destino de mi alma que dirigió este día por el lago á la misma hora mi indecisa vela, me había hecho embarcar en un bajel más fuerte y armado de cuatro vigorosos remeros. Mi objeto era visitar en una isla, situada en el fondo del lago, á un pariente de mi amigo de Chambery llamado Chatillon, que tenía su castillo en una roca en la mayor altura de la isla.

Solo nos faltaban algunos golpes de remo para llegar á Chatillon, cuando mi vista que seguían maquinalmente á lo lejos el barco de la jóven enferma, conoció el apuro en que estaba y la peligrosa lucha que sostenía contra las ráfagas de viento. Inmediatamente mis remeros y yo viramos de bordo por un sentimiento unánime, y nos arrojamos en medio del lago y de la tempestad para volar en socorro de la barquilla que zozobraba, desapareciendo alternativamente de nuestra vista para quedar sepultada en un horizonte de blanca espuma. Grande fué la angustia que experimenté en la terrible hora de ansiedad que empleamos en cruzar la mayor parte del lago para reunirnos á la zozobrante barca. Cuando la alcanzamos casi tocaba la orilla. Una hinchada ola la arrojó á nuestra vista en seguridad sobre la arena, al pié mismo de las ruinas de la abadía.

XII.

Dimos un grito de alegría y nos arrojamos al agua para trasportar á la ribera á

la enferma náufraga. El pobre barquero, consternado, nos llamaba en su ayuda con ademanes de aflicción y con angustiosos gritos, mostrándonos con la mano el fondo de su barca que aun no nos era posible descubrir. Cuando llegamos vimos á la jóven tendida y desmayada en el fondo del barquichuelo, cubierta de una sábana de agua helada y de espuma, y con la cabeza como la de una muerta, apoyada en el cajon de madera que sirve para encerrar en la popa las redes y las provisiones de los barqueros. Sus cabellos flotaban en torno de su cuello y de sus espaldas como las alas de un pájaro negro medio sumergido á la orilla de un estanque. Su rostro, cuyos colores no se habian disipado repentinamente, ofrecia el espectáculo tranquilo del mas apacible sueño. Su belleza era la belleza sobrenatural que el último suspiro deja en el rostro de las jóvenes muertas, como el rayo mas encantador de la vida en la frente que acaba de abandonar, ó como el primer crepúsculo de la inmortalidad en las facciones que quiere divinizar en la memoria de los que le sobreviven. Jamás la habia visto ni la volví á ver tan divinamente trasfigurada. ¿Acaso la muerte era la vida de esta celestial figura? ¿O queria Dios darme en esta primera y solemne impresion el presentimiento y la imágen de la inmutable forma, bajo la cual estaba yo destinado á sepultar en mi memoria aquella belleza, para volverla á ver é invocarla siempre del mismo modo?...

Los remeros y yo nos precipitamos en la barca para levantar á la moribunda de su lecho de espuma y llevarla mas allá de las rocas. Puse la mano sobre su corazón como hubiera podido ponerla sobre un globo de mármol; aproximé mi oído á sus labios como hubiera podido aproximarlos á los de un niño dormido. Su corazón latia desigualmente pero fuertemente; su aliento era sensible y ténue: entonces comprendí que la embargaba un largo parasismo, causado por el terror y por la frialdad del agua. Uno de los barqueros la asió por los piés, yo por los brazos, apoyando su cabeza en mi pecho, y la trasportamos así, sin que diese la menor señal de vida, á una cabaña de pescadores situada al pié de la roca de Haute-Combe, que servia de posada á los barqueros cuando conducian curiosos á visitar las ruinas, y consistia en una sala estrecha oscura y ahumada, cuyo mueblaje se reducía á una mesa cargada de pan, de queso y de botellas.

Una escala de madera conducia á la parte superior del edificio, compuesta de una

pequeña habitacion baja de techo é iluminada por una lucerna sin vidrios que caia sobre el lago. El espacio estaba ocupado casi enteramente por tres lechos con puertas de madera, á modo de armarios, en los cuales se distribuia la familia. La madre y dos jóvenes de la casa, á quienes entregamos la extranjera desmayada, retirándonos por decencia fuera de la puerta, la recostaron en un colchon cerca de la chimenea, encendieron un vivificante fuego de paja y de retamas, la quitaron sus vestidos para secarlos, enjugaron sus miembros y sus cabellos empapados en el agua del lago, y por último la llevaron siempre desmayada á uno de los mencionados lechos, en que habian estendido lienzos calentados con una de las piedras tibias del hogar, segun es costumbre entre los aldeanos de estas montañas. En vano procuraron hacerla tragar algunas gotas de vinagre y de vino para volverla á la vida. Al ver que todos sus cuidados eran perdidos y todos sus esfuerzos inútiles, aquellas mujeres prorumpieron en lamentos y en gritos que nos obligaron á volver á entrar en la casa.

—La señorita está muerta, dijeron. Ya solo podemos llorar y correr en busca de un sacerdote.

Los barqueros consternados se unieron á las mujeres, y redoblaron el horror de estas exclamaciones.

Yo me lancé á la escalera, entré en la habitacion, me incliné sobre el lecho, aun iluminado por el crepúsculo, toqué su frente con mi mano y la encontré ardiendo; distinguí el movimiento débil pero regular de la respiración que agitaba alternativamente la tela de grueso cáñamo crudo estendida sobre su pecho, é impuse silencio á las mujeres, y dando un escudo á uno de los barqueros, le encargué que volase en busca de un médico.

—Hay uno, me dijeron, á dos leguas de Haute-Combe, en una aldea situada en uno de los llanos del monte del Chat.

El barquero partió precipitadamente. Los demás se calmaron con la certidumbre de que la señora no estaba muerta. Las mujeres iban y venian de la alcoba á la sala y de la bodega al gallinero para preparar la cena. Permanecí sentado sobre uno de los sacos de maíz próximos á los piés del lecho, cruzadas las manos sobre las rodillas, fijos los ojos en el rostro inmóvil y en los cerrados párpados de la extranjera. Entretanto habia anochecido, y una de las jóvenes habia cerrado el postigo de la lucerna, colgando en el muro una lamparilla, cuyo resplandor bañaba la sábana y el adormecido rostro

de la jóven, á la manera que la luz del cirio refleja sobre el sudario. ¡Ay de mí! ¡Así tambien he velado despues al lado de otras personas que no han despertado jamás!...

XIII.

Nunca quizá la mirada y el alma de un jóven te habrán abismado durante tantas horas en una contemplacion tan viva y tan estraña. Suspendido entre el amor y la muerte, me sentia incapaz de comprender si la angelical figura que miraba dormida ante mis ojos era un eterno dolor ó una adoracion eterna que la noche me preparaba en su misterio, ó que la mañana iba á volverme con el despertar y la vida. Los espasmos de su sueño, que no eran bastante fuertes para despertarla, habian descompuesto su ropa y descubierto una de sus espaldas; sus cabellos rodaban por ella en espesas y negras trenzas. Su cuello reclinado sobre la almohada, se doblaba al peso de la cabeza, que pendia hácia atrás un poco inclinada sobre la mejilla derecha. Uno de sus brazos, que se habia descubierto y pasado á colocarse bajo su cuello, tan solo permitia descubrir la desnudez de un codo de marfil que se destacaba del color gris de la camisa ordinaria con que las aldeanas la habian vestido. En uno de los dedos de la mano, confundida entre sus cabellos, se veia brillar un pequeño anillo de oro con una chispa de rubí, en la cual reverberaba la lámpara. Las muchachas de la casa se habian acostado vestidas en el suelo. Su madre estaba adormecida sobre un taburete, apoyada la cabeza y las manos en el respaldo. En cuanto oyeron el canto del gallo salieron con el calzado en la mano, y bajaron sin hacer ruido la escalera para ir al trabajo. Yo me quedé solo.

Comenzaban los primeros albores del crepúsculo de la mañana á filtrarse casi imperceptibles á traves de las rendijas del postigo cerrado de la lumbreira. Le abrí, esperando que el aire matinal, fresco y aromático del lago y de las montañas y el primer rayo del sol, tendrían tal vez la influencia del despertamiento general de la naturaleza sobre aquel cuerpo que hubiera querido reanimar al precio de mi propio aliento vital. Un aire fresco, casi glacial, penetró esparciéndose en la alcoba y apagó la luz medio consumida de la lámpara. Pero el lecho siguió inmóvil. Mientras tanto llegaba á mis oidos la oracion que las pobres mujeres de la casa hacian en comun desde abajo antes de comenzar su tarea. Tambien se presentó á mi corazon la idea

de orar, como se presenta á toda alma que siente agotadas sus fuerzas y la necesidad de que un poder misterioso y sobrehumano venga en auxilio de la impotente tension de sus deseos. Caí de rodillas juntas las manos sobre el borde del lecho, y clavados los ojos en el rostro de la jóven. Oré largo tiempo con ardor y hasta con llanto. Las lágrimas acabaron por inundar mis ojos y ocultarme la figura de aquella, cuyo despertar deseaba tan ardientemente. Hubiera pasado así dos horas sin hacerme cargo de la duracion del tiempo ni del dolor de mis rodillas; hasta tal punto se hallaba mi alma absorbida en una sola sensacion y una sola voluntad. De improviso, al pasar maquinalmente la mano por los ojos para enjugarlos, sentí una mano que tocaba la mia y caía dulcemente sobre mi cabeza, como para separar mis cabellos, descubrir mi semblante y bendecirme. Lancé un grito, miré y vi entreabrirse los ojos de la enferma, su boca suspiraba y sonreia, su brazo se extendia hácia mí para coger mi mano, y oí estas palabras:

—¡Oh Dios mio! os doy gracias, porque tengo un hermano.

XIV.

El fresco de la mañana la habia despertado, mientras yo lloraba con el rostro oculto entre mis cabellos á la orilla de su lecho. Habia tenido tiempo para ver el ardor de mi compasion en el ardor de mi plegaria. Tambien habia tenido reflexion bastante para reconocermé á la claridad de la luz del dia que entraba de lleno en la habitacion. En medio del aislamiento y la indiferencia cuando se desmayó, volvía á la vida en el seno de la compasion, del interés, y acaso de amor de un piadoso desconocido.

¡Privada de todo parentesco de alma en la flor descuidada de su vida, habia encontrado de repente á su lado la fisonomía, la actitud, los cuidados, la oracion, las lágrimas de un jóven hermano, y este nombre se habia escapado de sus labios y de su corazon al volver á hallar el sentimiento de esta felicidad con la sensacion que la restituía á la vida!

—¿Tu hermano? ¡Oh! no, señora, le respondí tomando la mano que extendia hácia mí, y separándola respetuosamente de mi frente como si no fuese digno de su contacto; ¿un hermano? ¡Oh! no; mas bien un esclavo, una sombra viva de vuestros pasos, que no pide otra bendicion al cielo, ni otra felicidad á la tierra, que el derecho de acordarse de esta noche y de conservar para

siempre la imagen de esta aparicion sobrehumana que le inspira el deseo de acompañarla hasta la muerte, porque ella sola es capaz de hacerle soportable la vida.

A medida que estas palabras turbadas y vacilantes salian á media voz de mis labios,

restauradas al despertar y animadas por la juventud. Su brillo iluminaba la sombría alcoba, tanto como la claridad de la mañana. Hubo mas palabras, mas revelaciones, mas confiancias, mas infinito en este semblante y en este silencio que en millones de



Senti una mano que tocaba la mia...

las tintas sonrosadas de la vida reaparecian en sus mejillas, una triste sonrisa se esparcia alrededor de su boca, espresiva con una incredulidad obstinada en la felicidad; sus ojos, elevados al cielo del lecho, parecian escuchar con la mirada palabras que no respondian mas que á sus pensamientos. Jamás la transicion de la muerte á la vida, de un ensueño á una realidad, fué tan rápida y tan visible en un semblante. Admiracion, languidez, embriaguez, reposo, melancolia y gozo, timidez y abandono, gracia y recato, todo se pintó á la vez sobre sus facciones

palabras. El rostro humano es la lengua de los ojos; la fisonomia de la juventud es un clave que la pasion recorre de una mirada. Ella trasmite de alma á alma misterios de intimidad muda que no pueden traducirse en ningun lenguaje de la tierra. Mi fisonomia revelaba tambien sin duda un amigo á la mirada que se posaba con tanta avidez sobre mis facciones. Mis vestidos, húmedos todavia; los mechones de mis pardos cabellos, mil veces mesados durante la noche por mis manos; mi cuello, cuya corbata estaba descompuesta y desatada; mis ojo

hundidos por la vigilia; mi tez, pálida por el insomnio y la emoción; el entusiasmo casi religioso que me inclinaba ante esta santidad de la belleza que padecía; la inquietud, la emoción, la alegría, la sorpresa, la media luz de aquella habitación desnuda, en medio de la cual permanecía yo de pie sin atreverme á dar un paso, como si temiese desvanecer el encanto de tan divino ensueño; los primeros rayos del sol, en fin, que pasaban por la lumbre y venían á deslumbrar mis ojos y á hacer brillar las gotas de mis mal enjugadas lágrimas, todo debía dar á mi figura un poder de expresión y una transparencia de ternura que sin duda no volvería ella á encontrar en el curso de una larga vida.

No pudiendo soportar por más tiempo el efecto de estas emociones y la vibración interior de este silencio, llamé á las mujeres. Subieron y prorumpieron en gritos de sorpresa al ver esta resurrección, que les parecía un milagro. Al mismo tiempo entró el médico que había mandado á buscar la vispera. Recomendó el silencio y algunas infusiones de plantas de estas montañas, que tienen la virtud de calmar los movimientos del corazón.

El médico tranquilizó á todo el mundo, diciendo que esta enfermedad en la juventud de las mujeres se apaciguaba frecuentemente con los años; que no consistía más que en un exceso de sensibilidad, que asemejaba la superabundancia de vida á la muerte; pero que jamás resultaba la muerte, á no ser que las penas interiores viniesen á agravarla con causas morales y á cambiarla en una melancolía habitual y en una incurable dificultad de vivir. Mientras que las mujeres buscaban en los prados los simples indicados por el médico, y las lavanderas planchaban sus mojados vestidos en la sala baja, salí de la casa y fui á recorrer solo las ruinas de la antigua abadía.

XV.

Mi corazón estaba demasiado lleno de sus propias impresiones para tomarse grande interés por aquellos solitarios. El ascetismo y el entusiasmo de los primitivos monasterios se habían convertido en una profesión. Aquellas existencias sin vínculos con sus semejantes, se habían evaporado en los claustros sin dejar huella ni recuerdo sobre sus tumbas. Únicamente admiré la prontitud con que la naturaleza corre á apoderarse de las mansiones abandonadas por el hombre, así como la superioridad de su arquitectura viviente de arbustos que se ar-

raigan en los cimientos, de yedras flotantes, de alhelios suspendidos de las ramas, de enredaderas de toda especie que cubren con su espeso manto las grietas y las brechas de los paredones; la superioridad, digo, de esa magnífica arquitectura á la esmerada simetría de las piedras y á la muerta decoración de los monumentos tallados por el cincel de los hombres. Había tanto sol, tantos perfumes, tantos murmullos, tantos cánticos de esos que forman los vientos, las aguas, los pájaros, los ecos sonoros del lago y de los bosques entre los pilares derruidos, en las naves desmanteladas y bajo las bóvedas arruinadas de la antigua y desierta iglesia de la abadía, como había otras veces en la luz de los cirios, en el vapor del incienso y en los cantos solemnes que lo llenaban día y noche en las ceremonias sagradas. La naturaleza es hermana de la religión, el gran sacerdote, el gran decorador, el gran poeta y el gran músico de Dios. El nido de las golondrinas, cuyos hijuelos llaman y saludan á su padre y á su madre bajo la grieteada cornisa de un antiguo templo; los suspiros del viento de mar que parecen dilatar hasta los claustros desiertos de la montaña las palpitaciones de la vela marina; los gemidos de las olas y las últimas notas del canto de los pescadores; las emanaciones embalsamadas que atraviesan á ráfagas la nave despoblada del santuario; las flores que se despojan y cuyos estambres se derraman sobre los sepúlcros; la oscilación de las cogaduras que cubren las paredes; el eco sonoro y repetido de los pasos del viajero en los subterráneos donde descansan los muertos; todo esto es también piadoso, es también devoto, está también lleno de las impresiones sagradas que dejaba en el ánimo el espectáculo del monasterio en los tiempos de su esplendor y en las horas de sus oraciones. Aquí también está Dios, nunca tan visible ni tan sensible como en la naturaleza; Dios, cuyos resplandores sin sombra parecen penetrar en la tumba del espíritu con los rayos del sol y con la vista del firmamento.

XVI.

No podía dominar bastante en aquel momento mis ideas para darme á mi mismo cuenta de estas vagas reflexiones; me hallaba como un hombre á quien se acaba de quitar de encima un inmenso peso, que respira con toda la fuerza de sus pulmones, estendiendo sus músculos contraídos, y marchando de un lado á otro para volver á encontrar sus fuerzas, como si fuese á devo-

rar el espacio y á absorber todo el aire de la atmósfera en su respiracion. La carga de que acababa de librarme era mi propio corazon. Al darme me parecia haberme encontrado por la primera vez en la plenitud de la vida. El hombre ha sido de tal manera creado para el amor, que no se siente hombre hasta el dia en que tiene la conciencia de amar con todas sus facultades. Hasta ese dia el hombre inquiere, se agita, anda errante por sus propios pensamientos; desde ese dia se para, reposa, y parece llegar al fondo de su destino.

Sentéme, pues, en el pretil tapizado de yedra de una elevada azotea desmantelada que dominaba entonces el lago, con el cuerpo pendiente sobre el abismo, con los ojos vagando por la luminosa inmensidad de las aguas que se confundian con la luminosa inmensidad de los cielos. Hasta tal punto se perdian uno en otro los dos azules en la línea del horizonte, que no habria yo podido decir dónde comenzaba el cielo ni dónde comenzaba el lago. Me hacia la ilusion de nadar yo mismo en el éter puro, y de abismarme en el universal Océano. Pero el gozo íntimo que me arrobaba era mil veces mas infinito, mas trasparente y mas inconmensurable que la atmósfera con que me confundia aquel gozo, ó por mejor decir, aquella tranquilidad interior me habria sido imposible definírmela á mi propio. Era como un arcano sin fondo que se hubiera revelado en mí, por medio de sensaciones y no de palabras; era algo semejante á la sensacion de la vista que entra en la luz inmediatamente despues de haber pasado por las tinieblas; era el sentimiento de un alma mística que cree poseer á Dios; una severidad, un arrobamiento, una embriaguez sin vértigo, una paz sin abatimiento y sin inmovilidad. Habria vivido en aquel estado tantos millares de años como arenas iba arrollando el lago sobre la playa, sin apercibirme de haber vivido mas segundos que los que gastaba en una de mis respiraciones. Tal debe ser la cesacion del sentimiento de la duracion para los inmortales del cielo... un pensamiento inmutable en la eternidad de un momento.

XVII.

Esta sensacion no tenia en mí nada de determinado, de articulado, de definido. Era demasiado completa para ser medida; tenia demasiada unidad para ser divisible por el pensamiento ó analizable por la reflexion: no era ni la belleza de la criatura sobrenatural que adoraba, porque la som-

bra de la muerte se interponia entre mis ojos y ella; ni el orgullo de poseer ni amar, porque ignoraba si yo era á sus ojos algo mas que un sueño pasajero de la mañana; ni la esperanza de poseer sus encantos, porque mi respeto se levantaba demasiado sobre las viles satisfacciones de los sentidos para rebajarme hasta ellas; ni la vanidad satisfecha de una conquista de mujer de que jactarme, porque esa fria vanidad no se ha acercado jamás á mi alma, y porque no tenia á nadie en aquel desierto, ante quien profanar mi amor, descubriéndoselo; ni el propósito de encadenar aquel destino al mio propio, porque sabia que pertenecia á otro; ni la certidumbre de verla y de adherirme como una sombra á sus pasos, porque yo no era mas libre que ella, y porque la suerte iba en breve á separarnos; ni, en fin, la seguridad de ser amado, porque ignoraba completamente los secretos de su corazon, porque ninguna prenda tenia sino el ademan y la palabra de gratitud que me habia dirigido.

Era otra cosa; era un sentimiento desinteresado, puro, tranquilo, inmaterial; el reposo, la satisfaccion inesplicable de haber encontrado al fin el objeto siempre anhelado, jamás hallado, de esa adoracion dolorosa en fuerza de no tener ídolo, de ese culto vago é inquieto en fuerza de no tener divinidad á quien rendirlo, que atormenta el alma entusiasta por la suprema belleza, hasta que encuentra el objeto de ese culto, hasta que nuestra alma se une á este objeto como el acero al iman, ó hasta que se ha logrado confundirla y anonadarla como el soplo de la respiracion en las ondas del aire respirable.

Y ¡cosa estraña! No estaba ansioso de verla, de escuchar su voz, de acercarme, de hablar en libertad con ella, que era ya todo mi pensamiento y toda mi vida. La habia visto y la llevaba conmigo; nada era ya poderoso á arrancarla de mi alma; cerca, lejos, ausente, presente, estaba toda en mí mismo, todo lo demás me era indiferente. El amor completo es paciente, porque es absoluto y porque se siente eterno. Para arrancármelo habria sido necesario arrancarme el corazon. Su imagen era ya tan mia como la luz es de los ojos una vez vista, como el aire es del pecho una vez respirado, como la idea es del entendimiento una vez concebida. A la divinidad misma habria yo desafiado á que me privase de aquella encarnacion de todos mis deseos. La habia visto, y esto era ya mucho. Para la contemplacion, ver es gozar. Casi me importaba poco que me amase ó que pasase ante mis

ojos sin notarme. Su esplendor me había interesado, y quedé envuelto en sus rayos. Ella no podía retirarlos de mí, como el sol no puede recoger los suyos cuando ha inundado una vez la naturaleza. Yo sentía que ya no habría mas noche ni mas frialdad en mi corazón, aunque debiese vivir un millar de años, porque luciría siempre en él como lucía en aquel momento.

XVIII.

Esta persuasión daba á mi amor la seguridad de lo inmutable, la calma de la certidumbre, la plenitud de lo infinito, la reboadora embriaguez de una alegría que nunca se saciaria. Dejaba pasar las horas sin contarlas, seguro de que tenía delante de mí horas sin fin. Cada una de ellas me devolvería eternamente esa presencia interior. Podía separarme por espacio de un siglo de aquel sér, sin que ese siglo pudiera disminuir ni un solo día la eternidad de mi amor. Iba, venia, me sentaba, volvía á levantarme, corría, acertaba mis pasos, y caminaba sin palpar la tierra, como esos fantasmas á quienes sostiene en los aires la impalpabilidad de su naturaleza aérea, y que se deslizan por el suelo sin dejar en él huella. ¡Abr a mis brazos al aire, al lago, á la luz, como si quisiese estrechar á la naturaleza y darle gracias por haberse encarnado y animado para mí en un sér que reunía á mis ojos todos sus misterios, todo su esplendor, toda su vida, toda su embriaguez! Prosterñábame de rodillas sobre las piedras ó sobre los abrojos de las ruinas sin sentirlos, y al pié de los precipicios sin verlos.

Lanzaba palabras inarticuladas, que se perdían en la region de las olas bulliciosas del lago, y lanzaba en el azul del cielo miradas bastante prolongadas y penetrantes para descubrir en él al mismo Dios y asociarle por el himno de mi reconocimiento al éxtasis de mi felicidad. No era ya un hombre, era un himno que vivía, gritaba, cantaba, oraba, invocaba, daba gracias, adoraba y rebotaba en efusiones mudas; un corazón embriagado, un alma loca, que agitaba y paseaba á orillas de los abismos; un cuerpo que había perdido la idea de su materialidad, y que no creía ya ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en la muerte. Hasta tal punto el amor que acababa de brotar en mí me daba el sentimiento del goce anticipado y la plenitud de la inmortalidad.

XIX.

No llegué á advertir la desaparición de las horas hasta que el sol de medio día to-

caba ya á la cima de los lienzos de pared de la abadía. Bajé saltando, á través de los bosques, de roca en roca y de tronco en tronco. Mi corazón latía hasta querer saltarse del pecho. Al acercarme á la pequeña posada, ví en un prado que formaba cuesta detrás de la casa á la joven enferma sentada al pié de una pared al Mediodía: los habitantes de aquel desierto habían amontonado algunas piedras contra aquella pared. Su blanco vestido brillaba al sol sobre el verdor de la pradera. La sombra de un haz de heno resguardaba su semblante. Estaba leyendo un librito que tenía abierto sobre sus rodillas, y se distraía de vez en cuando de su lectura para jugar con los niños de la montaña que venían á presentarle flores y castañas. Al divisarme quiso levantarse como para venir hácia mí. Aquella actitud bastó para animarme á acercarme á ella. Recibíome ruborizándose y con un temblor de labios que no se escapó á mis ojos y redobló mi propia timidez. Lo extraño de nuestra situación nos embarazaba á ambos de tal suerte, que permanecimos mucho tiempo sin aceptar á decirnos ~~con~~ alguna. Al fin hizo ella un ademán como para invitarme á que me sentara junto al haz de heno, no lejos de donde estaba. Creí ver que me aguardaba y me había conservado mi sitio. Sentéme respetuosamente algo lejos de ella. El silencio continuaba siempre el mismo, y se conocía que buscábamos ambos, sin poder hallarlas, algunas de esas palabras triviales que se cambian como una moneda falsa de conversacion, y sirven para ocultar los pensamientos en vez de revelarlos: el temor de decir demasiado ó de demasiado poco retenía nuestra alma en nuestros labios. Continuamos con la misma mudez, y aquel silencio aumentaba nuestro rubor. Al fin, habiéndose encontrado nuestras miradas en su foco, al levantar á un mismo tiempo nuestros ojos, ví tantos abismos de sensibilidad en la suya, y ella debió ver sin duda tanto impulso contenido, tanta inocencia y tanta profundidad en la mía, que no pudimos apartarlas yo de su rostro ni ella del mio, y agolpándose á la vez en ellos las lágrimas de nuestros dos corazones, llevamos instintivamente las manos á nuestro ojos como para encubrir nuestros pensamientos.

No se cuántos minutos permanecimos de aquel modo. Por último, con voz trémula, pero con algo de violencia y de impaciencia en el acento:

—Me habeis concedido vuestras lágrimas, dijo; os he llamado hermano mio; me habeis adoptado por hermana, y no

nos atrevemos á hablarnos? ¡Una lágrima, continuó; una lágrima desinteresada de un corazón desconocido, es mas de lo que vale mi vida, y mas de lo que me ha dado nunca.

Luego añadió en tono de tierna reconvencción:

—¿Habré llegado á ser persona estraña para vos desde que dejé de necesitar de vuestros cuidados? ¡Oh! en cuanto á mí, prosiguió con acento de resolucion y seguridad, no sé de vos mas que vuestro nombre y vuestro semblante, pero sé vuestra alma. Un siglo no podria enseñarme mas.

—Y yo, señora, la dije tartamudeando, querria no llegar á saber jamás nada de cuanto hace de vos un sér que vive con nuestra vida, y se halla unido por los mismos lazos que nosotros á este triste mundo: solo una cosa necesito saber, y es que habeis cruzado por él y me habeis permitido miraros de lejos y recordarla siempre.

—¡Oh! ¡no os engañeis de ese modo, me replicó: no veais en mí una ilusión divinizada de vuestro corazón, pues sufriría terriblemente el día en que esa quimera se disipase! No veais en mí mas que lo que soy; una pobre mujer que desfallece en el desaliento y en la soledad de su agonía, y que no llevará de la tierra nada mas divino que un poco de compasion. Ya lo vereis cuando os diga quién soy, añadió; pero antes decidme una cosa que me tiene inquieta desde el día en que os ví en el jardín. ¿Por qué siendo tan jóven y de fisonomía tan dulce, estais tan solo y tan triste? ¿Por qué huis siempre de la presencia y de la conversacion de los dueños de la casa para internaros en los sitios poco frecuentados de las montañas ó del lago, ó para encerraros en vuestro cuarto? Vuestra luz arde en él hasta bien tarde. ¿Teneis algun secreto en vuestro corazón que solo quereis confiar á la soledad?

Aguardaba mi respuesta con ansiedad visible y los párpados bajos para ocultar la impresion que iba á causarla.

—Ese secreto, la dije, es el no tenerlo; es el peso de mi corazón, á quien ningun entusiasmo agitaba hasta ahora en mi pecho, y que despues de haber intentado muchas veces inspirar sentimientos incompletos, me he visto obligado siempre á recogerlos con amarguras, circunstancias y disgustos que, á pesar de mi juventud y sensibilidad, me han arrebatado para siempre el deseo de amar.

Entonces la referi, como lo habria hecho á Dios mismo, y sin disfrazar cosa alguna, todo cuanto podia interesarla de mi

vida; mi nacimiento en una condicion modesta y pobre; mi padre, militar de antiguo temple; mi madre, mujer de esquisita sensibilidad, cultivada en su juventud por la elegancia de las letras; mis hermanas, jóvenas de piadosa y angelical sencillez; mi educacion por la naturaleza, en medio de los hijos de las montañas de mi país; mis estudios fáciles y apasionados; mi ociosidad forzada; mis viajes; mi primer estremecimiento sério de corazón hácia la jóven del pescador de Nápoles; mis malas amistades á mi regreso á Paris; las ligerezas, los desórdenes, las vergüenzas de mí mismo á que me habian arrastrado aquellas relaciones; mi ardor por la profesion militar, frustrado por la paz en el momento en que entraba en el ejército; mi salida del regimiento; mis viajes sin objeto; mi regreso sin esperanzas al hogar paterno; las melancolías de que me sentia devorado; mi deseo de morir; el desencanto de todo; por último, la languidez física, resultado del cansancio del alma: y que bajo los cabellos, bajo las facciones y bajo la frescura aparente de veinticuatro años, ocultaba la precoz caducidad del alma y el desprendimiento de la tierra de un hombre maduro y fatigado de vivir.

Al insistir sobre aquellas arideces, sobre aquellos disgustos, y sobre aquel desaliento de mi vida, gozaba interiormente, porque ya no los sentia. Una sola mirada me habia regenerado enteramente, y hablaba de mí como de un sér muerto: habia nacido en mí un nuevo hombre.

Cuando concluí, levanté hácia ella mis ojos, como hácia mi juez, y ví que estaba trémula y llena de emocion.

—¡Dios mio, exclamó, cuánto me habeis hecho temblar!

—¿Y por qué? la dije.

—Si no hubiéseis sido desgraciado ni hubiéseis estado aislado en este mundo, habria existido entre los dos una armonía de menos. No habriais adquirido la necesidad de compadecer á alguien, y yo hubiera abandonado la vida sin haber columbrado siquiera la sombra de mi alma en otra parte que en el espejo en que se reflejaba mi fria imágen... La historia de vuestra vida, prosiguió, cambiando el sexo y las circunstancias, es la historia de mi propia vida. No hay mas sino que la vuestra principia y la mia...

No la dejé concluir.

—¡No, no! exclamé con sorda voz, posando mis labios en sus piés, y rociándolos convulsivamente con mis brazos, como para retenerla sobre la tierra: ¡no no; no concluye, ó si concluye, concluye para dos!...

Temblé por la actitud que habia tomado y por el grito que involuntariamente se me habia escapado, y no me atrevia á levantar mi rostro de la tierra de donde ella habia retirado sus piés.

—Levantáos, me dijo con voz grave, pero sin cólera; no adóreis un polvo que es mil veces mas polvo que el que ensucia vuestros hermosos cabellos, y que volverá mas ligero é impalpable al primer soplo de otoño. No forméis un juicio equivocado de la pobre criatura que teneis delante de vos, pues no es mas que la sombra de la juventud, la sombra de la belleza, la sombra del amor que debeis quizá sentir é inspirar algun dia, cuando esa sombra haga mucho tiempo que haya desaparecido. Conservad vuestro corazon para las que deben vivir, y no deis á la muerte mas que lo que se da á los moribundos: ¡una mano dulce para sostenerlos en el último paso de la vida, y una lágrima para llorarlos!...

El acento grave, reflexivo y resignado con que pronunció estas palabras, me hizo temblar hasta en lo íntimo de mi corazon. Sin embargo, al levantar los ojos hacia ella, al ver los tintes matizados del sol poniente que iluminaba aquel rostro, en donde la juventud de las facciones y la tranquilidad de la espresion resplandecian cada vez mas, como si se hubiese levantado un nuevo sol en aquel corazon, no pude creer que la muerte estuviese oculta bajo aquellos brillantes sintomas de vida. Y además, ¿qué me importaba? ¡Si aquella angelical aparicion era la muerte, enhorabuena; la muerte era lo que yo adoraba! Quizá en eso mismo existia el amor inmenso y completo de que me sentia sediento: quizá Dios no me mostraba un resplandor próximo á extinguirse sobre la tierra, sino para hacérmelo perseguir, guiado por ese rayo, hasta la tumba y hasta el cielo.

—No esteis tan pensativo, me dijo, y escuchadme.

Dijome esto, no con el acento de un amante que da un tono sério a sus palabras, sino con la espresion de una madre joven todavía, ó de una hermana de mas edad y reflexion, que trata de persuadir á un hermano ó á un hijo:

—«No quiero que os dejéis llevar de una vana apariencia, de una ilusion, de un sueño: quiero que sepais á quién entregais tan temerariamente un alma que no podria retener sino engañándola. Siempre he tenido la mentira por tan odiosa é imposible, que no queria la suprema felicidad del cielo, si fuera preciso engañar al cielo para conseguirla. La felicidad adquirida de ese modo,

no seria para mí felicidad, sino remordimiento.»

Hablando así, tenia impreso un candor tan grave en sus lábios, tal sinceridad en su acento, y tal pureza en sus ojos, que creí ver á la verdad inmortal sentada bajo aquella forma pura, en presencia del sol, abriendo su voz al oido, su mirada á los ojos, su alma al corazon. Recostéme á sus piés, á orillas del haz de heno, con la cabeza apoyada sobre mi mano derecha, el codo en tierra, y mis ojos fijos en sus labios, de los que no queria perder ni una inflexion, ni un movimiento, ni un suspiro.

—«He nacido, dijo, cerca del país de Virginia, pues la imaginacion del poeta ha hecho una patria á su ensueño en una de las islas del trópico. Debeis conocerlo en el color de mis cabellos, en mi cutis, mas descolorido que el de las mujeres de Europa, y en mi acento, que nunca he podido desterrar de mis labios. Gústame conservar ese acento, por que es el único recuerdo que he traído del cielo de mi infancia, y me recuerda no sé qué de lastimero que canta en las brisas del mar, durante las horas calurosas, debajo de los cocoteros. Debeis conocerlo especialmente en esa indolencia incorregible de mis maneras y mi andar, que nada tiene de la vivacidad de las francesas, y que revela en el alma de las criollas un abandono y un carácter algo salvaje, incapaz de fingir ni ocultar nada.

El nombre de mi familia es***, y Julia el mio. Mi madre pereció en el naufragio de una chalupa en que huia de Santo Domingo, en la época del asesinato de los blancos. Arrojáronme las olas á la playa, en donde fui hallada y criada por una negra, que me entregó á mi padre algunos años despues. Mi padre, despojado de sus bienes, proscrito y enfermo, me llevó á Francia á la edad de seis años con una hermana de mas edad que yo, y murió á poco tiempo de su regreso, en Bretaña, en casa de unos pobres parientes que nos habian recogido. Recibi allí una educacion adoptiva, hasta la muerte de aquella segunda madre que el destierro me habia dado. A los doce años se encargó el gobierno de mirar por mi suerte, como huérfana de un criollo que habia prestado servicios á la patria, y fui educada en todo el esplendor del lujo, y en todas las amistades escogidas de aquellas casas suntuosas, en donde el estado recoge á las hijas de los ciudadanos muertos por su amor al país. Creci allí en edad, en talentos precoces, y tambien, segun decian, en eso que entonces llamaban belleza. Gracia triste y grave, que no era mas que la flor de una planta de

los trópicos, abriéndose por algunos días bajo un cielo extranjero. Como quiera que fuese, esa belleza y esos talentos inútiles no lisonjearan á ningunos ojos ni á ningun cariño fuera del recinto en que me hallaba encerrada. Mis compañeras, con quienes habia anudado esas amistades de infancia, que llegan á formar como un parentesco del corazón, se iban una tras otra para volver á casa de sus madres á seguir á sus esposos. Ninguna madre me llamaba, ningun pariente venia á visitarme: ningun jóven oia hablar de mí en el mundo, ni me pedia en matrimonio. Temíanme triste esas partidas sucesivas de todas mis amigas, ese abandono del mundo entero, y esa viudez eterna del corazón antes de haber amado. Lloraba con frecuencia en secreto, y reconvenia interiormente á la negra por no haberme dejado sepultada en las olas de mi primera patria, menos crueles que las del mundo donde habia sido arrojada.

Un hombre célebre, ya de edad, venia de vez en cuando á visitar en nombre del emperador la casa nacional, é informarse de los progresos que las alumnas hacian en las ciencias y en las artes, enseñadas por los primeros profesores de la capital. Presentábanme siempre á él como el modelo mas completo de la educacion dada á aquellas huérfanas, y aquel caballero me trataba desde mi infancia con una predileccion particular.

—¡Cuánto siento, decia algunas veces en voz bastante alta para que yo lo oyese, no tener un hijo!

Un día me llamaron al salón de la superiora, donde hallé al ilustre anciano que me estaba esperando. Parecia tan turbado como lo estaba yo misma.

—Señorita, me dijo al fin; los años corren para todos, largos para vos, cortos para mí. Teneis en la actualidad diez y siete años, y dentro de algunos meses llegareis á la edad en que esta casa debe entregaros al mundo; pero el mundo no tiene casa donde recibirnos, y os hallais sin patria, sin casa paterna, sin bienes y sin parientes en Francia. La tierra en que nacisteis está ocupada por los negros. Esta absoluta falta de existencia independiente y de toda proteccion, me tiene inquieto hace muchos años respecto de vuestra suerte. La vida que una jóven gana con su trabajo, es una vida llena de asechanzas y amarguras. Los asilos aceptados en casa de las amigas son precarios y humillantes para la dignidad del alma. La estremada belleza de que la naturaleza os ha dotado es un resplandor que hace trai-

cion á la oscuridad de la suerte, y atrae al vicio como el brillo del oro incita al hurto.

—¿En dónde pensais guareceros contra esas tristezas y esos peligros de la vida?

—No lo sé, le dije; y hace algun tiempo que solo en Dios ó en la muerte es donde veo quien pueda salvarme de mi destino.

—¡Oh! replicó el anciano con una sonrisa triste y vaga; todavía habria otro medio de salvacion, en el cual he pensado, pero que apenas me atrevo á proponeros.

—Hablad, caballero, le dije; vuestra mirada y acento han sido siempre tan paternales para mí, que creeré obedecer á mi padre obedeciéndoos.

—¡Un padre! exclamó; ¡oh! feliz mil veces el que tuviera una hija como vos! Perdonad si algunas veces me he atrevido á concebir semejante sueño. Escuchadme, añadió con voz mas grave y mas tierna, y respondedme con toda la libertad y toda la reflexion de vuestro corazón.

«Toco ya á los últimos años de mi vida, y no puede tardar en abrirse para mí el sepulcro: no tengo parientes á quienes dejar mi única herencia, la modesta reputacion de mi nombre, y los pocos bienes que mi trabajo me ha procurado. He vivido solo hasta ahora embebido únicamente en esos estudios que han gastado é ilustrado mi existencia. Llego al término de mi vida, y conozco con dolor que no he principiado á vivir, puesto que no he pensado en amar. Es ya demasiado tarde para volverme atrás y emprender el camino de la felicidad, en vez del de la gloria que por desgracia elegi; y sin embargo, no quisiera morir sin haber dejado en una memoria despues de mí esa prolongacion de nuestra existencia en la existencia de otro, á que se da el nombre de sentimiento, única inmortalidad en que creo.

Ese sentimiento, que no puede ser otro que un poco reconocimiento, conozco que de quien quisiera obtenerlo es de vos. Pero para eso, añadió con mas timidez todavía, seria preciso que tuviéseis el valor de aceptar á los ojos del mundo, y para el mundo solamente, el nombre, la mano y el cariño de un anciano que seria solo un padre con el título de esposo, y que no pediria á ese título otra cosa que el derecho de recibirnos en su casa y amarnos como á su hija.»

Calló al decir esto, y se retiró sin querer oír por aquel día mi respuesta, que la tenia en los labios. Era aquel el único hombre entre los que visitaban la casa que habia manifestado hacia mí un sentimiento distinto de esa admiracion frívola y casi insolente que se revela por medio de miradas y

esclamaciones, y que es tanto una ofensa como un homenaje á la inocencia y á la timidez.

No conocia yo el amor: no sentia en mi mas que el vacío de todo cariño de familia, y me parecia cosa muy dulce hallarlo al lado de un padre, cuyo corazón me habia adoptado con tanta generosidad. Encontraba un asilo honroso y seguro contra la incertidumbre de la existencia en que me iba á ver lanzada dentro de algunos meses; un nombre que daria cierto prestigio á la mujer á quien sirviera de diadema; unos cabellos encanecidos, pero encanecidos bajo la fama, que rejuvenece todos los dias á sus favoritos; unos años que casi quintuplicaban el número de los míos; pero unas facciones puras y majestuosas que inspiraban el respeto del tiempo sin los disgustos de la vejez; un rostro, en fin, en que el génio y la bondad, estas dos bellezas de la edad, atraian hasta las miradas y el cariño de los niños.

El dia en que debia salir para siempre del colegio de huérfanas, entré en casa de mi marido, no como mujer, sino como hija suya.

El mundo le llamaba esposo; pero él no quiso nunca que yo le diese otro nombre que el de padre, y obtuvo de mí todo el respeto, toda la piedad y todas las atenciones de tal.

Hizo de mí el centro radiante y mimado de una sociedad numerosa y escogida, compuesta de la flor de esos ancianos célebres en las letras, en la filosofía y en política, que habian sido el brillo del último siglo y habian logrado escapar al hacha de la revolución y á la esclavitud voluntaria del imperio.

Eligióme amigas y consejeras entre las mujeres de aquella época, célebres por su mérito y por sus talentos. Animóme él mismo á estrechar esos vinculos de corazón ó de entendimiento propios para distraer y dar variedad á mi vida monótona en la casa de un anciano. Lejos de mostrarse severo ó celoso de mis relaciones, buscaba con cuidado todos los hombres notables, cuya sociedad podia tener algun atractivo para mí. Se habria tenido por dichoso si hubiese preferido á alguno entre todos ellos, y su preferencia hubiera seguido á la mia inmediatamente. Veíame convertida en el idolo y el culto de aquella casa, y quizá esa idolatría general de que era objeto fué lo que me salvó de todo sentimiento de predilección. Me encontraba demasiado feliz y demasiado lison-

geada para sentir mi propio corazón, y luego habia una paternidad tiernísima en las relaciones de mi marido conmigo, aunque su ternura se limitaba algunas veces solo á estrecharme contra su corazón y besarme en la frente apartando con la mano mis cabellos. Habria temido quitar algo á mi felicidad tocando á ella, aun cuando fuese para completarla; y sin embargo, mi marido solia reconvenirme á veces chanceándose por mi indiferencia, y me decia que cuanto mas dichosa fuese yo, mas lo seria él con mi felicidad.

Tan solo una vez creí amar y ser amada. Un hombre de reputación ilustre por el talento, poderoso por el alto favor de que gozaba con el jefe del gobierno, seductor por la gloria que le rodeaba y por su presencia, aunque ya hubiese pasado la edad madura, pareció aficionarse á mí con un fuego que me engañó á mí misma. Sentíame embriagada, no de orgullo, sino de reconocimiento y de admiración. Améle algun tiempo, ó mas bien amé la ilusión que me hacia yo misma bajo su nombre, é iba á ceder á un sentimiento que me pareció una ternura apasionada del alma, y no era en él mas que un delirio de los sentidos. Se me hizo odioso su amor así que conocí la naturaleza de él: me avergoncé de mi error; me recogí en mí misma, y me encerré mas que nunca en la monotonía de mi fría felicidad.

La mañana la dedicaba á estudios serios y á lecturas agradables en la biblioteca de mi marido, á quien me complacia en servir de discipula; la tarde á paseos solitarios en los grandes bosques de Saint-Cloud ó de Meudon con él, y por la noche un corto número de amigos, la mayor parte graves y ya de edad, hablaban de todo con la libertad que infunde la confianza. Todos aquellos corazones frios, pero indulgentes, parecian arrastrados hácia mi juventud por aquella pendiente que hace volver á bajar el sentimiento del corazón de los ancianos como el agua de las cimas cubiertas de nieve. Allí teneis toda mi vida: juventud anegada bajo aquella nieve de cabellos blancos, atmósfera templada con esos hálitos de ancianos, que si bien me conservaba, concluyó por hacerme caer en languidez. Habia demasiados años entre aquellas almas y la mia. ¡Oh! ¡Cuánto habria dado por tener un amigo ó una amiga de mi edad para dar con su contacto algun calor á mis pensamientos, que se congelaban en mí como el rocío de la mañana sobre una planta próxima á los hielos de aquellas montañas!

Mi marido me miraba muchas veces con tristeza, y parecia alarmarse de la langui-

dez de mi voz y de la palidez de mis facciones. Habría querido á toda costa infiltrar aire en mi alma y movimiento en mi corazón, y no cesaba de convidarme á todas las diversiones agradables propias para arrancarme de mi melancolía. Me confiaba á las mujeres de su sociedad, y me obligaba tíernamente á que me presentara en las fiestas, en los bailes y en los teatros. El brillo de mi juventud y de mi figura podía darme á mí misma la alegría y el orgullo de la embriaguez que esparcía en torno mio. Al día siguiente entraba en mi habitación cuando yo despertaba. Me hacia referir la impresión que habia producido, las miradas que habia atraído, hasta los corazones que parecia haber conmovido.

—Y vos, ¿no sentís nada, me decia con un tono de dulce interrogacion, de todo lo que inspirais alrededor vuestro? ¿Vuestro corazón de veinte años ha nacido viejo como el mio? ¡Oh! ¿Cómo desco veros preferir entre todos estos adoradores un sér de una naturaleza superior, que completara un día con un puro amor vuestra felicidad, y que despues de mi muerte continuara mi ternura rejuveneciéndola á vuestro lado!

—Vuestra amistad me basta, le respondia yo: no sufro, no deseo nada, soy feliz.

—Sí, reponía él, pero envejeceis á los veinte años! ¡Oh! ¡Pensad que teneis que cerrarme los ojos! ¡Animáos, amad, vivid á todo trance, para que yo no tenga que sobreviviros!

Hacia venir médico sobre médico; todos, despues de haberme fatigado con preguntas, convinieron en decir que estaba amenazada de espasmos en el corazón. Los primeros síntomas de esta afección se habian revelado. Necesitaba, decian, un fuerte sacudimiento en mi vida, un largo cambio en mis hábitos sedentarios, un cambio completo de aire y de cielo para dar á mi naturaleza oriental, pero resfriada bajo las brumas de Paris, la expansion y la energía que necesitaba para revivir. Mi marido no dudó en sacrificar á la esperanza de conservarme la alegría de tenerme siempre á su lado. No pudiendo acompañarme por su edad y sus ocupaciones, me confió á una familia extranjera, que llevaba dos hijas casi de mi edad á Italia y á Suiza. Dos años he viajado con esta familia; he visto estas montañas y estos mares que me han recordado los de mi infancia; he respirado estos aires templados y fuertes de las olas y de los hielos; nada ha podido volverme esa juventud herida en mi corazón, aunque en mi fisonomía algunas veces todavía mis propios ojos se engañan. Los médicos de Ginebra me han

enviado aquí como última tentativa de su arte; me han dicho que prolongue aquí mi residencia hasta que haya un rayo de sol en este cielo de otoño, despues del cual iré á reunirme á mi marido. ¡Ay! ¡Hubiera deseado tanto volverle á su hija restablecida, jóven, rica en porvenir! Pero, lo conozco, no volveré mas que para entristecer sus últimos días, y quizá para morir en sus brazos! Me es igual, continuó con una resignacion que tenia casi el acento de la alegría; no dejaré la tierra ya sin haber entrevisto á este hermano tan deseado! Este hermano del alma, á quien mi instinto enfermizo me habia hecho soñar en vano hasta este día, y cuya imagen, anticipada por mi pensamiento, me habia desencantado de antemano de todos los seres reales! ¡Sí, dijo acabando, y cubriéndose los ojos con sus dedos sonrosados, á traves de los cuales vi filtrarse una ó dos lágrimas; sí, el sueño de todas mis noches se ha encarnado en vuestro rostro, esta mañana cuando desperté!... ¡Oh! ¡Si no fuera demasiado tarde para vivir todavía! ¡Ah! ¡Yo querria vivir ahora siglos, para prolongar el sentimiento de esta mirada que lloraba sobre mí, de estas manos cruzadas que oraban por mí, de esta alma que tenia piedad de mí, y de esta voz, añadió, descubriendo de repente sus ojos levantados al cielo; de esta voz que me hallado su hermana!.. ¿Y qué, no me retirará ya este dulce nombre, prosiguió con una mirada y un acento de tierna ansiedad, ni durante mi vida ni despues de mi muerte?

.....
.....

XX.

Cayó mi cabeza inundada de felicidad á sus piés, y mi boca se posó en ellos in poder articular una palabra. Oí los pasos de los barqueros que venian á decirnos que el lago estaba sereno y que todavía quedaba el tiempo preciso para volver de día á la orilla de Saboya.

Levantámonos para seguirles, y los dos caminábamos con paso vacilante como en la embriaguez. ¡Oh! ¡Quién podría descubrir lo que experimentaba al sentir el peso de su cuerpo flexible, pero agobiado por los padecimientos, apoyado deliciosamente sobre mí, como si se hubiese complacido involuntariamente en sentir y hacerme sentir á mí mismo que seria en adelante la única fuerza de su languidez, la única confianza de su debilidad, el único punto de apoyo de su desprendimiento de la tierra! ¡Todavía oigo, despues de pasados veinte años, el

ruido de las hojas secas que crugian al oprimirse bajo nuestros piés; todavía veo nuestras dos largas sombras confundidas en una sola, que el sol de poniente proyectaba hacia la izquierda sobre la yerba del verjei, como un movable sudario que seguía á la juventud y al amor para sepultarlos antes de tiempo! ¡Todavía siento el dulce calor de su hombro contra mi corazón, y el contacto de uno de los rizos de sus cabellos que el viento del lago empujaba hacia mi rostro, y que mis labios se esforzaban en retener para tener tiempo de besarlo! ¡Oh tiempo! ¡Cuántas eternidades de goces del alma sepultas en un minuto semejante; ó mas bien, cuán impotente eres para sepultar y para hacer olvidar!

XXI.

El crepúsculo de la tarde era tan tranquilo y templado, como borrascoso y glacial habia sido el día antes sobre el agua. Las montañas flotaban en un ligero matiz de color violeta que las agrandaba y alejaba haciéndolas desaparecer: no podía decirse si eran montañas ó si eran grandes sombras movibles, y como de vidrio, á través de las cuales se trasluciese el cielo ardiente de Italia. El azul celeste estaba sembrado de pequeñas nubes purpúreas, semejantes á las plumas ensangrentadas que se desprenden del ala de un cisne destrozado por las águilas. El viento habia caído con el día.

Las olas prolongadas y anacaradas no arrojaban mas que una ligera cinta de espuma al pié de las rocas, de donde pendían las hojas mojadas de las higueras. Las pequeñas humaredas de las cabañas elevadas, dispersadas sobre los costados del monte del Chat, subían por uno y otro lado, y escalaban la montaña para elevarse, mientras que las cascadas se precipitaban en los barrancos como vapores de agua.

Las olas del lago eran tan transparentes, que al inclinarnos fuera de la barca, veíamos la sombra de los remos y nuestros rostros que nos miraban; y estaban tan templadas, que al mojar en ellas las puntas de los dedos para oír el murmullo que hacían al surcarlas nuestras manos, no sentíamos mas que las caricias del ligero y voluptuoso estremecimiento del agua.

Una pequeña cortina, como en las gondolas de Venecia, nos separaba de los barqueros. Estaba ella recostada sobre uno de los bancos de la barca que le servía de cama, con el codo apoyado sobre la almohada, el cuerpo resguardado de la humedad de la tarde con chales, mi capa plegada en mu-

chos dobleces alrededor de sus piés; el rostro, ora en la sombra, ora iluminado y deslumbrado por los últimos reflejos sonrosados del sol, suspendido en la cima de los abetos negros de la gran Cartuja.

Me hallaba reclinado sobre un monton de redes estendidas en el fondo de la barca, con el corazón ensanchado, la boca muda, y los ojos fijos en los suyos. ¿Qué necesidad teníamos de hablarnos, cuando el sol, la noche, las montañas, el aire, las aguas, los remos, el movimiento voluptuoso de la barca, la espuma ligera del surco que nos seguía murmurando, nuestras miradas, nuestro silencio, nuestras respiraciones, nuestras almas suspensas de consuno, hablaban tan admirablemente por nosotros? Mas bien parecia que temiéramos instintivamente que el menor ruido de voces ó de palabras viniese á alterar la armonía y el encanto de semejante silencio. Oreamos deslizarnos desde el azul del lago al azul del horizonte elevado del cielo, sin ver las riberas que acabábamos de dejar, ni aquellas á que nos dirigíamos.

Noté que se exhalaba de sus labios una respiración mas fuerte y prolongada que las otras, como si su pecho, oprimido por un peso invisible, hubiese devuelto en un solo hálito toda la aspiración de una larga vida. Turbeme al punto.

—¿Sufrís? le dije con tristeza.

—No, dijo Julia; no ha sido un pesar, sino un pensamiento.

—¿En qué pensáis? repliqué.

—Pensaba, me respondió, en que si Dios paralizase en este instante toda la naturaleza; si ese sol permaneciese así con su disco medio oculto detrás de esos abetos que se asemejan á pestañas del párpado del cielo; si esa luz y esa sombra permaneciesen así confundidas é indecisas en la atmósfera; ese lago en la misma limpidez; esa atmósfera en la misma agradable temperatura; esas dos orillas eternamente á la misma distancia de la barca; ese mismo rayo de luz etérea sobre vuestra frente; esa misma mirada de vuestra compasión en mis ojos; esta misma posesión de alegría en mi corazón, comprendería al fin lo que no he llegado á comprender desde que pienso y medito.

—¿Qué? le pregunté con ansiedad.

—La eternidad en un minuto y lo infinito en una sensación, exclamó reclinándose sobre el borde de la barca, como para mirar el agua y evitarme la dificultad de una respuesta.

Tuve la torpeza de contestar con una de esas trivialidades de vulgar galantería que

se encontró impertinente en mis labios, en vez de las castas é inefables adoraciones de que se hallaba inundado mi corazón. Era el sentido que no me bastaría semejante felicidad si no era la promesa y el gusto anticipado de otra felicidad. Comprendíeme demasiado bien, y se sonrojé mas por mí que por ella misma. Volvióse con el rostro alterado por la emoción de una santidad profanada, y con un acento tan tierno, pero mas penetrante y solemne que el que habia oído hasta entonces en sus labios:

—Me habeis hecho mucho mal, me dijo en voz baja; acercáos mas y escuchadme. No sé si lo que siento hácia vos y lo que pareceis sentir hácia mí, es eso que se llama amor en el idioma pobre y confuso del mundo, en donde las mismas palabras sirven para espresar cosas que no se asemejan mas que en el sonido que producen en los labios del hombre: no quiero saberlo; y vos, ¡oh! os lo suplico, ¡no lo sepais jamás! Pero si sé que es la suprema y la mas completa felicidad que el alma de un sér viviente puede aspirar del alma, de los ojos, de la voz de otro sér que se le asemeja, que le faltaba y que le completa al encontrarle. Al lado de esa felicidad sin límites, de esa aspiración mútua de los pensamientos por los pensamientos, de los sentimientos por los sentimientos, de el alma por el alma, que los confunde en una existencia sola é indivisible, y que los hace tan inseparables como el rayo de ese sol que se pone y el rayo de esa luna que aparece cuando se encuentran en el mismo cielo para remontarse confundidos en ese mismo éter, ¿hay otra felicidad, torpe imagen de aquella, tan distante de la union inmaterial y eterna de nuestras almas, como distante está el polvo de esas estrellas y el minuto de la eternidad? No lo sé, ni quiero saberlo, ¡ay! ni puedo saberlo nunca, añadió con un acento de desdeñosa tristeza, cuyo sentido enigmático no comprendí al pronto. Pero, continuó con su abandono de postura, de acento y de confianza que parecia entregarla toda á mí: ¿que me importan las palabras?... ¡Os amo! La naturaleza entera lo diria por mí, si yo no lo dijese, ó mas bien, dejadme que lo diga en voz alta la primera; dejadme que lo diga por los dos: ¡uno y otro nos amamos!

—¡Oh! ¡decidlo, decidlo otra vez, repetidlo mil veces! exclamé levantándome como un insensato y recorriendo á largos pasos la barca que resonaba y zozobraba bajo mis piés. ¡Digámoslo ambos á dos; digámoslo á Dios y á los hombres, al cielo y á

la tierra! ¡Digámoslo á los elementos mudos y sordos! ¡Digámoslo eternamente, y que toda la naturaleza lo repita con nosotros!...

Cai de rodillas delante de ella sobre los tablones de la barca, con las manos juntas y el rostro cubierto por mis cabellos.

—Serenáos, me dijo poniendo su dedo sobre mis labios, y dejad sin interrumpirme que concluya de hablaros.

Volvíme á sentar y callé.

—Ya os lo he dicho, ó mas bien, no os lo he dicho, sino que os lo he espresado desde lo íntimo de mi alma al reconocer: ¡os amo, y os amo con todo el ardor, con todas las ilusiones, con todas las impaciencias de una vida estéril de veintiocho años, pasada en mirar sin ver y en buscar sin hallar lo que su naturaleza la habia revelado por un presentimiento de que érais vos el misterio! Pero ¡ay! os he conocido y amado demasiado tarde, si comprendéis el amor como el resto de los hombres lo comprende, y como vos mismo pareciais comprenderlo hace poco en esa frase profana y ligera que me habeis dicho. Escuchadme aun, prosiguió, y comprendedme bien: soy vuestra, me entrego á vos, y os pertenezco como á mi misma; y esto lo puedo decir sin privar de nada á ese padre adoptivo, que no ha querido ver nunca en mí mas que una hija. Nada hay que me impida ser enteramente vuestra, y solo retengo de mí lo que vos mismo me mandais que guarde. No os admire este lenguaje, que no es el de las mujeres de Europa; ellas aman tibiamente, se sienten amadas del mismo modo, y temerian perder los deseos que inspiran, confesando un secreto que quieren que se les arranque. Yo no me asemejo á ellas, ni en patria, ni en corazón, ni en educación. Educada por un marido filósofo en el seno de una sociedad de espíritus libres, desnudos de las creencias y de las prácticas de la religion que han minado, no tengo ninguna de las supersticiones, ninguna de las debilidades de ánimo, ninguno de los escrúpulos que hacen doblar la frente de la generalidad de las mujeres ante otro juez que su conciencia. Su Dios de la infancia no es el mio. Yo no creo mas que en el Dios invisible que ha escrito su símbolo en la naturaleza, su ley en nuestros instintos, su moral en nuestra razón. La razón, el sentimiento y la conciencia son mis únicas revelaciones.

Ninguno de esos tres oráculos de mi vida me impediria ser vuestra: mi alma toda entera se precipitaria en vuestros brazos, si solo pudiéseis ser feliz á ese precio. ¡Pero habríamos de encadenar vuestra felicidad y

la mia á esa fugitiva embriaguez, cuya privacion voluntaria da mil veces mas goces al alma que los que da su satisfaccion á los sentidos? No creeremos mejor en la inmaterialidad y en la eternidad de nuestro amor cuando permanezca elevado á la altura de un pensamiento puro, en las regiones inaccesibles al cambio y á la muerte, que si descendiese á la abyecta naturaleza de las sensaciones vulgares, degradándose y profanándose en indignos placeres?... Además, continuó despues de un corto silencio y ruborizándose como una mejilla aproximada al fuego; que si en un momento de incredulidad y de delirio exigiérais esa prueba de mi abnegacion, tened por cierto que ese sacrificio no solo seria el de mi dignidad, sino tambien el de mi existencia; que mi alma puede, á lo que dicen, exhalar en un solo suspiro; que al arrebatarme la inocencia de mi amor me habriais arrebatado al propio tiempo la vida, y que creyendo tener vuestra felicidad en vuestros brazos, solo habriais poseido una sombra y quizá os encontraríais con la muerte!...

Permanecimos largo tiempo sin poder uno ni otro articular palabra. Al fin, con un suspiro arrancado de lo hondo de mi pecho, la dije:

—Os he comprendido, y mi corazon ha prestado el juramento de la eterna inocencia de mi amor, antes de que hayais acabado de pedirmelo.

XXII.

Aquella resignacion pareció colmarla de felicidad y redoblar el encantador abandono de su ternura. La noche habia caido sobre el lago, en el que se miraban las estrellas del firmamento: el profundo silencio de la naturaleza adormecia la tierra. Los vientos, los árboles, las olas, dejaban oír en nosotros las fugitivas impresiones del sentimiento ó de la imaginacion, que hablan en voz baja en los corazones felices. Los barqueros dejaban oír de vez en cuando los cánticos halagüenos y monótonos que se asemejan á las ondulaciones acompasadas de las olas sobre las playas. Aquello me hizo pensar en su voz, que resonaba continuamente en mi oído.

—¡Ah! si marcáseis para mí esta noche deliciosa con algunos acentos arrojados á esas olas y á esas sombras para que quedasen eternamente llenas de vos, la dije.

Hice señal á los barqueros de que callasen y ensordeciesen el ruido de sus remos, de los que caian las gotas argentinas sobre el agua como un acompañamiento musical

en pequeñas notas. Cantó Julia aquella balada escocesa, marítima y pastoril á la vez, en que una jóven, de quien su amante, pobre marinero, se habia separado para ir á buscar fortuna á las Indias, cuenta que sus padres, cansados de esperar el regreso del jóven, la habian obligado á casarse con un anciano, á cuyo lado seria dichosa, sino pensara en el que fué su primer amor. Esta balada principia así:

Quando la luna sus aguas
en las puras aguas riela,
cuando el sueño á los humanos
reposa de sus tareas;
cuando descansan gozosos
á la luz de las estrellas,
los pájaros en su nido,
en su aprisco las ovejas,
junto á mi buen viejo esposo
fatigada mi alma vea,
y de mi angustia me acuerdo,
y me acuerdo de mis penas.

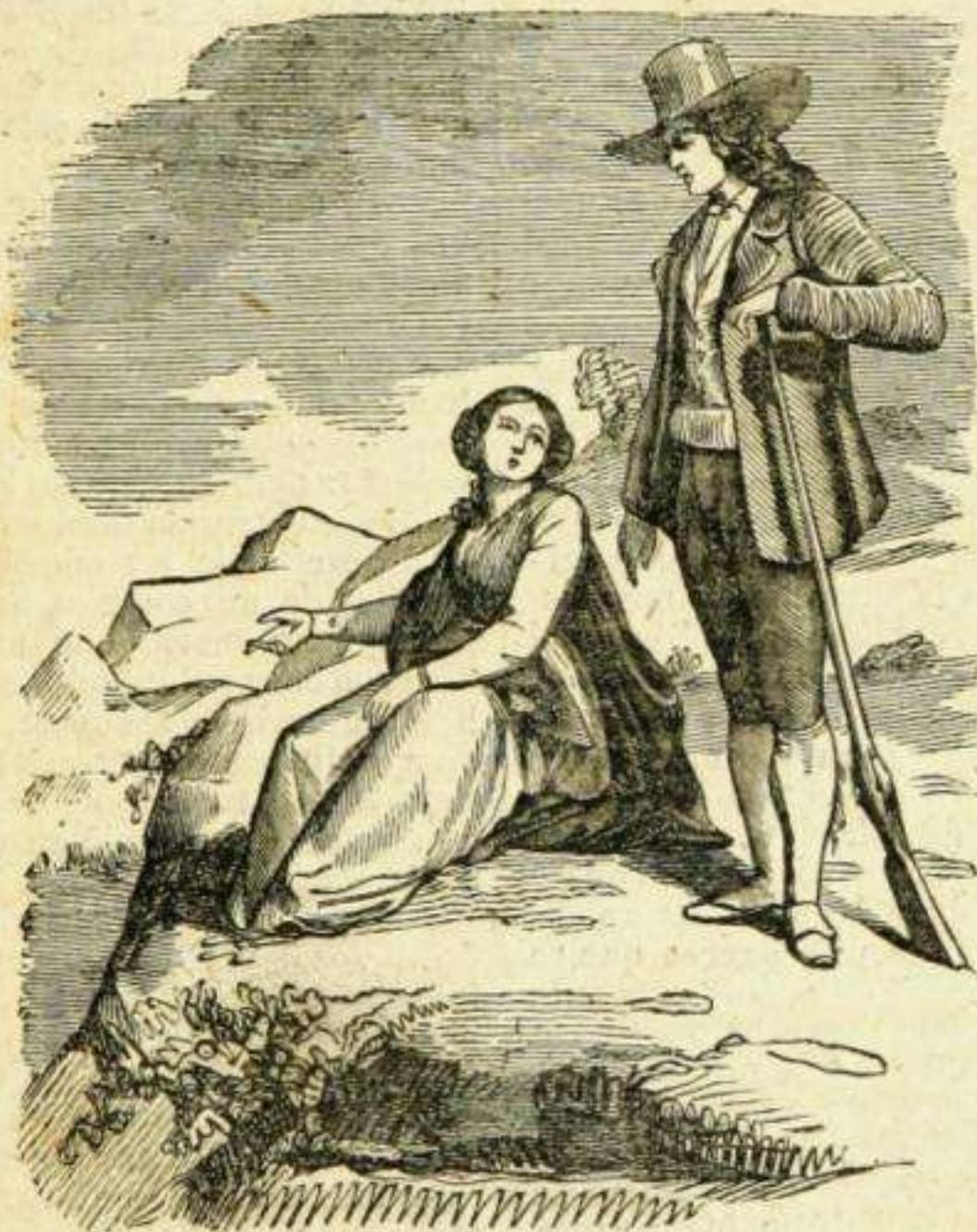
Trás de cada estrofa hay un largo estribillo, cantado en notas vagas y sin palabras, que mece el alma en olas de tristeza infinita, y hace subir á los ojos las lágrimas de la voz: luego vuelve á continuar la narracion en la estrofa siguiente, con el acento sordo y lejano de un recuerdo que lamenta lo pasado, sufre y se resigna. Si las estrofas griegas de Safo son el fuego mismo del amor, aquellas notas escocesas son las lágrimas mismas de la vida y la sangre de un corazon herido de muerte por el destino. ¡No sé quién escribió aquella música; pero sea quien sea, bendito sea mil veces por haber hallado en unas pocas notas ese infinito de la tristeza humana en el gemido melodioso de una voz! Desde aquel dia no me ha sido posible oír los primeros compases de aquella cancion sin huir como un hombre perseguido por una sombra; y cuando siento en mí la necesidad de abrir mi corazon por una lágrima, me canto interiormente á mí mismo aquel aire lastimero, y me siento próximo á llorar... ¡Yo que nunca lloro!

XXIII.

Llegamos al pequeño muelle de la lengua de tierra que se adelanta en el lago, y donde se amarran los barcos: es aquel el puerto de Aix que está situado á media lengua de la ciudad. Era mas de media noche, y no habia ya en el muelle carruaje ni cabalgadura para conducir á los viajeros á la ciudad. El camino era demasiado largo para que una pobre mujer enferma le hi-

ciase á pié... Despues de haber llamado inútilmente á las puertas de dos ó tres ca-
bañas inmediatas al lago, propusieron los
barqueros trasportar á Aix á la dama. Sa-
caron alegremente sus remos de los anillos
que los sujetaban á la barca, los ataron jun-
tos con las cuerdas de sus redes, colocaron
encima de ellas una de las almohadas del

no derecha en las manos de la enferma, á
fin de que pudiera apoyarse y asirse á mí
en los sacudimientos del camino, y la impe-
dia que se escurriese de la estrecha almoha-
da en que estaba acostada. Caminamos así
en silencio, á la claridad de la luna llena,
bajo la larga arboleda de álamos. ¡Ay, cuán
corta me pareció esa arboleda, y cuánto



Ocupados unas veces en contemplar el resplandeciente valle de Chambery.

barco, y formaron así una camilla flexible
y flotante, sobre la cual hicieron acostar á
la extranjera. Luego cuatro de ellos coloca-
ron cada cual sobre su hombro uno de los
extremos de los remos, y se pusieron en ca-
mino, sin imprimir á la litera mas movi-
miento que el de sus pasos. Quise disputar-
les el placer de llevar una parte de aquella
dulce carga; pero todos me rechazaron con
obsequiosa solicitud.

Iba yo al lado de la camilla, con mi ma-

deseaba que me hubiera conducido así hasta
el último paso de nuestras dos vidas!

Ella no me hablaba, y yo no despegaba
mis labios; pero sentia todo el peso de su
cuerpo suspendido con confianza de mi bra-
zo; sentia sus frias manos que rodeaban la
mia, y de vez en cuando una involuntaria
presion, un hálito mas ardiente sobre mis
dedos, me hacian comprender que habia
aproximado sus labios á mis manos para
calentarlas. ¡No; jamás silencios como aque-

nos contuvieron tan mudas expansiones! Habíamos gozado un siglo de felicidad en una hora. Cuando llegamos á casa del anciano médico y pusimos á la enferma sobre el umbral de su cuarto, un mundo entero se desplomó entre nosotros. Sentí mi mano empapada en lágrimas, y enjugándola con mis labios y mis cabellos fui á arrojarme vestido sobre mi lecho.

XXIV.

Por mas vueltas que di en la almohada, no pude dormir. Los mil incidentes de aquellos dos dias se reproducian en mí con tal fuerza y tal reaccion de impresiones, que no podia creer que hubiesen terminado: volvía á ver y oír todo lo que habia visto y oído el dia antes. La fiebre de mi alma se habia comunicado á mis sentidos, y me levanté y volví á echarme veinte veces, sin poder hallar la tranquilidad. Renuncié al fin al reposo, y traté de engañar con la agitacion de mis pasos la agitacion de mis pensamientos. Abrí la ventana, hojeé libros sin comprenderlos, di pasos precipitados por mi cuarto, y quité y puse mi mesa y mi silla en diferentes puntos, para hallar un buen sitio y terminar la noche sentado ó de pié. Todo ese ruido se hizo oír en la sala inmediata: Mis pasos debieron turbar á la pobre enferma, que sin duda no oía mas que yo.

Oí el ruido de unos piés ligeros que se acercaban á la puerta de encina; cerrada con dos cerrojos, y que separaba su cuarto del mio: pegué mi oído al tabique, y oí una respiracion contenida y el roce de un vestido de seda contra la pared. El resplandor de una luz filtraba á través de las rendijas de la puerta y por debajo de las hojas hasta el suelo de mi cuarto. Era ella, que estaba allí, con el oído tambien á pocas líneas de mi frente, y podia oír latir mi corazón.

—¿Estais enfermo? me dijo por lo bajo una voz, que habria reconocido en un solo suspiro.

—No, respondí; pero soy demasiado feliz! El exceso de la felicidad es tan calenturiento como el exceso de la angustia. Esa fiebre es la de la vida: no la temo ni la huyo, y velo para gozar de ella.

—Jóven, me dijo, retiráos á dormir mientras yo velo: á mí es á quien toca ahora velar por vos.

—Pero vos misma, le dije por lo bajo, ¿por qué no dormís?

—Yo, me replicó, no quiero dormir mas, para no perder un minuto del sentimiento de felicidad de que me hallo inundada. Ten-

go poco tiempo para saborear mi alegría, y no quiero perder una sola gota de ella por el olvido en el sueño. He venido á sentarme aquí por si podia oiros, y para estar cerca de vos.

—¡Oh! murmuré entre mis labios; ¿por qué tan separados todavía? ¿Por qué esta pared entre ambos?

—Es esta puerta la que se interpone entre nosotros, y no nuestra voluntad y nuestro juramento, me dijo. Mirad; si vuestro paso se halla detenido solo por ese obstáculo material, podeis salvarlo. Y oí que su mano descorria el cerrojo por su lado.

—Sí, podeis ya hacerlo, continuó, si no hay en vos algo mas fuerte que vuestro amor mismo que domine y subyugue vuestro arrebató: sí, podeis salvarlo, continuó con acento á la vez mas apasionado y solemne; no quiero deber nada sino á vos mismo: hallareis en mí un amor igual al vuestro; pero, ya os lo he dicho, ¡en ese amor encontrareis tambien mi muerte!

El exceso de mi emocion; el impetuoso impulso de mi corazón hácia aquella voz; la violencia moral que me rechazaba, me hicieron caer aniquilado, en la actitud de un hombre herido de muerte, sobre el umbral de aquella puerta cerrada, y oí que ella se sentaba al otro lado sobre el almohadon de un canapé que arrojó en el suelo del aposento.

Continuamos parte de la noche hablando en voz baja á través de las rendijas dejadas por la tosca obra de carpintería entre el suelo y las hojas de la puerta. Palabras íntimas sin ejemplo en la lengua ordinaria de los hombres, flotantes como los ensueños de la noche entre el cielo y la tierra, interrumpidas a veces con largas pausas, durante las cuales se hablan los corazones, tanto mas, cuanto mas se siente la falta de las palabras para espresar conversaciones inexplicables. Al fin, las pausas llegaron á ser mas prolongadas, las voces mas apagadas, y me dormí de cansancio, con la mejilla pegada á la pared y las manos juntas sobre mis rodillas.

XXV.

Cuando desperté, el sol, bastante elevado ya en el cielo, inundaba mi cuarto con reflejos luminosos. Los pitirajos de otoño saltaban, y picoteaban gorjeando las vides y grosellas bajo mi ventana: toda la naturaleza parecia haberse despertado, engalanado, iluminado y animado delante de mí para festejar el dia de nuestro nacimiento á una nueva vida. Todos los ruidos de la casa me parecían

Alegres como yo. No oía mas que los ligeros pasos de la doncella, que iba y venia por el corredor para servir el desayuno á su ama; las voces infantiles de las muchachas de la montaña, que traían flores de las orillas de las lagunas; las plisadas y las campanillas de las mulas, que la aguardaban en el patio para conducirla al lago ó al bosque de los abetos. Mudéme mis vestidos, manchados de polvo y agua, lavé mis ojos, ajados y enrojecidos por el insomnio, peiné mis desordenados cabellos. me puse mis botines de cuero del cazador de gamos de los Alpes, cogí mi escopeta y bajé á la mesa comun, en donde estaba desayunándose el anciano médico con su familia y sus huéspedes.

Hablóse durante el desayuno de la tempestad en el lago; del riesgo que habia corrido la jóven extranjera; de su desmayo en Haute-Combe; de su ausencia de tres dias, y de la dicha que yo habia tenido en encontrarla y traerla el dia antes. Rogué al médico que fuese á pedirla en mi nombre el permiso de informarme de su salud y acompañarla en sus escursiones. Volvió el médico con ella, mas hermosa, mas seductora y mas rejuvenecida por la felicidad de lo que se la habia visto hasta entonces. Deslumbraba á todo el mundo: á nadie miraba mas que á mí, y yo solo comprendia aquellas miradas y aquellas palabras de doble interpretacion. Sus guías la trasportaron con acentos de alegría sobre el sillón de estribo flotante que sirve de silla de montar á las mujeres de Saboya, y yo seguí á pié la mula de ruidosas campanillas que la conducia aquél dia á los castillos mas elevados de la cuenca de la montaña.

Pasamos allí el dia entero casi sin hablarnos: tanto habiamos llegado á comprendernos sin necesidad de palabras, ocupados unas veces en contemplar el resplandeciente valle de Chambéry, que parecia abrirse y ensancharse mas á medida que nos íbamos elevando, parándonos otros á orillas de las cascadas, cuyo vapor matizado por el sol nos envolvía en ondulantes arco-iris que nos parecían el marco sobrenatural y la aureola de nuestro amor; otras veces cogiamos las últimas flores de la tierra sobre los prados inclinados de los castillos, y las cambiábamos entre ambos como letras de aquel alfabeto embalsamado de la naturaleza inteligibles para nosotros solos; otras veces recogiamos las castañas olvidadas al pié de los árboles, que mondábamos para cocerlas por la noche al fuego del hogar; otras nos sentábamos bajo los últimos castillos de las montañas, abandonados ya por sus habitantes, y nos deciamos lo felices

que serian dos seres como nosotros relegados por su fortuna á una de aquellas cabinas desiertas formadas de algunos troncos y tablas, á la luz de las estrellas, al murmurar del viento en los abetos, al estremecimiento de los hielos y las nieves, pero separados de los hombres por la soledad y aspirando ellos mismos una vida llena en que rebosaba un mismo sentimiento!

XXVI.

Por la tarde volvimos á paso lento, mirándonos tristemente como si hubiésemos para siempre trás de nosotros dejado nuestros dominios y nuestra felicidad. Subió ella á su cuarto, y yo me quedé para comer con la familia y los huéspedes. Despues llamé, como habiamos convenido, á la puerta de su cuarto. Recibióme como á un amigo de la infancia á quien hubiera vuelto á hallar despues de una larga ausencia. Así pasé en lo sucesivo los dias y las noches. Encontrábala comunmente medio recostada sobre un canapé cubierto de lienzo blanco, en el rincón formado entre la chimenea y la ventana: en una mesita de madera oscura, sobre la cual ardia una luz, habia diferentes libros, cartas recibidas ó principias á escribir por el dia, una caja de caoba con té que me dió al marcharse y que desde entonces conservé siempre sobre mi chimenea, y dos tazas de porcelana azul y rosa de la China, en las que tomábamos el té á media noche. El anciano médico subia ordinariamente conmigo para hablar con su jóven enferma; pero despues de media hora de conversacion, conociendo aquel amable hombre que mi presencia contribuia mas que sus consejos y sus baños al restablecimiento visible de una salud que tan preciosa era para todos, nos dejaba solos con nuestros libros y nuestras conversaciones. A media noche besaba yo su mano que me alargaba por cima de la mesa, y me retiraba á mi cuarto. Nunca me acostaba hasta que no oia ruido alguno en el suyo.

XXVII.

Aun pasamos cinco largas y cortas semanas en aquella íntima y deliciosa vida: largas, si se atiende á las innumerables palpitations de felicidad que contaban nuestros corazones; cortas, si pienso en la imperceptible rapidéz de las horas que las llenaban. Parecia que por un milagro de la Providencia, que no se reproduce un año entre

diez, la estación, cómplice de nuestra felicidad, estaba de acuerdo con nosotros para prolongarla. Todo el mes de octubre, y más de la mitad de noviembre, se asemejaba á una primavera resucitada del invierno, que no había olvidado más que sus hojas en la tumba. Las brisas eran templadas, las aguas estaban azules, los abetos verdes, las nubes sonrosadas, los soles resplandecientes.

Únicamente los días eran cortos; pero las largas noches junto á las cenizas calientes de su chimenea nos acercaban más, haciéndonos más exclusivamente presentes uno á otro, é impidiendo que nuestras miradas y nuestras almas se evaporasen en el esplendor de la naturaleza exterior. Las preferíamos á los largos días del verano, porque nuestro esplendor estaba en nosotros mismos, y lo sentíamos mejor, confinándonos en nuestra morada durante las largas tinieblas de los crepúsculos y de las noches de noviembre, al ruido que hacían al caer las primeras ráfagas de escarcha ó de nieve sobre sus vidrios, y á los gemidos del viento de otoño: aquel viento humedecido parecía recogerlos en nosotros mismos y gritarnos:

—Apresuráos á decirnos todo cuanto no se hayan dicho todavía vuestros corazones, y todo lo que hayan de decirse antes que el hombre y la mujer mueran, porque yo soy la voz de los malos días que se acercan y que van á separaros.

XXVIII.

Visitamos así juntos sucesivamente todas las radas, todas las olas, todas las arenas del lago, todas las cimas, todos los grupos, todos los desfiladeros, todos los valles escondidos, todas las grutas y todas las cascadas engastadas en las hendiduras de las rocas de la Saboya. Vimos más sitios sublimes ó graciosos, más soledades misteriosas, más desiertos encantados, más casitas suspendidas entre los abismos y las nubes, con sus cornisas salientes de las montañas, más vergeles, más aguas espumosas sobre los prados en cuesta, más bosques de abetos y castaños abriendo á las miradas sus sombrías columnatas, y repitiendo el eco de nuestras voces bajo sus bóvedas, que los que se necesitarían para ocultar un mundo de amantes. Dejábamos en cada uno de esos sitios uno de nuestros suspiros, uno de nuestros entusiasmos, una de nuestras bendiciones.

Les rogábamos por lo bajo, ó en voz alta, que conservasen el recuerdo de la hora

que habíamos pasado juntos, de los pensamientos que nos habían inspirado, del aire que nos habían hecho respirar, de la gota de agua que habíamos bebido en el hueco de nuestras manos, de la hoja ó de la flor que allí habíamos cogido, de las huellas que nuestras pisadas habían impreso en la yerba húmeda, y que nos devolviesen todo eso algún día con la partícula de existencia que allí habíamos dejado al pasar y respirar, para no perder nada de la felicidad que rebosaba en nuestros corazones, y volver á hallar todos aquellos minutos, todos aquellos éxtasis, todas aquellas emanaciones de nosotros mismos, en ese depósito fiel de la eternidad, en donde todo vuelve á encontrarse, hasta el soplo que se acaba de respirar, y el minuto que se cree haber perdido.

Jamás quizá desde la creación de aquellos lagos, de aquellos torrentes y de aquellos granitos se habían elevado hacia Dios himnos tan tiernos y ardientes desde aquellas montañas. Había en nuestras almas bastante vida y amor para animar toda aquella naturaleza, agua, cielo, tierra, rocas y plantas, y para hacerles exhalar suspiros, impulsos, efusiones, voces, gritos, perfumes y llamas capaces de llenar el santuario entero de una naturaleza más vasta y muda todavía que la que nos rodeaba. Aun cuando se hubiese creado un universo para nosotros solos, habríamos bastado ambos para llenarlo, vivificarlo y darle la voz, la palabra, la bendición y el amor por una eternidad.

¿Y quién ha sentido nunca los límites de su vida, de su fuerza de existir y de amar, al lado de una mujer adorada, en presencia de la naturaleza y del tiempo, y bajo las miradas de Dios? ¡Oh, amor! ¡Cuánto te temen los infames, y cómo te proscriben los perversos! Tú eres el gran sacerdote de este mundo, el revelador de la inmortalidad, el fuego del altar, y sin tu resplandor no sospecharía el hombre lo infinito.

XXIX.

Aquellas seis semanas fueron para mí un bautismo de fuego que trasfiguró mi alma, purificándola de las manchas con que hasta entonces se había afeado. El amor fué la antorcha que, abrasándome, me hizo ver con su luz a la naturaleza, á este mundo, á mí mismo y al cielo. Comprendí la nada de este mundo, viendo cómo desaparecía ante una sola chispa de la verdadera vida, y me avergoncé de mí propio mirándome en

lo pasado y comparándome con la pureza y perfeccion de la que amaba. Entré en el cielo de las almas, penetrando con ojos y corazon en aquel mar de belleza, sensibilidad, pureza, melancolia y amor que se entreabria mas y mas á cada momento en los ojos, en la voz y en la conversacion de la celestial criatura que acababa de manifestarse á mí. ¡Cuántas veces me prosterné de rodillas ante ella, con la frente pegada á la yerba, en la actitud y en el sentimiento de la adoracion! ¡Cuántas veces la supliqué, como se suplica á un ser de otra naturaleza, que me lavase en una de sus lágrimas, que me abrasase en una de sus llamas, que me aspirase en una de sus respiraciones, para que no quedase de mí en mi propio mas que el agua purificadora con que me hubiese lavado, el fuego celeste en que me hubiera consumido, el nuevo soplo con que habria animado mi nuevo ser, á fin de que yo fuese ella ó ella yo, y de que Dios mismo, al llamarnos á su presencia, no pudiese reconocer ni separar lo que un milagro del amor habia trasformado y confundido!... ¡Oh! si teneis un hermano, un hijo ó un amigo que nunca haya conocido la virtud, rogad al cielo que le haga amar de esa manera. En tanto que ame, será capaz de todos los sacrificios, de todos los heroismos para igualarse al ideal de su amor. Y cuando ya no ame, le quedará para siempre en el alma un sabor de celestial placer que le disgustará de las aguas del vicio, y una mirada fija secretamente en el manantial donde le fué permitido beber una vez.

¡Cuántos saludables rubores de mí mismo sentia en presencia de la que amaba! Pero sus reconvenciones eran tan tiernas, sus miradas, aunque tan penetrantes, eran tan dulces, sus perdones eran tan divinos, que al humillarme ante ella nunca me sentia rebajado, sino ensalzado y engrandecido. Creia sentir que brotaba de mi propia naturaleza en mí mismo la pureza, el resplandor que su luz reflejaba en mí solamente. Comparábala sin cesar involuntariamente con las demás mujeres que habia entrevisto. Esceptuando á Antonina, que se me representaba como la inocente infancia de Julia; esceptuando á mi madre, á quien se asemejaba en su santidad y en su madurez, ninguna mujer podia tener á mis ojos el menor término de comparacion. Una sola de sus miradas envolvia en la sombra todo el resto de mi vida. Sus conversaciones me revelaban sublimidades, estensiones, delicadezas, elegancias, divinidades de sentimiento y de pasion que me trasportaban á regiones desconocidas, endonde creia respirar

por primera vez el aire natal de mis propios pensamientos.

Toda la ligereza, vanidad, puerilidad, aridez, ironía ó amargura de alma que habia en mí durante los malos años de mi adolescencia, desaparecia de tal modo, que no me reconocia ya á mí propio. Al separarme de ella me creia bueno, me sentia puro, y volvía á hallar la gravedad, el entusiasmo, la oracion, la piedad interior, las lágrimas ardientes que no brotan de los ojos, sino que suben como un manantial oculto del fondo de nuestras arideces aparentes y lavan el corazon sin enervarlo. Hacia propósito de no bajar nunca de aquellas alturas celestes, pero sin vértigos, adonde sus tiernas reconvenciones, su voz, su sola presencia tenian el don de elevarme. Era aquello como una segunda virginidad de mi alma que contraia á los rayos de la eterna virginidad de su amor. No podia decir si habia mas piedad que atractivo en la impresion que sentia, pues tanto se mezclaban en ella por iguales partes la pasion y la adoracion, y cambiaban mil veces por minuto en mis pensamientos el amor en culto y el culto en amor. ¡Oh! ¿No es el punto culminante del amor, el entusiasmo en la posesion de la perfecta belleza y el placer en la suprema adoracion?... Todo cuanto ella decia, me parecia eterno; todo cuanto miraba, sagrado: tenia envidia á la tierra que hollaba con sus plantas, y los rayos del sol que la envolian, me parecian dichosos por haberla tocado. Habria querido recoger y separar para siempre del resto de la atmósfera el aire que á mis ojos habia divinizado respirándolo: habria querido hasta marcar el vacio que iba dejando en el espacio para que ninguna criatura inferior lo ocupara nunca en el resto de la duracion de la tierra. ¡En una palabra, yo veia, sentia y adoraba todo, hasta al mismo Dios, á traves de aquella divinidad de mi amor!... Si durase la vida en semejante estado del alma, la naturaleza se paralizaria, la sangre cesaria de circular, el corazon se olvidaria de latir, ó mas bien no habria movimiento, ni flojedad, ni cansancio, ni precipitacion, ni muerte, ni vida en nuestros sentidos: no habria mas que una petrificacion viva y eterna de nuestro ser en otro ser. Ese estado debe asemejarse al estado del alma anonadada y que vive en Dios.

XXX.

¡Qué felicidad! Los viles apetitos de la pasion sensual se habian borrado (pues asi

lo había querido ella) en la plena posesion del alma del uno por el otro. La felicidad me hacia, como acontece siempre, mejor y mas piadoso de lo que nunca hubiera sido. Dios y ella se confundian tan completamente en mi alma, que la adoracion que la tenia era tambien una perpétua adoracion del sér divino que la habia creado. ¡Yo no era mas que un himno, y en mi himno habia dos nombres, Dios y ella.

Nuestras conversaciones por el dia, cuando nos deteniamos á contemplar, respirar y admirar en las vertientes de las montañas á orillas del lago ó en el tronco de algun castaño junto á las praderas bañadas del sol, se encaminaban con frecuencia por efecto del rebosamiento natural de dos almas demasiado llenas hácia el abismo sin fondo de todos los pensamientos; esto es, hácia lo infinito y hácia la palabra que por sí sola llena lo infinito: Dios. Sorprendíame cuando pronunciaba esta última palabra con la entusiasta bendicion de corazon que encierra toda una revelacion en un acento; sorprendíame de verla apartar ó bajar sus miradas y ocultar en los pliegues de sus hermosas cejas ó en la contraccion de su boca distraida una pena ó una incredulidad triste que me parecia en contradiccion con nuestros arrebatos. Un dia la pregunté tímidamente la causa.

—Es que esa palabra me hace mal, me dijo.

—¿Cómo, repliqué, la palabra que encierra el nombre de toda vida, de todo amor y de todo bien, puede hacer mal á la mas perfecta de sus obras?

—¡Ay! exclamó Julia con el acento de un alma desesperada; es que esa palabra contiene para mí la idea del sér cuya existencia he deseado mas ardientemente que no fuese un sueño; y ese sér, añadió con voz sorda y mas débil, no es para mí ni para los sábios de quienes he recibido lecciones, sino una ilusion la mas maravillosa, pero la mas vacía de nuestro pensamiento.

—¿Cómo, la dije; vuestros maestros no creen en un Dios! Pero vos que amais, ¿podéis no creer en él? ¿Pues hay una palpacion de nuestros corazones que no sea una aclamacion de su omnipotencia?

—¡Oh! se apresuró ella á replicar; no interpreteis de demencia la sabiduria de los hombres que me han abierto los velos de la filosofia, y han hecho brillar á mis ojos el brillante resplandor de la razon y de la ciencia en vez de la luz fantástica y pálida con que las supersticiones humanas iluminan las voluntarias tinieblas difundidas de intento alrededor de sus pueriles divinida-

des. No es el Dios de vuestra madre ni el de mi nodriza en quien yo creo; ese no es el Dios de la naturaleza y de los sábios. Yo creo con estos en un sér, principio y causa, fuente, espacio y fin de todos los demás seres, ó mas bien que no s él mismo, sino la eternidad, la forma y la ley de todos esos seres visibles ó invisibles, inteligentes ó no inteligentes, animados ó inanimados, vivos ó muertos, de que se compone el único verdadero nombre de ese sér de los seres: lo infinito! Pero la idea de la inconmensurable grandeza, de la fatalidad soberana, de la necesidad absoluta é inflexible de los actos de ese sér que vosotros llamais *Dios* y nosotros *ley*, excluye de nuestros pensamientos toda inteligencia exacta, toda denominacion justa, toda imaginacion razonable, toda manifestacion personal, toda revelacion, toda encarnacion, toda relacion posible entre ese sér y nosotros, y hasta el homenaje y la oracion! ¿Es natural que la consecuencia haga oracion al principio?... ¡Oh, qué cruel es esto, añadió, y cuántas bendiciones, oraciones y lágrimas habria derramado ya á sus piés desde que os amo!...

Recobrándose luego, algun tanto:

—Os sorprendo, continuó, y os aflijo; pero perdonadme: ¿no es la primera de las virtudes, si es que hay virtudes, la verdad? Sobre este solo punto no podremos entendernos nunca; de consiguiente no hablemos de él. Vos habeis sido educado por una madre piadosa en el seno de una familia cristiana; vos habeis respirado allí con la atmósfera las santas credulidades del hogar: os han conducido por la mano á los templos; os han mostrado imágenes, misterios, altares, y os han enseñado oraciones, diciendos: «Dios está allí, que os escucha y responde.» Lo creisteis, porque entonces no teniais edad para examinar. Luego habeis dejado á un lado esos juguetes de vuestra infancia para imaginar un Dios menos pueril y menos afeminado que ese Dios de los tabernáculos cristianos. Pero siempre ha quedado en vuestros ojos aquel primer deslumbramiento: y el dia en que os creisteis empapado sin saberlo en la falsa luz con os fascinaron al entrar en la vida, os quedaron dos debilidades de inteligencia: el misterio y la oracion. No hay misterio ninguno, añadió con voz mas segura y solemne; no hay mas que la razon, que disipa todo misterio! El hombre mal intencionado ó crédulo es el que ha inventado el misterio: Dios es quien ha hecho la razon. Y no hay oracion, prosiguió mas tristemente; porque de una ley inflexible no hay que esperar que ceda, y en una ley necesaria nada se puede variar.

Los antiguos, en su ignorancia popular, bajo la cual ocultaban su sabiduría, lo conocían muy bien, añadió, y por eso oraban á todos los dioses de su invención; pero nunca á la ley suprema, ¡el destino!

Calló la joven.

—Paréceme, la dije despues de un largo silencio, que los maestros que os han enseñado esa sabiduría han subordinado demasiado en sus teorías de las relaciones del hombre con Dios, el sér sensible al sér que piensa; en una palabra, que han olvidado del hombre el corazón, ese órgano de todo amor, como la inteligencia es el órgano de todo pensamiento. Las representaciones que el hombre se ha hecho de Dios pueden ser falsas y pueriles; pero sus instintos, que son su ley no escrita, tienen que ser á veces verdaderos. De otro modo, la naturaleza habria mentido al crearla. Supongo que no creereis que la naturaleza sea una mentira, añadió sonriéndome, vos que deciais hace poco que la verdad era quizá la única virtud. Ahora bien, cualquiera que sea el objeto que Dios se haya propuesto al dar estos dos instintos, el misterio y la oración, al corazón del hombre; ora haya querido revelarle por ese medio que él, Dios, es incomprendible, y que el misterio es su verdadero nombre; ora haya querido que todas las criaturas le tributasen honor y bendición, y que la oración sea el incienso universal de la naturaleza, siempre tendremos que el hombre lleva en sí esos dos instintos cuando piensa en Dios: ¡el misterio y la oración! ¡El misterio! proseguí; toca á la razón humana ensancharlo, aclararlo, apartarlo mas y mas, sin llegarlo á disipar nunca completamente. ¡La oración! es la necesidad que siente el corazón de derramar continuamente la imploración útil ó inútil, oída ó no, como el perfume sobre los pasos de Dios. ¡Qué ese perfume caiga á los piés de Dios ó caiga en tierra, no importa: siempre cae en tributo de debilidad, de humillación y de adoración!... ¡Pero quién sabe si es perdido? añadió con el tono de una esperanza que en la voz del que habla triunfa de la misma duda: ¿quién sabe si la oración, esta comunicación misteriosa con la omnipotencia invisible, no es en efecto la mayor de las fuerzas sobrenaturales ó naturales del hombre? ¿Quién sabe si la voluntad suprema é inmortal ha querido desde la eternidad inspirarla y satisfacerla en el que ora, y hacer así por la invocación participe al hombre del mecanismo de su propio destino? ¿Quién sabe, por último, si Dios en su amor y en su bendición perpetua á los seres emanados de él, ha querido

dejarles ese lazo con él como la cadena invisible que suspenda el pensamiento de los mundos al suyo? ¿Quién sabe si en su soledad majestuosa, poblada con él solo, ha querido que se eleve y baje incensantemente ese vivo murmullo, esa conversación inextinguible con la naturaleza, en todos los puntos de lo infinito, desde él á los seres que vivifica, abraza y ama, y de todos esos seres hasta él? En todos los casos, la oración es el privilegio mas sublime del hombre, puesto que es el que le permite hablar á Dios, y aun cuando Dios fuese sordo, todavía le rogaríamos, porque si su grandeza no permitiera darnos oídos, la nuestra consistiria en orar á él.»

Conocí que mis razonamientos la enternecian sin convencerla, y que su alma, algo secada por la ciencia, no habia abierto aun sus manantiales hácia Dios. Pero el amor no debia tardar en enternecer su religión, despues de haber enternecido su corazón: las delicias y las angustias de la pasión debian hacer brotar muy pronto en aquella alma la adoración y la oración, estos dos perfumes del espíritu que se abrasa y languidece, el uno lleno de embriaguez, y el otro de lágrimas; pero ambos divinos.

XXXI.

Mientras tanto la felicidad, la soledad de ambos, este Edem de las almas tiernas, el descubrimiento que ella hacia en mí todos los dias de algun abismo de mi pensamiento en armonía con los misterios de su propia naturaleza; aquel aire de otoño en las montañas, que conservan como estufas caldeadas por el verano el calor del sol hasta la proximidad de las nieves; aquellas escursiones lejanas á los castillos ó sobre el agua; el balanceo del barco, ó el dulce movimiento del paso de los mulos, parecido al de las olas ligeras y lentas del mar; la leche de aquellos pastos que la llevaban todavía espumando, por mañana y tarde, en copas de haya talladas por los pastores, y mas que nada aquella exaltación dulce, aquel delirio apacible, aquel vértigo continuo de un alma á quien un primer amor levanta de la tierra como en alas y pasea de pensamientos en pensamientos, de ensueños en ensueños, á través de un nuevo cielo, en una perpétua expansión del corazón; todo esto contribuía visiblemente á restablecer su salud.

De un dia á otro se la veia rejuvenecer, como si fuese una convalecencia del alma que se comunicara á sus facciones, Su ros-

ro algo marchito en un principio alrededor de sus ojos por esas manchas opacas ó azules, semejantes á las huellas que dejan impresas los dedos de la muerte, recobraba la plenitud de mejillas, el calor de sangre, la frescura de tez, el vello algodonoso de una jóven que hubiese caminado mucho sobre la montaña en donde las primeras heladas brisas de las lagunas hubieran azotado su mejilla: sus párpados habían perdido su pesadez, sus ojos su sombra, sus labios sus arrugas.

Sus miradas nadaban en una perpétua niebla luminosa del alma; vapor de un corazón ardiente condensado sobre el globo de los ojos en lágrimas que están subiendo continuamente, pero que aquel mismo fuego deseca y hace que nunca corran. Sus actitudes, sus movimientos y sus pasos volvían á adquirir la fuerza, la flexibilidad y la ligereza y vivacidad de los de una niña. Cada vez que entraba en el patio de vuelta de sus escursiones conmigo, el anciano médico y su familia se admiraban del prodigioso cambio operado en veinticuatro horas en su salud, y del deslumbramiento de juventud y vida que difundía en los ojos.

La felicidad parecía en efecto irradiar y sembrar enrededor suyo una atmósfera en que estaba envuelta y en la que envolvía á los que la miraban. Esa irradiación de la belleza, esa atmósfera del amor no son enteramente, como se cree, imágenes de poeta. El poeta no hace mas que ver mejor lo que se escapa á las miradas distraídas ó ciegas de los demás hombres. Se ha dicho mil veces de una hermosa jóven, que disipa las tinieblas en la noche: de Julia podía decirse que templaba el aire en rededor suyo. Yo caminaba y vivía envuelto en aquella placida emanación de su belleza renaciente: los demás la sentían al paso.

XXXII.

Cuando volvía á mi cuarto, durante los cortos instantes en que me veía precisado á separarme de ella, me sentía, aun cuando fuese a la mitad del día, como en un calabozo, sin aire y sin luz. El sol mismo, por brillante que estuviese, no me alumbraba, á menos que ella no lo reflejase en mis ojos. Cuanto mas la veía, mas la admiraba y menos podía creer que fuese una criatura de la misma especie que yo. La divinidad de su amor había concluido por llegar á ser una fé de mi imaginación. Prosternábase sin cesar en pensamiento delante de aquel ser demasiado tierno para ser un Dios, de-

masiado divino para ser una mujer. Buscábale nombres, y no los encontraba. A falta de nombre la llamaba en mi mismo misterio, y le tributaba bajo ese nombre vago é indefinido un culto que participaba de lo terreno por la ternura, del ensueño por el entusiasmo, de la realidad por la presencia, y del cielo por la adoración.

Julia concluyó por obligarme á confesar que había escrito versos algunas veces, pero nunca los había enseñado. Por lo demás, parecía amar poco esa forma artificial y estudiada del lenguaje que altera, cuando no la idealiza, la sencillez del sentimiento y de la impresión. Su naturaleza era demasiado súbita, demasiado profunda y demasiado grave para prestarse á esas formalidades, á esos giros y á esas lentitudes de la poesía escrita. Ella era la poesía sin rima, desnuda como el corazón, sencilla como la primer palabra, meditabunda como la noche, luminosa como el día, rápida como el relámpago, inmensa como la extensión. Su alma era una escala infinita que ninguna prosodia habría bastado á sujetar á compás. Hasta su misma voz era un canto perpétuo, con el cual no podía igualarse ninguna armonía de versos. Si hubiese vivido mucho tiempo á su lado, jamás habría leído ni escrito versos. Ella era para mí el poema vivo de la naturaleza y de mi propio. Mis sentimientos resonaban en su corazón, mis imágenes en sus miradas, mi melodía en su voz. Además que la poesía enteramente materialista y sonora de fines del siglo XVIII y del imperio, cuyos principales volúmenes tenía en su cuarto, tales como *Delille* y *Fontanes*, no había sido hecha para nosotros. Su alma, que había sido mecida por las olas melodiosas de los trópicos, era un foco de dolor, de ensueño y de amor, que todas las voces del aire y de las aguas no habrían bastado á exhalar. A veces probaba á leer delante de mí aquellos libros y admirarlos bajo el punto de su reputación; pero los desechaba con un gesto de impaciencia, y quedaban sordos en sus manos como cuerdas rotas, cuyo sonido se busca en vano pulsando el teclado. La nota de su corazón estaba solo en el mío; pero nunca pudo salir de él. Los versos que había de inspirarme solo debían resonar sobre su tumba. Jamás supo á quién amaba antes de morir, pues yo era para ella su hermano. Poco le habría importado que fuese yo un poeta para todo el mundo; en su amor no había nada de mí mas que yo mismo.

Una sola vez la revelé involuntariamente un vil don de poesía que ella estaba lejos de sospechar ó desear en mí. Mi amigo

Luis** había venido á pasar algunos dias en nuestra compañía. Habíase ocupado la noche hasta la doce en lecturas, conversaciones íntimas, ensueños en voz alta, tristezas ó sonrisas, y admirábamos aquellos tres jóvenes destinos desconocidos poco tiempo antes unos á otros, y recogidos ahora é identificados bajo el mismo techo, al rincón del mismo hogar, á los murmullos de las mismas tempestades de otoño, en una casita de las montañas de Saboya. Tratábamos de prever por qué caminos de la Providencia ó de la casualidad aquellos mismos vientos de la vida nos dispersarian ó nos reunirían de nuevo. Aquellas ojeadas hácia el horizonte de nuestras vidas futuras habían acabado por entristecernos. Permanecíamos mudos delante de la mesita de té, sobre la que estábamos puestos de codos. Al fin Luis, que era poeta, sintió susurrar una nota de melancolía en el alma, y quiso escribirla. Dióle ella un lápiz y el papel, y trazó sobre el mármol de la chimenea algunas estrofas, sentidas todas, é impregnadas de lágrimas como las estrofas fúnebres de *Gilberto*. Asemajábase él á *Gilberto*, y habria escrito seguramente aquellas estrofas, que vivirán tanto como el gemido de *Job* en la lengua de los hombres.

Los versos de Luis me enternecieron: tomé el lápiz de su mano, y alejándome por un momento al interior de la habitacion, escribí á mi vez esos versos que morirán conmigo sin haber sido recogidos; primeros versos que hayan salido de mi corazón y no de mi imaginación. Los lei sin atreverme á levantar los ojos hácia aquella á quien iban dirigidos. Esos versos helos aquí... pero no; quiero borrarlos, porque todo mi génio estaba en mi amor y desapareció con él.

Al concluir la lectura, ví en el rostro de Julia, iluminado por el reflejo de la luz, una espresion de admiración tan tierna y de belleza tan sobrehumana, que me quedé tan incierto como mis versos lo decían, entre el ángel y la mujer, entre el amor y la prosternación. Este último sentimiento fué el que triunfó al fin á la vez en mi alma y en la de mi amigo. Caímos de rodillas delante de su canapé, y besamos el extremo del chal negro que envolvía sus piés. Aquellos versos no la parecieron mas que emanación instantánea y aislada del sentimiento que experimentaba hácia ella; los elogió, pero no volvió á hablarme mas de ellos. Gustábala mas nuestras conversaciones naturales, y hasta nuestros silencios meditabundos, al lado uno de otro, que esos juegos del entendimiento que profanan

el alma mas bien que la espresan. Luis nos dejó algunos dias despues.

A consecuencia de estos primeros versos míos, débil estrofa del himno continuo de mi corazón, me suplicó la compusiese una oda que dirigiria como un tributo de admiración y como un ensayo de mi talento á uno de los hombres de su sociedad de Paris, á quien profesaba mas respecto y adhesión. Era Mr. de Bonald. Nada conocia yo de él mas que su nombre, y la aureola de legislador filósofo cristiano de que justamente estaba rodeado entonces. Figurábame que tenia que hablar á un Moisés moderno que tomaba de los rayos de otro Sinaí la luz divina de que inundaba á las leyes humanas. Escribí la oda en una noche, y á la mañana siguiente la lei, bajo un castaño del monte, á aquella que me la habia inspirado. Hízome que se la leyera tres veces, y por la noche la copió con su mano ligera, pero firme.

Sus letras se deslizaban como la sombra de las alas de sus pensamientos sobre el papel blanco, con la rapidez, elegancia y limpieza del vuelo del pájaro en los aires. Al otro dia la envió á Paris, y Mr. de Bonald le respondió cosas de buen agüero sobre mi talento. Tal fué el origen de mis relaciones con este hombre excelente, cuyo carácter siempre miré y admiré despues, sin participar de sus doctrinas teocráticas. Mi adhesión á sus símbolos, que yo ignoraba, no habia sido mas que una complacencia al amor, y despues un homenaje á la virtud; pero Mr. de Bonald era, como Mr. de Maistre, uno de esos profetas de lo pasado, uno de esos ancianos de ideas, á quienes se saluda con veneración. Sentados en el umbral del porvenir, no quieren entrar en él; ¡pero se detienen un instante para oír los bellos gemidos de las cosas que mueren en el espíritu humano!

XXXIII.

El otoño habia desaparecido; era un dulce invierno, todavía claro y tibio, próximo á oscurecerse de un momento á otro entre las nubes. Nosotros nos hacíamos la ilusión, y nos decíamos que era otoño; ¡tanto horror teníamos á reconocer el invierno que iba á separarnos! Muchas mañanas caía la nieve en ligeros copos blancos sobre las rosas de Bengala y siemprevivas del jardín, como el blanco plumon de los cisnes, mudado por la noche en los cielos, por donde los veíamos atravesar. Luego derretía el

sol esa nieve, y muchas veces pasábamos horas deliciosas en el lago.

La respiración y movimiento de las aguas entibiaban, reflejándolos, los últimos rayos del año: aun tenían sus anchas hojas las higueras que penden de las rocas espuestas al Mediodía, sobre las olas, y las reverberaciones del sol contra estas rocas les daban todavía los colores, los resplandores y calor de las tardes del otoño. Solo que estas horas eran rápidas como la huida de los remos que nos paseaban, contra los luminosos escollos que forman, al Mediodía, la costa del lago.

La luz del sol en la copa de los pinos, el musgo verde, los pájaros de invierno mas ricamente vestidos, mas inquietos y mas familiares que los de primavera; la abundancia y la espuma serpenteante de las mil cascadas, estendiéndose sobre las praderas inclinadas, y viniendo á encontrarse en las ramblas, de donde caían con murmullos sonoros desde lo alto de las rocas peladas y negras en el lago; el ruido cadencioso de los remos, sus surcos plañideros que parecen proferir, como una voz amiga oculta bajo las ondas, gemidos misteriosos sobre nosotros, acompañándonos con sus penas; y, en fin, el bienestar sobrenatural que experimentábamos en aquella atmósfera luminosa y caliente, uno al lado de otro, separados de la tierra por aquellos abismos de agua, nos inundaban por instantes con tal sentimiento de voluptuosidad de ser, de tal plenitud de alegría interior, de tal desbordamiento de paz en el amor, que hubiéramos desafiado al cielo mismo á que añadiese algo mas.

Pero esta felicidad estaba mezclada en nosotros del sentimiento de que iba á terminar; cada golpe de los remos resonaba en nuestros corazones como un paso del día que nos acercaba á la separación. ¿Quién sabe si mañana aquellas hojas que tiemblan habrán caído en el agua? ¿Si ese musgo, donde podíamos sentarnos aun, estará ya cubierto con una capa espesa de nieve? ¿Si esos escollos espléndidos, si ese cielo azul, esas ondas rutilantes, serán envueltas por las brumas de la noche próxima en un océano de pálidas y sombrías escarchas?

A estos pensamientos se escapaba de nuestros pechos un prolongado suspiro, á los dos al mismo tiempo, sin osar comunicárnoslos por miedo de despertar la desgracia al nombrarlos. ¡Oh! ¿Quién no ha tenido en su vida de esas felicidades sin seguridad y sin mañana, donde la vida se concentra en una hora que se quisiera hacer eterna, y que se siente huir minuto á minu-

to oyendo resonar la péndola, mirando el minuterero que devora el espacio, ó escuchando el rumor de la proa que deja las olas atrás, y que nos acerca á la orilla, donde será preciso descender del cielo de nuestros sueños sobre la piedra dura y fría de la realidad!

XXXIV.

Una tarde, que despues de comer nos mecíamos deliciosamente en el bote, en una ensenada tibia y tranquila, formada entre dos brazos del monte del Chat, al lejano rumor de una pequeña cascada, que forma como un canto perpétuo bajo las grutas por donde filtra antes de perderse en el abismo de las aguas, quisieron nuestros bateleros bajar á tierra para levantar las redes que habían echado la víspera. Permanecimos solos en la barca mal amarrada á un brazo de higuera que se rompió con el movimiento de las olas, y fuimos arrastrados sin advertirlo, llegando al medio de la ensenada, á trescientos pasos de las rocas perpendiculares, entre las cuales está encerrada. Las aguas del lago tenían en este sitio ese color bronceado, esa semejanza al metal fundido, esa pesada inmovilidad que les da siempre la sombra de las altas peñas tajadas, y la vecindad de las rocas cortadas á pico, que anuncian la inconmensurable profundidad de las olas en un techo que no se osa sondear. Yo podía tomar los remos y acercarnos así á la orilla; pero este aislamiento de toda naturaleza viva nos causaba un estremecimiento delicioso. Hubiéramos querido perdernos así, no en un mar que tiene orillas, sino en un firmamento que no las tiene.

Ya no oíamos las voces de los marinos, y solo percibíamos la titilación lejana é intermitente de la cascada, algunas brisas que atraesaban de vez en cuando la inmóvil atmósfera cargada de los gemidos armoniosos de los pinos, y los suaves y sordos golpes de las olas contra los costados de la barca, á quien solo hacia ondular ligeramente el movimiento de nuestras respiraciones.

El sol y la sombra de la montaña se dividían por mitades iguales nuestra barca; la proa el sol, la popa la media luz. Yo estaba sentado á los piés de Julia en el fondo de la lancha, como el primer día que la conduje de Haute-Combe. Complácianos recordar por la memoria y por todas las circunstancias ese primer día, esa era misteriosa é íntima en que para nosotros comenzaba el mundo,

porque ese dia era la fecha de nuestro encuentro y de nuestro -mor. Ella estaba medio acostada sobre el banco, con un brazo colgando sobre el agua, el otro apoyado en mi hombro, y jugando con un bucle de sus largos cabellos: yo tenia inclinada la cabeza hácia atrás, para que mis ojos no viesen de todo el horizonte mas que el firmamento y su figura destacándose sobre el azul del cielo. Su rostro estaba inclinado sobre el mio, como para contemplar su sol sobre mi frente y su dia en mis ojos.

Una espresion de ventura tranquila, profunda, inefable, irradiaba de todas sus facciones, y daba á su semblante un esplendor y una transparencia de alma digna de aquel cuadro del cielo, en que la miraba adorándola. De repente la vi palidecer, retirar sus dos brazos, incorporarse como sobresaltada en su asiento, llevarse las manos á los ojos, sepultar en ellas un instante su rostro, reflexionar muda, retirar luego las manos bañadas de algunas lágrimas, y esclamar con acento de resolucion serena y tranquila:

—¡Oh, muramos!...

Despues de esta palabra permaneció un instante en silencio, y luego repuso:

—¡Oh! ¡sí, muramos, porque la tierra nada tiene que darnos ya, ni el cielo que prometernos!

En seguida miró algun tiempo el cielo, las montañas, el lago, las olas transparentes y medio luminosas bajo la sombra del batel.

—Ves, me dijo (esta era la primera vez y fué tambien la última, que se sirvió al hablarme de esa forma de lenguaje, solemne o familiar, ya se dirija á Dios ó á los hombres); ¡ves cómo todo está preparado para un arrobamiento divino de nuestras vidas! Mira ese sol del mas bello de nuestros años, que se pone para no levantarse mañana quizás; mira esas montañas, que se contemplan por la última vez en ese lago, como estienden hasta nosotros sus amplias sombras para decirnos: «Sepultáos en ese sudario que os tiendo;» mira esas olas puras, límpidas, profundas, mudas, que nos preparan una cama de arena donde nadie llegará á despertarnos para decirnos: «¡Partamos!» Ningun ojo humano nos ve. Nadie sabrá por qué misterio irá mañana á encallar la barca vacía en alguna roca de la costa. Ni un pliegue de esas olas denunciará á los curiosos ó á los indiferentes el lugar en que dos cuerpos se habrán sumergido abrazándose bajo las ondas, desde donde dos almas habrán subido reunidas á la eternidad. ¡Ningun ruido quedará de nosotros sobre la tierra, mas que el pliegue de la

ola que se cerrará sobre nosotros! ¡Oh, muramos en esta embriaguez del alma y de la naturaleza, que solo nos hará sentir de la muerte su voluptuosidad! ¡mas tarde querramos morir, y tal vez moriremos menos felices! Yo tengo algunos años mas que tú, y esta diferencia, insensible hoy, crecerá con el tiempo. Los pocos atractivos que te han seducido en mi rostro se marchitarán, y solo quedará en tus ojos el recuerdo y la sorpresa de tu entusiasmo desvanecido. Además, yo solo puedo ser un alma para tí... tú sentirás la necesidad de otra dicha... y yo moriré de celos si tú la encuentras con otra mujer... ¡Moriré de dolor si te veo desgraciado por causa mia!... ¡Oh, muramos, muramos, y sofoquemos ese porvenir dudoso ó siniestro en este último suspiro, que solo tendrá en nuestros labios el sabor sin mezcla de la completa felicidad!...

Mi alma me decia en el mismo momento y con la misma fuerza, lo que su boca me decia al oido, lo que su rostro me decia á los ojos, lo que la naturaleza solemne, muda, fúnebre en el esplendor de su hora suprema, me decia á todos los sentidos. De suerte que las dos voces que oia, la una fuera, la otra dentro: me decian las mismas palabras, como si uno de estos dos lenguajes no fuera mas que el eco ó la traduccion del otro. ¡Olvidé el universo, y la respondí:

—¡Muramos!

¡Enlacé ocho veces alrededor de su cuerpo y del mio, estrechamente unidos como en un sudario, las cuerdas de la red de los pescadores que se encontraron á mano en el batel, y la levanté en mis brazos, que habia conservado libres, para precipitarla conmigo en las olas!... En el momento en que iba á hacer un esfuerzo con mis piés para sumergirnos para siempre juntos, sentí caer sobre mi hombro su pálida cabeza, como el peso de una cosa muerta, y su cuerpo vacilar sobre sus rodillas. El exceso de emociones, la felicidad de morir juntos, se habian adelantado á la muerte misma: se habia desmayado en mis brazos. La idea de abusar de su desmayo para arrastrarla conmigo, sin saberlo ella, tal vez á pesar de ella, me acometió con repentino horror, y me doblegué bajo su peso en el fondo de la barca. Apresurémeme entonces á desatar las cuerdas que nos oprimian, y acostándola sobre el banco, sacudí con mis propias manos, mojadas en el lago, gotas de agua fria sobre su frente y sus labios. No se cuánto tiempo permanecemos así sin sentimiento,

sin color y sin voz. ¡Cuando advertí que habría los ojos de nuevo y volvía á la vida, la noche cerraba, y el rodar insensible de las olas nos había arrastrado al medio del lago!

—Dios no lo ha permitido, le dije; vivimos: lo que nos parecia un derecho de nuestro amor, ¿no era un doble crimen? ¿No hay nadie á quien pertenezcamos sobre la tierra?... ¿Nadie tampoco en el cielo? añadí mostrándole respetuosamente con la vista y la actitud el firmamento, como si hubiera entrevisto en él el juez y el señor de los destinos.

—¡No hablemos mas de eso, me dijo rápidamente y en voz baja; no hablemos mas nunca! ¡Habeis querido que viva, viviré; mi crimen no era morir, sino arrastraros conmigo á la tumba! Habia cierta amargura, y como un tierno cargo en su acento y en su mirada.

—¿El mismo cielo, le dije, respondiendo á sus pensamientos, tiene horas como estas que acabamos de pasar juntos? La vida las tiene, y esto basta para hacérmela adorar. Pronto volvió á adquirir sus colores y su serenidad; yo tomé los remos, y conduje lentamente el bote hácia la pequeña playa de arena. Allí oí la voz de los bateleros, que habian encendido una hoguera bajo la concavidad de una roca. Atravesamos el lago meditando, y entramos silenciosos en la casa.

XXXV.

Al penetrar por la noche en su aposento, la encontré anegada en llanto delante de su mesa, donde habia esparcidas muchas cartas abiertas entre las tazas del té.

—Mejor habríamos hecho en morir una vez, pues ya va á comenzar para mí la prolongada muerte de la separacion, dijo señalándome con el dedo las cartas que tenian el sello de Ginebra y de Paris.

Su marido le escribia que comenzaba á inquietarse por su larga ausencia en una estacion que podia hacerse cruda de un día á otro; que él mismo sentia debilitarse de mes en mes, y que descaba abrazarla y bendecirla antes de morir. Sus tristes instancias iban acompañadas de ternuras completamente paternales, y de alusiones al hermoso y joven hermano que le hacia olvidar demasiado sus demás amistades. La otra carta era del médico de Ginebra, que debia llegar en busca suya para conducirla á Paris. Decíale que se veia obligado á marchar inmediatamente para prestar sus auxilios á

un principe soberano de Alemania; que reclamaba todos sus cuidados, y que le enviaba en su lugar á un hombre respetable y seguro, que la acompañaria á Paris, y la serviria de ayuda de cámara y de correo durante el camino. Este hombre habia llegado, y la marcha estaba decidida para dentro de dos dias.

Estas noticias, aunque previstas, nos hirieron como si nunca hubieran debido llegar. Pasamos casi la mitad de la noche en silencio; los ojos secos, apoyados de codos en la mesa, no osando hablarnos ni mirarnos por miedo de prorumpir en llanto, interrumpiendo solo esta larga agonía muda de nuestros pensamientos por algunas palabras incoherentes y distraidas, pronunciadas con voz sorda, palabras que resonaban en el aposento como gotas de lágrimas sobre un ataúd. Tambien yo resolví marchar al instante.

XXXVI.

Eldia siguiente fué la vispera de nuestra separacion; dia que, como para entristecernos mas, se alzó mas espléndido y templado que las mas serenas mañanas de octubre.

Mientras preparaban los carrajes y cargaban el coche, salimos con las mulas y los guias, y fuimos al valle y á la montaña á darles nuestro adios, y á hacer como las estaciones de amor en todos los sitios en que primeramente nos habiamos visto, luego encontrado, despues sentado, y mas tarde conversado y amado, durante el largo y delicioso comercio entre aquella naturaleza solitaria y nosotros. Comenzamos primero por Tresserves, colina encantadora que se alza como un prado de verdura entre el valle de Aix y los lagos: sus laderas, cortadas á pico sobre las aguas, están pobladas de castaños dignos de los de Sicilia, cuyos brazos extendidos sobre el abismo recortan el cielo ó los pedazos azules del lago, segun que se mire, de arriba ó de abajo. Sobre las raíces aterciopeladas de musgo de estos hermosos árboles, que ven pasar á los hombres y á las mujeres como hormigas, era donde habian rodado los sueños de nuestra fantasía en las horas de contemplacion. Desde allí bajamos por una pendiente rápida hasta un pequeño castillo solitario, que se llama *Bon-port*. Este torreón está de tal modo sepultado por la parte de tierra entre los castaños de Tresserves, y por la parte del lago entre los pliegues profundos de una ensenada, que apenas se percibe, ya sea

marchando sobre la colina, ya navegando por la pequeña mar del Bourget. Un terrado cubierto de algunas higueras separa al castillo de la playa de arena fina, donde continuamente vienen á morir, estrellarse y gemir las azuladas lenguas de las olas. ¡Oh! ¡cuánto envidiamos á los dichosos poseedores de este nido ignorado de los hom-

Norte, hácia las altas montañas que dominan el valle de Chambery, en Génova, y volvimos á ver los pastos, las cabañas, sepultadas bajo los nogales, y las cumbres vestidas de césped, donde mugian las tier-nas becerrillas, cuyo esquilon acompaña perpétuamente á sus pasos sobre la yerba, para advertir á los pastores que las guar-



No hay ya mañana para nosotros.

bres, oculto entre las ramas de los árboles y las aguas, y solamente conocido de los pá-jaros del lago, del viento del Mediodía y del sol! ¡Bendijámosle mil veces en su re-posito, y le deseamos abrigase corazones co-mo los nuestros!

XXXVII.

Subimos desde *Bon-port*, volviendo la estremidad de la colina de Tresserves, al

dan desde lejos. El viento glacial del in- vierno habia quemado ya las puntas de las yerbas, y recordamos las horas deliciosas que allí habiamos pasado, las palabras que nos habiamos dicho, las ilusiones de aisla- miento del mundo que allí nos habiamos hecho, y los suspiros que allí habiamos con- fiado á los vientos y á las puntas de las montañas para llevarlos al cielo. Recordá- mos todas aquellas horas de felicidad y de paz desaparecidas, todas las palabras, to-

dos los sueños, todas las miradas y todas las aspiraciones, como se despoja una casa cuando se la deja de todo lo mas precioso que para nosotros tiene. ¡Mentalmente sepultamos todos estos tesoros, todos estos recuerdos, todas estas esperanzas en las paredes de madera de aquellas reducidas chozas cerradas hasta la primavera, como en un depósito de nuestras almas, para encontrarlas intactas á la vuelta, si es que debíamos volver allí jamás!

XXXVIII.

Tornamos á bajar hasta el espumante lecho de una cascada, donde han levantado un pequeño monumento fúnebre á una mujer jóven y hermosa, *Mad. de Broc*. Allí cayó esta víctima hace algunos años, arastrada por un torbellino de las aguas á lo profundo de una gruta, cuya espuma hizo aparecer algun tiempo despues su blanca túnica, haciendo de este modo encontrar el cuerpo. Muchas veces vienen los amantes á sentarse delante de esta tumba húmeda, y sus corazones se oprimen, y sus brazos se aciertan pensando que su frágil felicidad depende de un paso dado en falso sobre la resbaladiza piedra.

Desde esta cascada, que ha tomado el nombre de *Mad. de Broc*, marchamos en silencio hácia el lago que se domina en toda su estension desde el pié del castillo de *Saint-Innocent*, donde nos apeamos de nuestras mulas, bajo un alto bosque de encinas y de brezos, solitario entonces: despues, un rico colono, que hizo su fortuna en las Indias, ha construido una hermosa casa de campo y plantado jardines en su recinto paternal. Dejamos pacer por el bosque á nuestras mulas desfrenadas, bajo la vigilancia de los niños que nos conducian, y nos adelantamos solos de árbol en árbol hasta la estremidad de aquella lengua de tierra, donde vimos brillar el lago y oimos estremecerse sus aguas.

Este bosque de *Saint-Innocent* avanza por medio de las ondas, en la parte mas melancólica é inhabitada de su ribera, y termina en algunas rocas de granito pardusco, lavadas por la espuma cuando el viento la levanta, secas y lucientes cuando las aguas bajan. Allí fué donde nos sentamos en dos piedras contiguas, y frente de nosotros, en la otra parte del lago, se alzaba en pirámide la abadía de *Haute-Combe*. Miramos una pequeña mancha blanca que brillaba al pié de los sombríos terrados del monasterio, y vimos que era la casa del

pescador, donde las olas nos habian arrojado á ambos, para reunirnos eternamente por la casualidad de este encuentro: ¡aquella era el aposento donde se habia pasado aquella noche, á la vez fúnebre y divina, que habia decidido de nuestras vidas!

«¡Allí fué! me dijo estendiendo los brazos sobre el lago, y señalándome con el dedo el punto luminoso, apenas visible en lontananza y en la sombra de la orilla opuesta.

«¡Habrá un lugar y un día, añadió tristemente, en que la memoria de lo que ha pasado en nosotros, allí en horas inmortales, no se os aparezca en la lontananza de vuestro porvenir, sino como aquella pequeña mancha sobre el fondo tenebroso que vemos?»

No pude responder á estas palabras; tanto este acento, esta duda, esta perspectiva abierta sobre la muerte, sobre la inconstancia, sobre la posibilidad del olvido, me habian despedazado el corazón y llenado el alma de presentimientos. Rompí en lágrimas, que oculté entre mis dedos, volviéndome hácia el viento de la tarde para que las secase; pero ella las vió, y repuso tiernamente:

«Rafael, no; jamás me olvidareis; lo conozco; pero el amor es corto y la vida es lenta. Largos años vivireis despues que yo, y agotareis la naturaleza en todo lo que hay de dulce y amargo en los labios humanos; sereis hombre. Lo conozco en vuestra sensibilidad á la vez viril y femenina. ¡Sereis hombre, en toda la miseria y en toda la grandeza de ese nombre con que Dios ha llamado á una de sus mas raras criaturas! ¡En una sola de vuestras aspiraciones teneis soplo para millares de vidas! ¡Vivireis en toda la estension y energía de la palabra vida! Yo...»

Detúvose un momento, y alzó los ojos y los brazos al cielo, bajando la cabeza como para darle gracias.

«¡Yo he vivido!... bastante, repuso con acento satisfecho, puesto que he respirado, para llevarlo para siempre conmigo; el soplo de la única calma que esperaba sobre la tierra, y que me vivificaria en la misma suerte de que me ha sacado vuestra aspiración!... ¡Moriré jóven, y moriré sin pena ahora, porque he agotado en un aliento esa vida que no agotareis vos antes que estos hermosos bucles se hayan vuelto blancos como esa espuma que moja vuestros piés!

«Este cielo, esta ribera, este lago, estas montañas han sido el escenario de mi única verdadera vida en este mundo. ¡Juradme confundir de tal modo en vuestra memoria este lago, este cielo, esta ribera y estas mon-

t años con mi recuerdo; que la imágen de este sitio sagrado os sea de aquí en adelante inseparable de mi propia imágen; que esta naturaleza en vuestros ojos, y yo en vuestro corazón, no seamos mas que una sola cosa... á fin, añadió, de que cuando volvais despues de largos dias á ver esta dulce y magnífica naturaleza, á errar bajo estos árboles, á sentaros junto á estas olas, á oír estas brisas y estos murmullos, me volvais á ver y me oigais tan presente, tan viva, tan amante como aquí!...»

No pudo acabar, y se deshizo en lágrimas. ¡Oh! ¡Cuánto y cuán largo tiempo lloremos! El rumor de nuestros sollozos, sofocados en nuestras manos, se confundía con los gemidos del agua sobre la arena. Nuestras lágrimas formaban pequeños pliegues en el espejo de agua durmiente que estaba á nuestros piés. ¡Despues de veinte años, no puedo recordar esto sin sollozar!

¡Oh, hombres; no os inquieteis por vuestros sentimientos, y no temais que el tiempo se los lleve. No hay ni *hoy*, ni *mañana*, en los poderosos recuerdos de la memoria; ¡no hay mas que *siempre*! ¡El que no siente ya, no ha sentido nunca! Hay dos memorias; la memoria de los sentidos, que se gasta con ellos, y que deja perder las cosas percederas; y la memoria del alma, para quien el tiempo no existe, que revive á la vez en todos los puntos de lo pasado y de lo presente de su existencia: ¡facultad del alma que tiene, como el alma misma, la universalidad y la inmortalidad del espíritu! Tranquilizáos vosotros, los que amáis: el tiempo solo tiene poder sobre las horas, mas ninguno sobre las almas.

XXXIX.

Intenté hablar, pero no pude. Mis sollozos hablaron, mis lágrimas juraron.

Entonces nos levantamos para alcanzar á los conductores de mulas, y dimos la vuelta por la estensa avenida de pinos deshojados, donde tan largo tiempo tuvo estrechada mi mano durante el primer paseo que dimos juntos. Al atravesar el arrabal de chozas que precede á la puerta de la ciudad, y la plaza y la calle pendiente de Aix, semblantes tristes nos saludaban desde las ventanas y desde el umbral de las puertas, como las almas tiernas saludan al pasar dos golondrinas que se han retardado, y que van á dejar las últimas las almenas de los muros de una ciudad. Las pobres mujeres se levantaban del banco de piedra donde hilaban, cerca de sus casas; los niños

abandonaban sus cabras y sus jumentos, y todos llegaban á dirigir, estos una mirada, aquellos una palabra, los otros una inclinacion muda, á la jóven dama y á aquel á quien todos creían su hermano. Era tan bella, tan graciosa, tan amada de todos, que se hubiera dicho que era el último rayo del sol que se retiraba del valle.

XL.

Cuando estuvimos en lo alto de la ciudad nos apeamos de las mulas, y despedimos á los niños. No queriendo perder una hora de este último dia, que aun no se apagaba sobre las nieves rosadas de los Alpes, subimos lentamente y solos un camino áspero que conduce á un jardín en terrado de una linda casa, que se llama la casa *Chevalier*.

Desde este terrado se esparcía la mirada con libertad sobre la poblacion, sobre el lago, sobre las gargantas del Ródano, y sobre los cuellos y cimas del paisaje, del cual es este lugar, como la plataforma alzada en medio de un panorama. Allí permanecimos sentados sobre un tronco de árbol tendido en tierra, y apoyados de codos sobre el parapeto, mudos é inmóviles, mirando todos aquellos lugares que en el espacio de seis semanas habíamos llenado con nuestras miradas, pasos, conversaciones, sueños y suspiros.

Cuando estos sitios se fueron sucesivamente apagando en el crepúsculo y en la sombra; cuando ya solo quedó una poca de luz boreal en un rincón del horizonte, ambos nos levantamos con sobresalto y sin habernos concertado para ello, y huímos mirando en vano atrás, como si una mano invisible nos hubiera lanzado de aquel Eden, cerrando cruelmente trás de nuestros pasos aquella decoracion de nuestra felicidad y de nuestros amores.»

XLI.

Volvimos á entrar. La noche fué triste; sin embargo, yo debia acompañar á Julia en su carruaje hasta Lyon. Cuando la aguja de su pequeño reló portátil marcó las doce de la noche, salí para dejarla descansar un poco hasta la mañana siguiente. Acompañóme hácia la puerta que yo abrí.

«Hasta mañana,» la dije besando su mano, que me alargó en el corredor. Nada me contestó; pero la oí murmurar sollozando entre lábios detrás de la puerta que yo acababa de cerrar.

«¡No hay ya mañana para nosotros!»

Todavía las hubo, pero fueron cortas y amargas, como las últimas gotas de una copa vaciada. Salimos antes de amanecer para Chambery, á fin de no mostrar en público nuestras mejillas, descoloridas por el insomnio, y nuestros ojos, enrojecidos por las lágrimas. Pasamos allí el día en una pequeña posada del arrabal de Italia. Aquella posada, cuyas galerías de madera daban á un jardín atravesado por un riachuelo, nos hacía durar la ilusión algunas horas más, recordándonos las galerías, la soledad y el silencio de nuestra morada de Aix.

XLII.

Antes de dejar á Chambery y su amado valle, quisimos visitar juntos la casita de Juan Jacobo Rousseau y de Mad. de Warens, en las *Charmettes*. Un paisaje no es más que un hombre ó una mujer. ¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso? ¿Qué es la Sicilia sin Teócrito? ¿Qué es el Paraclito sin Eloisa? ¿Qué es Annecy sin Mad. de Warens? ¿Qué es Chambery sin Juan Jacobo Rousseau? ¡Cielos sin rayos, voces sin eco, sitios sin alma! El hombre no presta solo animación al hombre, sino á toda una naturaleza entera. Lleva consigo una inmortalidad al cielo, y deja otra en los sitios que ha consagrado. Buscando sus huellas, se las encuentra y se conversa con él.

Cogimos el tomo de *Las Confesiones*, en que el poeta de las *Charmettes* describe aquel retiro campestre. Rousseau fué arrojado allí por los primeros naufragios de su destino, y recogido en el seno de una mujer jóven, hermosa, de aventurera vida y naufraga como él. Aquella mujer parecía haber sido dotada espresamente por la naturaleza de virtudes y debilidades, de sensibilidad y de licencia, de piedad y de independencia de ánimo, para cobijar la adolescencia de aquel génio extraño, cuya alma contenía á la vez un sábio, un amante, un filósofo, un legislador y un insensato. Otra mujer habría hecho quizá brotar otra vida; pero se encuentra toda entera en un hombre la primera mujer á quien amó. ¡Feliz el que hubiese encontrado á Mad. de Warens antes de su profanación! Era un ídolo adorable; pero ese ídolo había sido mancillado, y rebajaba él mismo el culto que un alma nueva y amorosa le tributaba. Los amores de aquel jóven y de aquella jóven son una página de Dafnis y Clío, arrancada del libro y hallada envuelta en cieno en el lecho de una cortesana.

No importa: aquel fué el primer amor ó el primer delirio de aquel hermoso jóven. El sitio en que nació ese amor; el emparado bajo el cual hizo Rousseau sus primeras declaraciones; el cuarto en donde se ruborizó de sus primeras emociones; el patio en donde el discípulo se gloriaba de descender á los trabajos más humildes para servir á su amante en su protectora; los castaños diseeminados, á cuya sombra se sentaban juntos para hablar, interpolando de locas risas y de caricias infantiles aquellas festivas teologías; sus dos rostros, tan en armonía con aquel paisaje, tan bien confundidos en aquella naturaleza salvaje, limitada y misteriosa como ellos; todo esto tiene para los poetas, para los filósofos y para los amantes un atractivo oculto, pero profundo, del cual no acierta uno á explicarse la razón, ni aun cediendo á él. Para los poetas es todo aquello la primera página de aquel alma, que fué un poema; para los filósofos es la cuna de una revolución; para los amantes el nido de un primer amor.

XLIII.

Subíamos hablando de aquel amor el sendero pedregoso que por lo hondo de un barranco conduce á las *Charmettes*. Estábamos solos. Los pastores habían abandonado los prados secos y los setos sin hojas. El sol brillaba á través de algunas nubes fugitivas, y sus rayos más concentrados eran más ardorosos en los flancos abrigados del barranco. Los pitirajos saltaban casi bajo nuestras manos en los matorrales. Nos parábamos de vez en cuando, y nos sentábamos sobre el ribazo del sendero, al Mediodía, para leer una ó dos páginas de *Las Confesiones*, é identificarnos con el sitio.

Parecíanos ver al jóven bagabundo, cubierto casi de harapos, llamando á la puerta de Annecy, y entregando con rubor su carta de recomendación á la bella reclusa en el sendero del desierto que conducía desde su casa á la iglesia. Presentábanse nos con tal fuerza á nuestra imaginación el jóven y la jóven reclusa, que se nos figuraba que nos estaban aguardando y que íbamos á verlos á la ventana ó en los paseos del jardín en las *Charmettes*. Volvíamos á ponernos en seguida en camino para detenernos otra vez. Aquel sitio nos atraía y rechazaba á la vez como un lugar en donde el amor había sido revelado y profanado también. No existía este peligro para nosotros, pues nuestro amor debía salir de allí tan puro y tan divino como lo llevábamos en nuestras dos almas.

—¡Oh! decía entre mí; si yo fuese Rousseau, qué no hubiera hecho de mí esta otra Mad. de Warens, tan superior á la de las *Charmettes* como inferior soy yo, no en sensibilidad, sino en génio, á Rousseau.

Reflexionando de este modo subíamos una cuesta muy pendiente, en la que se veían diseminados algunos nogales añejos. Aquellos árboles habían visto jugar á los dos amantes sobre sus raíces. A la derecha, en el punto en que se estrecha la garganta como para cerrar enteramente el paso al caminante, un terraplen de piedras toscas y mal unidas sostiene la casa de Mad. de Warens, que es un pequeño cubo de piedras cenicientas con una puerta y dos ventanas del lado del terraplen; otra puerta y otras dos ventanas del lado del jardín; tres cuartos bajos de techo en el piso superior, y una gran sala al nivel del suelo, sin mas muebles que un retrato de Mad. de Warens cuando era jóven. Su gracioso rostro, á través del polvo del ahumado lienzo, aparece radiante de belleza, de ilusiones y de alegría. ¡Pobre mujer encantadora! Si no hubiese encontrado á aquel muchacho errante en los caminos, si no le hubiese abierto su casa y su corazón, aquel génio sensible y sufrido se habria extinguido en el fango. Aquel encuentro se asemeja á una casualidad: pero fué la predestinacion de aquel grande hombre bajo la figura de una primer amante. Aquella mujer le salvó, cultivó sus disposiciones, y le exaltó en la soledad, en la libertad y en el amor, como aquellas *huris* de Oriente que preparan á los jóvenes seides al martirio por medio de los placeres.

Ella fué la que formó su imaginacion mediatunda, su alma femenil, su tierno acento y su pasion por la naturaleza. Al comunicarle su alma visionaria le dió el entusiasmo de las mujeres, de los jóvenes, de los amantes, de los pobres, de los oprimidos y de los desgraciados de su siglo. ¡Ella le dió el mundo, y él fué ingrato!... ¡Ella le dió la gloria, y él la legó el oprobio!... Pero la posteridad debe estarles reconocida y perdonar una debilidad que nos trajo al profeta de la libertad.

Cuando Rousseau escribió aquellas páginas odiosas acerca de su bienhechora, no era ya Rousseau, sino un pobre insensato. ¿Quién sabe si su imaginacion enfermiza y turbada, que le hacia ver entonces el insulto en el beneficio, el ódio en la amistad, no le hizo ver tambien á la cortesana en la mujer sensible, y el cinismo en el amor? Siempre he abrigado esa sospecha, y desafié á cualquier hombre de razón á que re-

construya con verosimilitud el carácter que Rousseau da á su amante con los elementos contradictorios que aglomera en aquella naturaleza de mujer. Uno de esos elementos escluye al otro.

Si tenia bastante alma para adorar á Rousseau, no amaba al mismo tiempo á Claudio Anet: si lloraba á Claudio Anet y á Rousseau, no amaba al mancebo peluquero: si era piadosa no se gloriaria de sus debilidades, sino que las deploraria: si era tierna, bella y accesible, como Rousseau nos la pinta, no estaria reducida á buscar sus adoradores entre los que vagaban por los caminos y las calles. Si aparentaba devocion con semejante vida, seria una mujer de cálculo é hipócrita; y si era una mujer hipócrita, no seria la mujer ingénua y franca de *Las Confesiones*.

Este retrato no es verdadero: no es mas que una cabeza y un corazón de capricho. En todo eso hay un misterio, y ese misterio quizá esté mas bien en la mano extraviada del pintor que en la naturaleza de la mujer cuyos caracteres reproduce. No debemos ni acusar al pintor, que no estaba ya en el cabal uso de su juicio, ni creer en el retrato, que desfigura una creacion adorable despues de haberla bosquejado.

En cuanto á mí, jamás he creído que Mad. de Warens se reconociese en las páginas sospechosas de la vejez de Rousseau. Siempre se me ha presentado á mi imaginacion tal como se apareció en Annecy al jóven poeta: bella, sensible, tierna, algo ligera, aunque piadosa realmente, pródiga de bondades, sedienta de amor, y deseosa de confundir los dulces nombres de madre y de amante en su cariño, á aquel jóven que le enviaba la Providencia y que su necesidad de amar le hacia adoptar. Este es el verdadero retrato, tal como las personas ancianas de Chambery y de Annecy me han dicho haberlo oido bosquejar á sus padres. El alma misma de Rousseau se rebela contra sus acusaciones. ¿Dónde habria adquirido aquella piedad sublime y tierna, aquella melancolía femenil del corazón, aquellos toques finos y delicados de la sensibilidad, si una mujer no se los hubiese infiltrado en su corazón? No; la mujer que ha creado á semejante hombre no es una cor esana cínica, sino una Eloisa caída, y caída en el amor, no en la torpeza y la depravacion. Apelo á Rousseau jóven y amante, de Rousseau viejo ceñudo, que calumniaba á la naturaleza humana, y lo que voy á buscar muchas veces con ilusion en las *Charmettes* es á Mad. de Warens, mas tierna y seduc-

tora á mis ojos y en mi corazón que en el suyo.

XLIV.

Una pobre mujer nos encendió lumbre en el cuarto de Mad. de Warens. La jardinera, acostumbrada á las visitas de extranjeros y á sus conversaciones largas y recogidas en el teatro de los primeros años de un hombre célebre, continuó sus ocupaciones en la cocina y en el patio sin hacer alto en nosotros. Dejónos calentarnos tranquilamente ó vagar de la sala al jardín ó del jardín á las habitaciones. El jardín, bañado de sol, rodeado de una pequeña pared que lo separa de las viñas, pero cuajado de yerbas y legumbres, y ensuciado con plantas parásitas, malvas y ortigas, se asemejaba á aquellos cementerios de aldea en donde los habitantes van los domingos á calentarse al sol de invierno contra las paredes de la iglesia, hallando la tumba de los muertos. Los paseos, arenosos en otro tiempo, y ahora llenos de tierra húmeda y de musgo amarillo, demostraban bastante el abandono en que los dejaba la ausencia de los huéspedes. ¡Oh! ¡cuánto habríamos deseado descubrir allí una huella del pié de Mad. de Warens en la época en que iba de árbol en árbol y de cepa en cepa, con cestiillas en la mano, á coger peras del vergel ó uvas de la viña, loqueando con el discípulo ó el confesor! Pero no queda otro vestigio de ellos en su casa que ellos mismos! Su nombre, su memoria, su imagen, el sol que han visto, el aire que han respirado y que parece todavía radiante en su juventud, templado por sus hálitos, sonoro con sus voces, nos envuelven con los mismos resplandores, las mismas respiraciones, los mismos ensueños y los mismos ruidos con que encantaban su primavera.

Veia en el recogimiento, en la fisonomía pensativa y en el silencio de Julia, que la impresion de aquel santuario de amor y de génio no la conmovia menos que á mí. Hasta habia momentos en que se apartaba de mí para recogerse en sus propios pensamientos como si temiese comunicármelos todos, unas veces entrando en la casa para calentarse, mientras que yo estaba en el jardín, otras volviendo al jardín y sentándose en el banco de piedra del emparrado, cuando iba yo á reunirme á ella junto á la lumbre. Al fin fui á buscarla debajo del emparrado: las últimas hojas amarillas de la parra colgaban próximas á desprenderse de su pámpano, y permitian que el sol la inun-

dase y revistiese, por decirlo así, con sus rayos.

«En qué deseais pensar sin mí? la dije con un acento de tierna reconvencion. ¿Por ventura pienso yo solo alguna vez?»

—¡Ah! me contestó; ¡no me creereis tal vez; pero pensaba en que desearia ser madama de Warens para vos durante una sola estacion, aunque debiera ver el resto de mis dias pasarse en el abandono, y mi memoria en la vergüenza, como ella; aun cuando fuérais tan ingrato y calumniador como Rousseau!...

—¡Qué feliz es! prosiguió paseando por el cielo su mirada como si entoviese la imagen de la mujer singular que tanto envidiaba. ¡Qué feliz es! Ella ha podido sacrificarse por el que amaba!

—¡Oh! qué ingratitud y qué profanacion de vos misma y de nuestra felicidad, la respondí conduciéndola á pasos lentos hácia la casa sobre las hojas secas que se deshacian bajo nuestros piés. ¿Os he dado á entender por ventura con una sola palabra, por una sola mirada, por un solo suspiro, que faltase algo á mi triste pero completa felicidad? ¿En vuestra angelical imaginacion, no concebis para un segundo Rousseau (si la naturaleza hubiese formado dos), otra madama de Warens? ¿Una segunda Mad. de Warens, jóven, virginal, pura, amante y hermana á la vez, dando su alma entera, su alma inviolable é inmortal, en vez de sus atractivos perecederos; dándosela á un hermano perdido y vuelto á encontrar, jóven, extraviado, errante tambien, en este mundo, como el hijo del relojero; abriendo á este hermano, no su casa y su jardín, sino el luminoso hogar de su ternura; purificándole en su fuego, lavándole de sus primeras manchas en el agua de sus lágrimas; desviándole para siempre de todo deseo que no fuese la contemplacion y la posesion interior; enseñándole á gozar en sus mismas privaciones mucho mas que gozaria en esos arrebatos sensuales que el bruto divide con el hombre; trazándole su camino en la vida á la luz de las miradas con que le protege; estimulándole á la gloria y á la virtud, y recompensándole del sacrificio con este pensamiento? Que, ¿gloria, virtud, sacrificios, nada pasa desapercibido para el corazón de un amante, todo se acumula en su amor, todo se multiplica en su reconocimiento, todo va á reunirse á ese tesoro de ternura que se llena aquí abajo y que no se ha de abrir sino en el cielo?...

Sin embargo, hablando así, caí anonadado y oculto el rostro entre mis manos sobre una silla lejos de la suya. Allí perma-

necí largo rato sin hablar una palabra.
—Vámanos, me dijo ella; tengo frío, este sitio no es bueno para nosotros.

Dimos algunas monedas á la buena mujer, y volvimos á tomar lentamente el camino de Chambery.

cha, y corrimos en silencio por los sinuosos desfiladeros de la Saboya que se abren en el puente de Beauvoisin, sobre las llanuras pedregosas y monótonas del Delfinado. En cada parada bajábamos del carruaje para acercarnos al estribo del que nos pre-



Vi á Julia apearse en los brazos de un anciano.

XLV.

Al siguiente dia Julia salió para Lyon. Por la tarde Luis*** vino á vernos á la posada. Yo le decidí á venir conmigo á pasar algunas semanas en casa de mi padre. Estaba esta en el camino de Lyon á Paris. Salimos juntos, y habiendo buscado en Chambery un carruaje descubierto para seguir en posta el de mi amiga hasta el punto en que debíamos separarnos, pudimos encontrarlo.

Antes de amanecer nos pusimos en mar-

cedia, é informarnos de la salud de la pobre enferma. ¡Ay! Cada vuelta de las ruedas que la alejaba del manantial de vida que ella habia encontrado en Saboya, parecia arrebatárle sus colores y dar á sus ojos y á todas sus facciones esa languidez y esa fiebre lenta que me habian admirado como la belleza de la muerte la vez primera que la ví.

La proximidad del momento en que debíamos abandonarla la oprimia visiblemente el corazon. En re la *Tour du pin* y Lyon entramos para distraerla en su car-

ruaje, acompañándola algunas leguas. Yo la rogué que cantase el romance del marinero escocés para que le oyese mi amigo, y ella lo hizo por complacerme. Pero en la segunda estrofa, que refiere la despedida de dos amantes, la conformidad de nuestra situación con la desesperada tristeza de las notas de la balada, entonadas por la voz, la conmovieron de tal modo, que rompió á llorar, deshaciéndose en lágrimas con nosotros. Cubrióse la cara con un chal negro que llevaba como un velo. Yo la vi llorar mucho tiempo bajo el chal. En la última parada la acometió un desmayo que duró hasta que llegamos á la puerta de la fonda en que paramos en Lyon. Ayudamos a su doncella á llevarla á la cama, y habiéndose repuesto durante la noche, continuamos al siguiente día nuestro camino hasta Mâcon.

XLVI.

Allí era donde debíamos separarnos definitivamente. Mi amigo y yo dimos algunas instrucciones á su conductor. Apresuramos la despedida, temiendo agravar su mal prolongando las emociones dolorosas, como se abre repentinamente una herida para no oír el grito del dolor. Mi amigo partió para la casa de mi padre, adonde yo le habia de seguir un día despues.

Sin embargo, apenas Luis hubo partido, cuando me hallé imposibilitado de cumplirle la palabra que le habia dado. La idea de dejar á Julia inundada en lágrimas, y siguiendo en invierno un largo camino, entregada á los cuidados de dos criados, sin saber si caeria enferma, aislada en alguna posada, y llamándome en vano en el lecho de la muerte, me impidió el tener un solo momento de reposo. No tenia dinero; el buen anciano que me habia prestado los veinticinco luises habia muerto durante mi ausencia. Tomé mi reló, una cadena de oro que me habia regalado hacia tres años una amiga de mi madre, algunas alhajas, mis charreteras, mi sable, los galones de plata de mi uniforme, lo envolvi todo en mi capa, y me dirigí á casa del joyero de mi madre, quien me dió treinta y cinco luises por todas estas prendas. Desde allí corrí á la posada donde dormia Julia, é hice llamar á su conductor. Le dije que acompañaria de lejos su carruaje hasta las puertas de Paris, pero que no queria que la señora lo notase, temiendo que se opusiera. Le pedí informes de las ciudades y de las fondas en que debia detenerse y bajar, para yo detenerme en las mismas ciudades, aunque en distintas

paradas. Recompensé generosamente y por adelantado su discrecion. Tomé caballos de posta, y salí media hora despues de haber visto marchar el carruaje que deseaba escoltar.

XLVII.

Ningun obstáculo imprevisto vino á contrariar la misteriosa vigilancia que queria ejercer invisible sobre el destino de la que seguia. El conductor advertia secretamente en las paradas la proximidad de un segundo carruaje, para cuyo servicio pedia dos caballos, que yo encontraba preparados siempre. Yo apresuraba ó detenía mi marcha, segun queria acercarme ó alejarme del primer carruaje. Preguntaba á los postillones por la salud de la jóven que habian conducido.

De lo alto de las lomas, á lo lejos en las llanuras, divisaba el carruaje que corria en medio de la niebla ó á la luz del sol, llevando mi felicidad. Mi pensamiento se adelantaba al galope de los caballos, se lanzaba al carruaje, contemplaba á Julia dormida en su sueño, ocupado por mi recuerdo, ó velando y llorando en las imágenes de nuestros bellos días pasados.

Cuando cerraba los ojos para verla mejor dentro de mi mismo, creia oír su respiracion. Hoy mismo apenas puedo comprender cómo tuve bastante imperio sobre mi para resistir, durante un viaje de ciento veinte leguas, al impetu interior que me precipitaba constantemente hácia aquel carruaje, trás del que corria sin querer alcanzarlo, y dentro del cual estaba encerrada toda mi alma, mientras que mi cuerpo, insensible á la nieve y á la lluvia, seguia conmovido de vaiven en vaiven y de escarcha en escarcha, sin tener conciencia de sus propios sufrimientos. Pero el temor de causar á Julia una emocion inesperada que pudiera serla fatal, de renovar una escena de despedida cruel; la idea de velar, como una providencia amante, con un desinterés angelical, sobre su seguridad, me afirmaba en mi resolucion.

La primera vez paró ella en la gran fonda de Autun; yo en una posada del arabal que estaba al lado. Antes de amanecer, los dos carruajes, uno á la vista del otro, corrian otra vez sobre la estensa línea ondulosa y blanca que marca el camino, á través de las llanuras parduscas y de los bosques de encinas druidicas de la alta Borgoña. Nos detuvimos en la pequeña ciudad de Avallon; ella en el centro, yo en una de

las estremidades de la ciudad. El siguiente dia corriamos hacia Sens.

La nieve, amontonada por los vientos del Norte alrededor de las elevadas y áridas llanuras de Lucy-le-Bois y de Vermanton, caía en anchos copos medio derretidos sobre las montañas y sobre el camino, y ahogaba el ruido de las ruedas. Distinguíase apenas el nebuloso horizonte á muy pequeña distancia, á través de esa polvareda de nieve que el viento levantaba en torbellinos de las campiñas vecinas.

No podia apreciarse ni por la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. De repente, delante de mí, y rozando con las cabezas de mis caballos, vi el coche de Julia detenido en medio del camino. El conductor, habiendo bajado de su asiento, estaba de pié sobre el estribo dando gritos y lleno de desesperacion. Salté á tierra, volé á la puertecilla del carruaje por un impulso mas fuerte que mi prudencia; me arrojé en el coche donde la doncella procuraba hacer volver en sí á su señora de un desmayo, causado por la fatiga y por el huracan, y tal vez tambien por el estado de su alma. ¡Lo que sentí al sostener entre mis brazos aquella cabeza adorada en una hora de incompleta insensibilidad, deseando y temiendo á la vez que oyera y reconociera la voz que la llamaba á la vida; mientras que el conductor iba á buscar fuego y agua caliente á las lejanas chozas, y la doncella, teniendo sobre sus rodillas los helados piés de su señora, los frotaba con sus manos y los oprimia contra su pecho para calentarlos, nadie puede comprenderlo ni decirlo, á menos que no haya sentido en su corazon la lucha de la vida y de la muerte!

Por fin, estos tiernos cuidados, la impresion de las botellas de agua caliente traídas por el conductor, la de mis manos sobre las suyas, la de mi aliento sobre su frente, volvieron el calor á las estremidades. El color que asomaba á sus mejillas y un largo suspiro que se escapaba de sus labios, me anunciaron que iba á volver de su desvanecimiento. Entonces me arrojé desde el carruaje al camino para no ser reconocido cuando abriera los ojos. Allí permanecí un momento al lado de las ruedas y un poco detrás, con el rostro cubierto con la capa. Encargué á los criados el secreto de mi aparicion, y ellos me hicieron seña de que la viajera volvia en sí.

Oí su voz que balbuceaba, al despertarse como de un sueño, estas palabras:

«Oh, si Rafael estuviese aquí! ¡Creí que era Rafael.»

Me arrojé en seguida en mi carruaje.

Los caballos volvieron á marchar, y bien pronto nos separó una larga distancia. Por la noche fui á la posada donde habia parado en Sens para informarme del estado de su salud. El conductor me aseguró que dormia tranquilamente.

Seguí sus huellas hasta *Fossard*, parada de postas cerca de la pequeña ciudad de Montereau. En este sitio, el camino de Sens á Paris se divide, pasando un ramal por Fontainebleau y el otro por Melun. Este último, algunas leguas mas corto, fué el que tomé para adelantarme á Julia, llegar á Paris y verla bajar del carruaje á la puerta de su casa. Hice marchar un carruaje á todo correr, y llegué mucho antes de anochecer á la fonda en que tenia costumbre de alojarme en Paris. Entrada la noche fui á apostarme sobre uno de los malecones de Paris, frente á esa casa de Julia que tantas veces me habia descrito. La reconocí como si hubiera pasado en ella toda mi vida. Ví en su interior, á través de los vidrios, ese movimiento de sombras que van y vienen en una casa en que se espera á un huésped de importancia. Distinguí en su habitacion y en el techo el reflejo del fuego encendido en la chimenea. El rostro de un anciano se acercó muchas veces á una ventana, pareciendo interrogar al mas ligero ruido. Este era su marido, su padre. Los porteros tenían la puerta abierta y se adelantaban de tiempo en tiempo fuera del umbral para escuchar tambien. Un reverbero, agitado por el viento tempestuoso de diciembre, despedia y retiraba sucesivamente una luz rápida y tibia sobre el suelo y delante de la puerta. Por fin, una silla de postas desembocó rápidamente de una de las calles, y fué á detenerse bajo las ventanas de la casa. Corrí hácia allí, me oculté en la sombra de una columna, en una puerta que está al lado de la en que se habia detenido el carruaje. Ví á los criados precipitarse á la puertecilla. Ví á Julia bajar en brazos del anciano, que la abrazó como un padre abraza á su hijo despues de una larga ausencia; él volvió á subir penosamente la escalera, sostenido por el portero. El coche fué desocupado. El postillon le llevó á la cochera que estaba en otra calle, y la puerta se cerró. Yo volví á tomar mi puesto sobre el pretil de la ríbera.

XLVIII.

Desde allí contemplé por mucho tiempo las ventanas iluminadas de la casa de Julia. Procuraba entrever lo que pasaba en el interior. Notaba ese movimiento de gente.

que llevan las maletas, que deshacen los paquetes, que arreglan los muebles á la llegada de un huésped. Cuando este movimiento hubo cesado y las luces dejaron de discurrir de una habitacion á otra, iluminándose la habitacion del anciano en el piso principal con la débil luz de una lamparilla, distinguí á través de los vidrios del entresuelo que estaba debajo, el talle esbelto y flexible de Julia, que se dibujaba en sombra inmóvil sobre las blancas cortinas.

Permanecí algun tiempo en esta actitud; despues la vi abrir la ventana á pesar del frio, mirar un momento al Sena del lado en que yo estaba, como si su mirada hubiese sido detenida sobre mí por una revelacion sobrenatural del amor; luego volverse y mirar por un largo espacio de tiempo del lado del Norte una estrella que teníamos costumbre de contemplar juntos, y que nos habíamos prometido mirar durante la ausencia, como para dar un punto de reunion á nuestras almas en la inaccesible soledad del firmamento.

Yo sentí esta mirada como hubiera sentido un ascua que cayera sobre mi corazon. Comprendí que nuestras almas estaban unidas por el mismo pensamiento. Todas mis resoluciones se hundieron. Me adelanté para llegar á su ventana y arrojar un grito que la hiciera reconocer á su hermano á sus piés. En el mismo momento cerró ella la ventana. El ruido de los coches ahogó mi grito. La luz del entresuelo se estinguió, y quedé inmóvil delante de su casa. El reló de un edificio próximo dió lentamente las doce. Me acerqué á la puerta, y la besé convulsivamente sin atreverme á llamar. Me arrodillé sobre el umbral, y rogué á la piedra que me guardase el bien supremo que acababa de conducir y confiar á sus muros, y me alejé.

XLIX.

El dia siguiente salí de Paris, sin haber visitado á ninguno de los amigos que allí tenia entonces, feliz interiormente de no haber dicho una sola palabra, de no haber dirigido una sola mirada, de no haber dado un solo paso que no fuese por ella. El resto del mundo no existia ya para mí. Solamente, antes de partir, puse en la estafeta una carta fechada en Paris y dirigida á Julia, que debia recibirla al despertarse. Esta carta no contenia mas que estas palabras:

«Os he seguido. He velado invisible por vos. No he podido abandonaros sin dejaros entregada á los cuidados de los que os aman. Ayer, á media noche, cuando abristeis la

ventana y suspirásteis mirando la estrella, estaba yo al lado vuestro: hubiérais podido oír mi voz. ¡Cuando leais estas líneas estare ya muy lejos!...»

L.

Viajé dia y noche en tal confusion de ideas, que no sentí ni el frio, ni el hambre, ni la distancia, llegando á M.^{***} como si hubiese salido de un sueño, y casi sin recordar mi viaje de Paris. Encontré á mi amigo Luis^{***}, que me esperaba en la pequeña casa de campo de mi padre. Su presencia fué un consuelo para mí. Podia al menos hablarle de aquella á quien él admiraba tanto como yo. Nos acostábamos en el mismo cuarto, y una parte de la noche la pasábamos en hablar de aquella divina aparicion, que le habia deslumbrado tanto como á mí. El la consideraba como una de esas ilusiones fantásticas, como una de esas mujeres mas grandes que la naturaleza, tales como la Beatriz del Dante, la Eleonora del Tasso, la Laura del Petrarca ó la Victoria Colonna, poeta, amante heroína á la vez; figuras que atraviesan la tierra casi sin tocarla y sin detenerse en ella, solamente para fascinar las miradas de algunos hombres privilegiados por el amor, para arrastrar sus almas á inspiraciones, y para ser la preocupacion de las imaginaciones privilegiadas. En cuanto á Luis, no se atrevia á elevar su amor tan alto como su entusiasmo. Su corazon tierno, débil, y llagado de antemano, estaba enteramente ocupado con la dulce imágen de una pobre huérfana. Su felicidad hubiera consistido en llevarla al altar, para vivir en el retiro y en la paz en una casita al lado del Chambéry.

La falta de medios de los dos pobres amantes les contenia en los límites de una triste y tierna amistad, temiendo llevar en la indigencia el nombre de su familia y legar la miseria á sus hijos. La jóven murió algunos años despues de desesperacion y de tristeza. Es una de las mas delicadas criaturas que he visto estinguirse por falta de algunos rayos de fortuna. Su rostro, notable por una floreciente juventud igualmente próxima á estinguirse ó á renacer, era la mas sublime garantía de esa virtud de la desgracia que se llama resignacion. Llegó á perder la vista á fuerza de llorar en secreto durante los largos años de esperanza y de incertidumbre. La encontré una vez volviendo de Italia. Una de sus hermanas pequeñas la conducia de la mano por las calles de Chambéry. Al oír mi voz palide-

ció, y buscó á tientas un apoyo á su mano ciega.

«Perdonad, me dijo; pero cuando yo escuchaba esa voz en otro tiempo, oía otra al mismo tiempo...» ¡Pobre niña! hoy escucha en el cielo la voz de su amante.

LI.

¡Cuán largos se me hicieron los dos meses que me fué preciso pasar lejos de ella en el campo ó en la ciudad, en casa de mi padre, esperando la época en que debía reunirme con Julia en Paris! Habia agotado en los tres ó cuatro meses que acababan de pasar la pension que me daba mi padre, los secretos recursos de la ternura de mi madre, la bolsa de mis amigos, para pagar deudas que la disipacion, el juego y los viajes me habian hecho contraer. No tenia medio alguno de procurarme la pequeña cantidad necesaria para ir á Paris y para vivir en él, aun en la escasez y retirado. Me era preciso esperar al mes de enero, época en que debía percibir un trimestre de la pension de mi padre, y en que tambien un tio, tan rico como severo, y unas buenas tias ancianas, tenian costumbre de hacerme algunos regalos. Con todos estos recursos esperaba poder reunir una suma de seis-cientos ú ochocientos francos que bastaban para poder vivir en Paris unos cuatro meses. Esta mediania no seria costosa á mi vanidad de aqui en adelante, puesto que mi vida se cifraba únicamente en mi amor. Todas las riquezas del mundo no me hubieran servido para otra cosa que para comprar el momento del dia que ansiaba pasar cerca de ella!...

Los dias que tuvo precision de esperar estuvieron esclusivamente ocupados con su imágen. Nos habíamos consagrado mutuamente todas las horas del dia. Por la mañana, apenas se levantaba, encerrábase para escribirme. En el mismo momento yo la escribia tambien. Nuestras páginas y nuestros pensamientos se cruzaban todos los correos, en el camino se interrogaban, se respondian, se confundian sin interrumpirse un solo dia. Realmente no habia entre nosotros sino algunas horas de ausencia: las de la tarde y las de la noche. Y aun estas las llenaba con su contemplacion. Me rodeaba de sus cartas, las abria sobre la mesa, las sembraba sobre mi lecho, las aprendia de memoria, me recitaba á mi mismo los pasajes mas tiernos y mas apasionados, procurando imitar su voz, sus ademanes, su mirada. Yo la respondia, y llegaba á crearme una

ilusion tal de la realidad de su presencia, que me impacientaba cuando venian á interrumpirme para comer ó para recibir alguna visita.

Figurábaseme que venian á arrebatármela, á arrojarla fuera de mi habitacion. En mis largas escursiones sobre las montañas ó sobre las nebulosas praderas sin horizonte que orlan el rio, tomaba su carta de por la mañana. Me sentaba repetidas veces sobre las rocas, á la orilla del agua, ó sobre los hielos, para volverla á leer. Cada vez que repetia su lectura, parecíame descubrir en ella una palabra ó un acento que hasta entonces habia pasado desapercibido. Siempre dirigia maquinalmente mis escursiones por el lado del norte, como si cada paso que daba hácia Paris me llevase á ella y disminuyera en otro tanto la distancia cruel que nos separaba. A veces caminaba largo trecho sobre el camino de Paris con esta única intencion. Cuando era preciso volverme, luchaba conmigo mismo largo tiempo. Cuando me hallaba triste, me volvía muchas veces hácia el punto del horizonte en que ella respiraba.

¡Oh, cuánto envidiaba las alas de los cuervos cubiertas de nieve, que volaban hácia el Norte á traves de la niebla! ¡Qué daño me hacian los carruajes que veia pasar sobre el camino y corriendo hácia Paris! ¡Cuántos dias de mi inútil juventud hubiera cedido por hallarme en el sitio de esos ancianos desocupados, que miraban con una fria indiferencia por los vidrios de la ventanilla al jóven solitario que marchaba en sentido inverso de su corazon á la orilla del camino! ¡Cuán infinitamente largos se me hacian los cortos dias de diciembre y de enero!

Para mí no habia mas que una hora feliz en todas estas horas: aquella en que oía desde mi habitacion los pasos del cartero que distribuia las cartas á la puerta de las casas. Desde que le sentia, abria la ventana. Veíale llegar de lo último de la calle, con las manos llenas de cartas, que entregaba á los criados, esperando delante de cada casa el importe del correo. ¡Cuántas veces maldije la lentitud de las buenas mujeres que no concluian de contar el dinero! Antes de que el cartero llamase á la puerta de la casa de mi padre, habia yo salvado la escalera y atravesado el zaguán, presentándome en el umbral de la puerta.

En tanto que el anciano cartero revolvía su paquete de cartas, yo procuraba descubrir la cubierta de fino papel de Holanda, y la elegante forma de letra inglesa, que me revelaban mi tesoro entre todos aquellos

papeles ásperos y aquellos pesados sobrescritos de cartas del comercio ó de cartas indiferentes. Me apoderaba de ella temblando. Mis ojos se cubrían de una nube, mi corazón latía con violencia, y las piernas temblaban bajo el peso de mi cuerpo.

Ocultaba la carta en el pecho, temiendo encontrar á alguien en la escalera, y que una correspondencia tan frecuente pareciese sospechosa á mi madre. Entonces me ocultaba en mi habitación. Corría el cerrojo por dentro, para devorar á mi placer aquellas páginas sin ser interrumpido. ¡Qué de lágrimas y de besos sobre aquellos escritos! ¡Ay! Cuando pasados algunos años he vuelto á hojear ese volumen de cartas, ¡cuántas palabras borradas con mis labios faltaban para el sentido de las frases, que mis lágrimas ó mis trasportes habían lavado ó desgarrado!

LII.

Después del desayuno volvía á subir á mi habitación para leer segunda vez mi carta, y para contestar á ella. Aquellas eran las más deliciosas y las más febriles horas de mis días.

Tomaba cuatro pliegos del más ancho y más fino papel de Holanda, que Julia me había enviado de París para este objeto, cuyas páginas empezaban muy arriba y concluían muy abajo, escrito sobre las márgenes, vuelto á escribir en distinto sentido sobre los renglones, y conteniendo millares de palabras. Todas las mañanas los llenaba, y los llenaba demasiado pronto, hallándolos escasos para el desbordamiento apasionado y tumultuoso de mis pensamientos. En estas cartas no había ni principio, ni fin, ni medio, ni gramática, ni nada de lo que se entiende generalmente por estilo. Era mi alma entera ante otra alma, espresando, ó más bien balbuceando como podía las tumultuosas sensaciones de que se hallaba llena, a favor del lenguaje insuficiente de los hombres: este lenguaje no ha sido formado para espresar lo inexplicable; signos imperfectos, palabras vacías, frases insulsas, lengua de hielo, que la plenitud, la concentración y el fuego de nuestra alma hacía fundir como un metal refractario para formar de ellos otra lengua vaga, etérea, ardiente, acariciadora como las lenguas de las llamas, sin sentido para los demás, y que nosotros solo entendíamos porque era nuestra representación. Nunca esta efusión de mi alma se detuvo ni se aminoró. ¡Si el firmamento no hubiese sido más que una página, y Dios me hubiese permi-

tido que la llenase con mi amor, esta página no hubiera podido contener todo cuanto sentía dentro de mí! Nunca me detenía sino cuando los cuatro pliegos estaban llenos, y siempre me parecía no haber dicho nada; y es que en efecto, nada había dicho, porque ¿quién ha podido contar el infinito?

LIII.

Estas cartas, en que para nada entraba la mezquina pretensión de talento, que no eran una obra, sino un sentimiento, me hubieran, sin embargo, servido de mucho más adelante, si Dios me hubiese llamado á hablar á los hombres ó á describirles los caracteres, las debilidades ó los arrebatos de las pasiones del alma en las obras de imaginación. Debo decir que sin saberlo luchaba desesperado y como Jacob con el ángel, contra la pobreza, la avidez y la inflexibilidad de la lengua, de que me veía obligado á servirme por ignorar el lenguaje del cielo, los esfuerzos sobrenaturales que hacía para vencer, purificar, estender, doblegar, espiritualizar, colorear, enervar ó debilitar las espresiones; la necesidad de espresar con palabras las más íntimas y los más imperceptibles matices del sentimiento, las aspiraciones más etéreas del alma, los impulsos más irresistibles, y la pureza más contenida de la pasión; en fin, hasta las miradas, la actitud, los suspiros, los silencios, el enternecimiento, las alucinaciones del corazón en la adoración del invisible objeto de su amor; estos esfuerzos, que deshacían la pluma bajo mis dedos como un instrumento rebelde, la hacían, sin embargo, encontrar alguna vez, y sin dejar de romperse, la palabra, el giro, el grito que buscaba para dar una voz al imposible. Entonces no me había espresado en ninguna lengua; pero había arrojado el grito de mi corazón, y era entendido. Cuando me levantaba de la silla después de este agitado y delicioso combate contra las palabras, la pluma y el papel, me acuerdo que á pesar del frío de mi habitación en invierno, un sudor helado corría por mi frente y necesitaba abrir la ventana para refrescar y enjugar mis cabellos.

LIV.

Pero no eran estas cartas solamente los gritos del amor, sino que la mayor de las veces eran invocaciones, contemplaciones, sueños del porvenir, perspectivas del cielo, consuelos, oraciones.

Este amor, privado por su naturaleza de todas las sensaciones voluptuosas que debilitan el corazón, satisfaciendo los sentidos, había vuelto á abrir en mí los manantiales de la piedad, enturbiados ó desecados por los goces impuros. Este sentimiento se elevaba en mi alma á la altura y á la pureza del amor divino.

Me esforzaba en elevar conmigo hasta el cielo, sobre las alas de mi imaginación exaltada y casi mística, esa segunda alma paciente y agostada. Hablaba de Dios, único ser bastante perfecto para haber creado esa perfección sobrehumana de belleza, de genio y de ternura; solo él bastante grande para contener la inmensidad de nuestras aspiraciones; él solo bastante infinito é inagotable para absorber y para abismar en el hogar de su seno el amor que había infundido en nosotros para que su llama, al consumirnos uno con otro, nos hiciese exhalar juntamente en él nuestros suspiros!

Yo consolaba á Julia de los sacrificios de una felicidad mas completa en este mundo que el deber nos imponía. Hacía valer el mérito de estos sacrificios de un momento á los ojos del Eterno, remunerador de nuestras acciones. Bendecía la pureza y el desinterés de nuestros sentimientos que debían proporcionarnos un día una felicidad mas inmaterial y mas pura en la atmósfera eterna de los espíritus celestiales. Llegaba hasta llamarme dichoso y á cantar himnos á la resignación á que estábamos condenados por el mismo amor, pero por un amor mas grande.

Inducía á Julia á que no se ocupase de mis penas y á que ella misma no las tuviese. La demostraba un valor, un desprecio hácia los goces terrenos, que muchas veces no tenía sino en las palabras. La hacía el holocausto de todo cuanto había de humano en mí, elevándome á la inmaterialidad de los ángeles, porque no entreviese un dolor ó una queja en mi adoración. La suplicaba que buscarse en una religión tierna y pródiga, á la sombra de las iglesias, en la fe misteriosa de ese Cristo, Dios de las lágrimas, en la oración, las esperanzas infinitas, los consuelos y las dulzuras que yo mismo había gustado en mi infancia.

Ella me había despertado el sentimiento de la piedad. Para ella únicamente redactaba esas fervientes y tranquilas oraciones que suben al cielo como una llama que ningún viento hace oscilar. ¡La encargaba que se ejercitase en estas oraciones á ciertas horas del día y de la noche, en que yo mismo las pronunciaría para que nuestros dos pensamientos, unidos por las mismas pala-

bras, se elevasen juntos, á una misma hora, en una misma invocación!... Y además las regaba con mis lágrimas, que dejaban sus huellas sobre las palabras, mas elocuentes y mas edificantes sin duda que las palabras mismas. Después me llegaba furtivamente á poner en el correo esta médula de mis huesos. A la vuelta me encontraba aliviado, como si allí hubiese dejado una parte del peso de mi propio corazón.

LV.

Pero por grandes que fuesen mis esfuerzos, la perpétua tensión de mi imaginación, joven y ardiente, para inflamar mis cartas con el fuego que me consumía, para crear un lenguaje á mis suspiros, y para hacer cruzar á mi alma entera sobre el papel la distancia que me separaba de la suya; en este combate contra la impotencia de las expresiones, me hallaba siempre vencido por Julia. Sus cartas tenían mas fuerza en una sola frase que las mías en sus ocho páginas; se aspiraba su aliento en sus palabras. Leíanse sus miradas en aquellas líneas; sentíase en sus expresiones el calor de los labios que las habían dejado escapar. Nada se evaporaba en esa lenta y difícil transición del sentimiento á la palabra que deja enfriar y palidecer la lava del corazón bajo la pluma del hombre. La mujer no tiene estilo, y hé aquí por qué todo lo expresa tan bien. El estilo es un traje, y el alma está desnuda en la boca ó bajo la pluma de la mujer. Como la Venus de la palabra, ella sale del sentimiento en toda su desnudez. Nace de sí misma, se admira de haber nacido, y se la adora cuando aun no sabe que ha hablado.

LVI.

¡Qué cartas, qué llama, qué días, qué tintas, qué acentos, qué fuego y qué pureza reunidas como los fuegos y la limpieza en el diamante, como el ardor y el pudor sobre la frente de la joven amante! ¡Qué encantadora fortaleza, qué expansión infinita, qué cantos y qué exclamaciones! Y luego, ¡qué *ritornelas*, tristes como las notas inesperadas al fin de una melodía! ¡Y qué caricias de palabras que se sentían pasar sobre la frente, como el aliento de la madre sopla jugueton sobre la frente del hijo que la sonríe! ¡Y qué voluptuosos meciimientos de palabras á media voz, y de frases balbucientes, que parecen envolveros

en sus rayos de murmullos, de perfumes, de tranquilidad, y conduciros insensiblemente por el desvanecimiento de las sílabas al reposo del amor, al sueño del alma, hasta besar sobre la página que dice:

«¡Adios! Adios, beso que se recoge sin ruido, como ha sido impreso por los labios.»

He encontrado todas estas cartas. He hojeado página por página toda esta correspondencia clasificada y guardada después de la muerte por la mano de una piadosa amistad; cada carta con su contestación, desde el primer billete hasta la última pa'abra, escrita por una mano herida de muerte; pero que el amor sostenía aun. ¡Las he vuelto á leer, y las he quemado llorando, encerrándome como para cometer un crimen, y disputando cien veces á las llamas la página medio consumida para leerla aun!... ¿Y por qué? me preguntarás. ¡Las he quemado porque aun su ceniza hubiera sido demasiado ardiente para la tierra, y la entregué á los vientos del cielo!

LVII.

Llegó por fin el día en que pude contar las horas que me separaban de Julia. Todos los escasos recursos que pude reunir no llegaban á componer una suma suficiente para vivir tres ó cuatro meses en París. Mi madre, que veía mi angustia sin saber su verdadera causa, sacó del último de sus estuches de joyas, agotadas ya por la ternura, un grueso diamante, montado en una sortija. ¡El único, ¡ay! que la quedaba de las alhajas de su juventud! Le deslizó secretamente en mis manos derramando lágrimas.

«Sufro tanto como tú, Rafael, me dijo tristemente, al verte juventud per ída consumirse en la ociosidad de una ciudad miserable, ó en los sueños de los campos. Siempre habia tenido la esperanza de que los dones de Dios, que he bendecido en ti desde tu primera infancia, te harían sobresalir en el mundo, y te abrirían alguna carrera brillante y honrosa. La pobreza con que luchamos no nos permite proporcionártela por nosotros mismos. Dios no lo ha querido hasta ahora. Fuerza es someterse con resignación á su voluntad, que siempre es buena. Sin embargo, te veo con dolor en ese estado de languidez mortal, que sucede á los esfuerzos infructuosos. Provemos por última vez al destino. Parte, puesto que el suelo de este país te abrasa los piés. Permanece algun tiempo en París. Llama con decoro y dignidad á las puertas de

los antiguos amigos de la familia que hoy están en favor. Dáles á conocer las pocas facultades que la naturaleza y el trabajo te han concedido. Es imposible que los jefes del nuevo gobierno no procuren asociarse á jóvenes capaces de sostener con el tiempo, y honrar el reinado de los principes que Dios nos ha devuelto. Tu pobre padre tiene bastante que hacer con la educación de seis hijos, y con no desmerecer de su rango en la estrechez de nuestra vida aislada. ¡Tus demás parientes son buenos, pero no quieren comprender que es necesario aire para que respire, y acción suficiente á la devoradora actividad de un alma de veinte años! Ahí tienes mi última joya; habia prometido á mi madre no separarme de ella sino en una necesidad extrema. Toma, y véndela para que puedas vivir en París algunas semanas mas. ¡Es la última prenda de ternura que juego por ti á la lotería de la Providencia! Ella te traerá la felicidad, porque con ese anillo te acompañan todas mis oraciones, todo mi cariño y todos mis cuidados.»

Yo tomé el anillo, besando la mano de mi madre, dejando caer una lágrima sobre el diamante. ¡Ay! no me sirvió para buscar y obtener el poder de los hombres poderosos y de los principes, para quienes pasó desapercibida mi oscuridad, sino para vivir tres meses en la vida del corazón, en la que un solo día equivale á siglos de grandeza. Este sagrado diamante fué para mí la perla de Cleopatra, fundida en la copa de mi vida y me proveyó algun tiempo de amor y felicidad.

LVIII.

A pesar de todo, cambié enteramente de naturaleza en este momento, por respeto á los sacrificios repetidos de mi pobre madre, y por la concentración de todos mis pensamientos en uno solo: volver á ver á la que amaba, y prolongar el mas tiempo posible por medio de la mas estricta economía los días contados que habia de pasar al lado de Julia. Me hice pensador y avaro como un viejo del poco dinero con que contaba. Me parecia que cada pequeña cantidad que gastaba era una hora de mi felicidad, ó una gota de mi vida que se perdía. Resolví, pues, vivir como Juan Jacobo Rousseau, con nada, ó con casi nada, y descartar mi vanidad, mis vestidos, y aun mi alimento, de todo cuanto debia consagrar al éxtasis santo de mi alma. Sin embargo, tenia una esperanza confusa de sacar algun partido de mi talento á favor de mi amor.

Este talento era solo conocido de varios amigos por algunas poesías. En los tres meses que acababan de pasar habia escrito en las horas de insomnio un pequeño volumen de poesías amorosas, sentimentales, piadosas, segun que mi imaginacion prorruapía en notas tiernas ó en notas graves. Habia puesto en limpio con mucho cuidado y en letra elegante esta pequeña coleccion, una parte de la cual habia leído á mi padre, juez escelento, aunque de un gusto severo. Algunos amigos conservaban en su memoria varios fragmentos. Mandé encuadernar mi tesoro poético con una cubierta verde, color de buen agüero para una gloria en esperanza.

Siempre procuré ocultarlo á los ojos de mi madre, cuya casta y piadosa pureza de espíritu se habria alarmado del voluptuoso sentimiento, mas antiguo que cristiano, de algunas de estas elegias. Esperaba que la gracia sencilla y el entusiasmo de estas poesías seducirian á algun editor inteligente, que compraria mi obra ó que al menos consentiria en imprimirla por su cuenta y que el gusto del público, seducido por la novedad de estilo nacido en los campos, me daria á la vez un nombre y una pequeña fortuna.

LIX.

No tenia que inquietarme para encontrar en Paris una habitacion. Uno de mis amigos, el jóven conde de V***, vuelto hacia poco de sus viajes, debia pasar allí el invierno y la primavera. Me habia hecho la oferta de partir conmigo un pequeño entre-suelo que ocupaba encima de la habitacion del portero de la magnífica fonda del mariscal de Richelieu, en la calle nueva de San Agustin, casa demolida despues. El conde de V***, con quien estaba en correspondencia casi diaria, se hallaba informado de todo. Le habia dado una carta de presentacion para Julia, para que conociese al alma de mi alma y para que comprendiese si no mi delirio, al menos mi adoracion por aquella mujer. Con efecto, desde la primera entrevista habia comprendido y participado de su entusiasmo. Las cartas que me escribia estaban llenas de respeto y de piedad hácia aquella aparicion melancólica, suspendida entre la muerte y la vida, pero sostenida, segun él me decia, por el inefable amor que tenia hácia mí. No cesaba de hablarme de ella como de un don celestial que Dios se habia dignado hacer á mis ojos y á mi corazón, y que me elevaria sobre la

humanidad en tanto que permaneciese cubierto con su divina irradiacion. Convencido del carácter sobrenatural y sagrado de nuestras relaciones, V*** consideraba nuestro amor como una virtud.

No se avergonzaba de ser el confidente y el intermediario entre nosotros. Julia por su parte me hablaba de V*** como del unico amigo digno de mí, por quien ella hubiera querido acrecentar mi amistad en lugar de debilitarla con un corazón celoso. Uno y otro me instaban para ir á Paris cuanto antes. V*** solamente conocia los secretos y la imposibilidad material que me habian detenido hasta entonces. A pesar de todo, el afecto que me profesaba y de que tantas pruebas me ha dado hasta su muerte en los azares de mi vida, no le era dado poder allanar estos obstáculos. Su madre habia agotado todos sus recursos para proporcionarle una educacion digna de su rango, y para hacerle viajar por toda la Europa.

El mismo habia tenido que contraer deudas considerables. No podia pues ofrecermé en Paris sino una parte de la habitacion que le pagaba su familia. Por lo demás él estaba en aquella época de su vida tan exhausto de recursos y tan sujeto como yo á esa penosa necesidad tan cruelmente definida por Horacio: *res augusta domi*.

Salí de M*** en uno de esos pequeños carruajes de un solo caballo, montado sobre el eje y cubierto con un hule para resguardarle de la lluvia. Este caballo se remudaba de pueblecillo en pueblecillo cada cuatro ó cinco leguas. Estos carruajes servian entonces para conducir de Lyon á Paris á los trabajadores del Borbonés y de la Auvernia, y á los pobres soldados estropeados por las marchas, que eran llevados por una cantidad insignificante. No experimenté sufrimiento de ninguna especie ni vergüenza alguna en aquel mezquino modo de viajar. Hubiera andado el camino con los piés desnudos y sobre la nieve, y no por eso me habria encontrado menos orgulloso ni menos feliz.

De esta manera gasté uno ó dos luises solamente, con los que podia comprar dos dias de felicidad. Llegué á las puertas de Paris sin haber sentido uno solo de los sacudimientos del carruaje sobre las desigualdades del camino. La noche estaba sombría, y caian torrentes de agua. Cogi mi maleta, la coloqué sobre mis hombros, y de este modo fui á llamar á las puertas de la modesta habitacion del conde de V***.

Este me esperaba. Me abrazó, me habló de ella. Ya no me cansaba de preguntarle

y de oírle: ¡aquella misma noche había de ver á Julia!... V*** debía ir á anunciarla mi llegada y á anticiparla esta alegría.

Cuando todos hubieran salido de la habitación de Julia, V***, que saldría el último, había de venir á buscarme al café, donde yo le esperaría, y en el momento que estuviese sola, me iría á arrojar á sus piés. Solo despues de haber quedado acordados en todo esto fué cuando pensé en secar mis vestidos á la lumbre de la chimenea, en tomar algún alimento, y en instalarme en la sombría alcoba de la antesala. Estaba esta alumbrada por una claraboya, y templada con una estufa. Me vestí con el esmero necesario para no avergonzarme á la que amaba delante de sus amigos.

A las once salimos V*** y yo á pié. Llegamos juntos hasta debajo de la ventana que ya conocía de antemano. Aun había tres carruajes á la puerta; V*** subió, y yo fui á esperarle en el sitio convenido. ¡Qué largase me hizo la hora que tuve que aguardarle! ¡Cuántas veces maldije las visitas, indiferentes tal vez, cuya importunidad involuntaria para entretener algunas horas ociosas detenía sin saberlo el ímpetu de dos corazones que contaban su martirio por sus latidos! Por fin V*** pareció. Yo salí á recibirle; me dejó á la puerta, y subí.

LX.

Aunque viviese mil años, siempre me acordaría de este momento y de esta aparición. Estaba en pié la jóven y apoyaba el codo sobre el mármol de la chimenea con cierto descuido encantador. Su cuerpo era flexible y elegante; sus deliciosos contornos se reflejaban en el espejo; tenía el rostro vuelto hácia la puerta y fijos los ojos en un corredor oscuro que precedía al salón; la cabeza un tanto inclinada, como una persona que trata de distinguir el rumor producido por los pasos de otra que se acerca.

Vestia un traje negro de seda, guarnecido de encajes del mismo color. Estos encajes, un tanto ajados por los almohadones del sillón en que la detenían la indolencia y languidez de su vida, se asemejaban á esos racimos negros de sauco desgranados por el viento de otoño.

La oscuridad del traje hacía resaltar la blancura de sus hombros, de su cuello y de su rostro. Este luto de la ropa correspondía con el luto natural de sus cabellos negros, peinados en forma de trenza sobre su cabeza. La uniformidad de este color hacía mayor la altura y la graciosa flexibilidad de su

cuerpo. Los reflejos de las llamas en el espejo, el resplandor de una lámpara que había sobre la chimenea y que iluminaba una de sus mejillas, su fisonomía animada por la impaciencia y por el amor, esparcían por su rostro un esplendor de juventud y de vida semejante á una trasfiguración de amor.

Lancé un grito de alegría y me estremecí de felicidad al volverla á ver mas hermosa y mas inmortal que cuando la contemplaba bajo los rayos del sol de Saboya. Al verla, penetró en mi corazón un sentimiento engañoso de poseerla eternamente. Al verme, murmuró algunas palabras entrecortadas; pero la emoción hacía temblar sus labios. Caí á sus piés y besé la alfombra hollada por ellos; levanté la cabeza para volverla á mirar y convencerme de que su presencia no era un sueño. Dejó caer una de sus manos sobre mis cabellos, y apoyándose con la otra en el ángulo de la chimenea, cayó también de rodillas á mi lado. Nos mirábamos y no encontrábamos palabras que dirigirnos. Nuestra voz se hallaba embargada por el exceso de nuestra felicidad. Guardamos silencio, sin mas lenguaje que este mismo silencio y hallarnos prosternados uno ante otro. Prosternación de amor por mi parte y de felicidad por la suya; aquella actitud hubiera podido traducirse del modo siguiente: «¡Se adoran, pero hay un fantasma mortal entre los dos! ¡Se embriagarán con sus miradas, pero nunca se estrecharán en sus brazos!»

LXI.

No sé cuánto tiempo permanecimos de esta manera, ni las infinitas preguntas y respuestas, los raudales de lágrimas y las ráfagas de alegría que pasaron por sus labios y los míos, por sus ojos humedecidos de lágrimas y mis ojos llenos de amor y de emoción, por su rostro y el mío. La felicidad nos había sumergido en un estado de completa inmovilidad. No existía el tiempo para nosotros. ¡Aquel instante era la eternidad!

De repente sonó un golpe en la puerta. Oyéronse pasos en la escalera; me levanté y ella se volvió á sentar abatida en el sofá. Sentéme á su lado, ocultando en la sombra el rubor de mis mejillas y las lágrimas que surcaban mi rostro. Un hombre de edad avanzada, de estatura imponente y de rostro noble, entró en la habitación lentamente. Acercóse sin pronunciar una palabra al sofá, y besó paternalmente la mano temblorosa de Julia. Este hombre era Mr. Bonald.

A pesar de que esta aparicion acababa de desgarrar, por decirlo así, el éxtasis de que me hallaba sumergido bendije interiormente á Mr. Bonald porque habia interrumpido una de esas contemplaciones que sucumben casi siempre bajo el peso de la embriaguez.

Uno de esos momentos en que el alma necesita del hielo que la prudencia derrama en el volcan de los sentidos, para recobrar una resolucion enérgica.

LXII.

Julia me presentó á Mr. Bonald como el autor de los versos que habia leído. Mi juventud le admiró. Acogióme con indulgencia. Habló á Julia con ese abandono paternal de un hombre ilustre por su talento y tranquilo á causa de su edad, que busca al lado de una jóven un rayo de belleza para devorarlo con sus ojos, y horas dulces y tranquilas para sus últimos dias. Su voz era profunda como la voz que emana del alma. Su conversacion participaba de esa indolencia graciosa y grave del hombre que habla con lentitud. Sus palabras tenian cierto acento de honradez, que se leia tambien en su frente. Viendo que se prolongaba demasiado la conversacion y que iban á dar las doce en el reloj de la habitacion, creí deber salir primero para disipar la mas mínima sombra de sospecha que revelase una familiaridad demasiado íntima á aquel amigo mas antiguo y mas respetable en la casa que yo. Una mirada y un largo silencio era lo que habia recibido en pago del viaje que habia hecho. Pero llevaba en mi corazon su imagen y la seguridad de verla todos los dias de allí en adelante; era bastante, era demasiado. Salí y anduve vagando largo tiempo por los muelles de Paris, respirando el aire para calmar la fiebre de felicidad que me agitaba. Cuando volví á casa, hacia muchas horas que V^{***} dormia. Yo llegué á dormirme cuando brillaron los primeros albores de la mañana y cuando los vendedores comenzaban á gritar por las calles de Paris.

Estos fueron los dias mas monótonos de mi vida, porque solo habia un pensamiento en mi alma y en mi fisonomia, como un perfume del que tememos perder una sola partícula si abrimos el vaso que le contiene.

Me levanté y comencé por escribir á Julia una larga carta. En ella le espresaba los pensamientos que vinieron á mi mente despues de separarme de ella. ¡Tiernos ol-

vidos, deliciosos remordimientos del amor, que no permiten el descanso hasta que han sido reparados; diamantes caidos del alma ó de los labios del objeto amado, que el pensamiento del amante persigue para aumentar el tesoro de sus sentimientos! Julia recibió esta carta en el momento en que se acababa de despertar, como una continuacion de la conversacion de la noche anterior. Antes del medio dia recibí la respuesta.

Mas tranquilo mi corazon despues de la turbacion de la noche pasada, quise calmar la impaciencia que comenzaba á devorarme, y di expansion, no á mi alma, sino á mi pensamiento y á mis ojos. Pasaba muchas horas leyendo, estudiando y trabajando, para que desapareciese el tiempo que trascurría desde que me separaba de Julia hasta que debia volverla á ver. Quería instruirme y perfeccionarme, no por los demás, sino por ella. Quería que el hombre que ella amaba no la hiciera sonrojarse de haberle preferido; que los hombres superiores que formaban su sociedad, y que me verian algunas veces en sus salones, como una modesta esfinge, apoyado en la chimenea, ó como una estatua de la contemplacion, descubriesen, si por casualidad me dirigian la palabra, un alma, una inteligencia, una esperanza, un porvenir bajo la apariencia de aquel jóven tímido y silencioso.

Despues me hacia confusas ilusiones acerca del porvenir que me arrebataria como el torbellino que arrancaba una hoja del humilde jardin de mi padre y la remontaba en el aire hasta perderse de vista; destino durante el cual Julia gozaria al verme de lejos combatir con la fortuna, luchar con los hombres, elevarme, engrandecerme, y se gloriaria de haberme adivinado antes que los demás, y de haberme amado antes que la posteridad.

LXIII.

Todo esto, y sobre todo la idea fija de un solo pensamiento, el desden hacia todo lo demás, la falta de dinero que me hacia carecer de lo que mas necesitaba, y la reclusion claustral en que me habia encerrado, me condenaban á una vida de estudio mas intensa y mas apasionada que habia llevado jamás. Pasaba los dias enteros sentado delante de una mesita iluminada por una claraboya que daba al patio del hôtel de Richelieu. Una estufa de barro daba calor á la habitacion; un biombo rodeaba la mesa y la silla, y me ocultaba á las miradas

de los jóvenes del gran mundo que iban á visitar con bastante frecuencia á mi amigo. En el horizonte de aquel patio habia una quietud pacífica interrumpida de vez en cuando por el retumbante eco de los carruajes; algunos hermosos rayos de un sol de invierno luchaban contra la niebla que envolvía las calles de Paris. Esta quietud y al mismo tiempo este ruido me hacían recordar las oscilaciones de la luz, el silbido de los vientos y las transparentes brumas de mis montañas.

Alguna vez que otra veía jugar en este patio á un niño precioso de ocho á diez años. Era el hijo del portero. Su cabeza angelical, sus cabellos brillantes que caían formando rizos sobre su frente, su fisonomía inteligente y sensible traían á mi memoria las candidas imágenes de los niños de mi país. En efecto, su familia habia nacido en una aldea próxima á la de mi padre; habia perdido los pocos bienes que tenia y se habia trasladado á Paris. Este niño acabó por relacionarse conmigo, en fuerza de verme asomado á la claraboya que caía sobre el cuarto de su madre, y se consagró voluntaria y gratuitamente á mi servicio. Me desempeñaba todas las comisiones; me traía pan, un poco de queso y frutas para almorzar; iba á comprarme todas las mañanas mis provisiones. Esta comida frugal la tomaba todos los días en mi mesa de trabajo, entre libros abiertos y páginas interrumpidas.

El niño tenia un perro negro que un extranjero habia dejado olvidado en el hotel. El perro y el niño no se separaban nunca. El perro se unió á mí como habia hecho antes el niño. Cuando subían la escalera de madera que conducía á mi cuarto, nunca querían volverla á bajar. Durante la mayor parte del día se echaban y jugaban sobre el colchon, ó andaban entre mis piés, debajo de la mesa.

Mas tarde llevé conmigo á aquel perro y lo conservé mucho tiempo, como un recuerdo fiel de aquella época de soledad. En 1820 lo perdí, no sin derramar muchas lágrimas, al atravesar los bosques de las marais (pantanos) Pontuis, entre Roma y Ferracine. El pobre niño se ha hecho hombre; aprendió el oficio de grabador, el cual ejerce en Lyon con mucho talento. Habiendo oído mi nombre despues, vino á verme. Lloró de alegría al abrazarme, y de tristeza al saber la pérdida del perro. ¡Pobre corazón del hombre, que necesita cuanto ha amado una vez, y que lo mismo derrama lágrimas por la pérdida de un imperio que por la de un animal!...

LXIV.

Leí y releí millares de horas, rodeado de la estufa, del biombo, de la claraboya, del niño y del perro, todos los autores antiguos, excepto los poetas que me habian hecho leer en el colegio, y en cuyos versos no veían mis cansados ojos mas que censuras largas ó breves. Triste efecto de una sociedad precoz, que marchita en el alma del niño la flor mas bella y embalsamada del pensamiento humano. Pero leí todos los filósofos, los oradores y los historiadores en su idioma. Prefería sobre todo á los que reunían estas tres potencias de la inteligencia: la narración, la palabra y la reflexión. El hecho, el discurso y la moralidad. Primero Tucídide y Tácito. Despues Maquiavelo, ese sublime conocedor de las enfermedades de los imperios. Despues Ciceron, ese vaso sonoro que todo lo contiene, desde las lágrimas privadas del hombre, del marido, del padre, del amigo, hasta las catástrofes de Roma y del mundo, hasta los presentimientos trágicos de su mismo destino. Ciceron es como un filtro donde se depositan y se clarifican las aguas sobre un fondo de filosofía y de calmas divinas, y que deja en seguida esparcirse su alma en torrentes de elocuencia, de sabiduría, de piedad y de armonía. Hasta entonces le tenia en el concepto de un hablador grande y vacío, cuyos largos períodos contenían poco sentido, pero me habia engañado. Despues de Platon, es el hombre de númen de la antigüedad; en su lenguaje es donde se encuentra un estilo mas puro y correcto. Su alma ha sentido, comprendido y dicho todo cuanto habia que sentir, comprender y decir en Roma durante aquella época.

LXV.

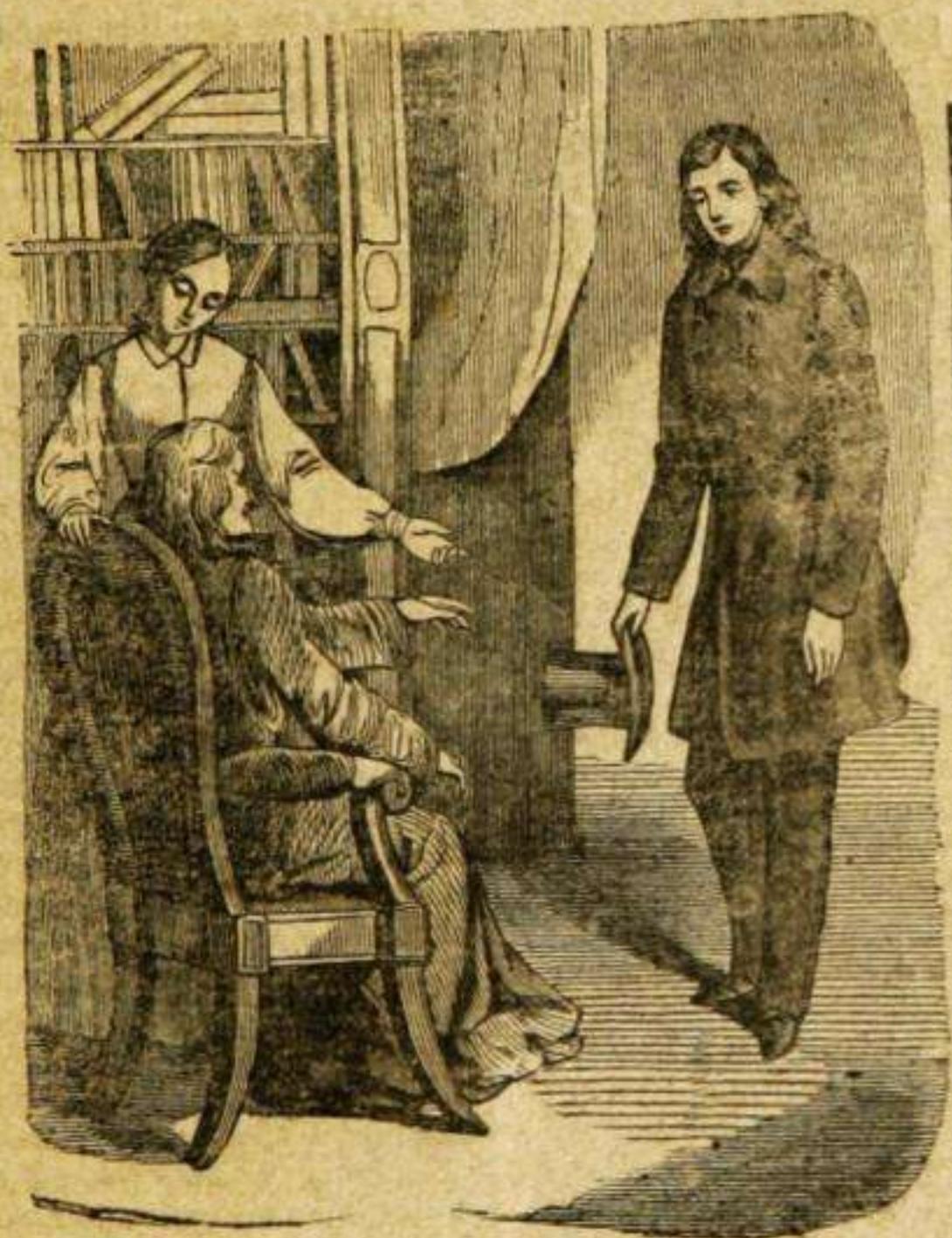
Respecto á Tácito, no sentía la misma pasión. Sin embargo, le prefería á Tucídide, ese Demóstenes de la historia. Tácito no es el historiador, sino el resumen del género humano.

En su lenguaje se revela el corazón de un hombre libre, virtuoso y sensible. Las arrugas que se marcan en la frente al leerle, no son tan solo producidas por la contracción de la piel, sino por estremecimiento del alma. Su sensibilidad es mas que emoción, es piedad. Sus juicios son mas que la venganza, es la justicia además. Su indignación es mas que la cólera, es la virtud. Nuestra alma se confunde con la de Tácito. ¿Quereis que vuestros hijos abor-

LXVI.

rezcan el crimen? ¿quereis que la virtud se impregne en su imaginacion? Hacedles leer á Tácito. Si no llegan á ser unos héroes, es porque la naturaleza los ha creado cobardes ó malvados. Un pueblo cuyo evangelio político fuese Tácito, seria muy superior á los demás pueblos. Este pueblo representaria ante Dios el drama trágico del género

Tambien era muy apasionado de los oradores, y los estudiaba con el presentimiento de un hombre destinado á hablar algun dia á la multitud, y á estudiar de antemano el órgano de los auditorios humanos: Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, lord Chat-



Julia me presentó á un anciano que la servia de padre.

humano en toda su grandeza y majestad. En cuanto á mí, puedo decir que debo á este escritor todas las fibras de mi sér. Si nuestro siglo llegara algun dia á adquirir el aspecto trágico y grandioso del suyo, si fuese victima de una digna causa, diria al morir: «Rendid homenaje de mi vida y de mi muerte al maestro, no al discipulo; Tácito es quien ha vivido y ha muerto en mí.»

tam sobre todo, mas moderno y seductor mis ojos que todos los demás, porque su elocuencia inspirada y lirica es mas bien un grito que una voz. Esta elocuencia se lanza sobre el limitado auditorio y la pasion del tiempo, sobre la mas elevada poesia hasta las regiones permanentes de la eterna verdad y del eterno sentimiento. Chattam toma la verdad de la mano de Dios, y no saca solamente de ella la luz, sino el rayo de la discusion. Desgraciadamente no quedan de

él, como de Fidias en el Partenon, sino brazos, cabezas, torsos mutilados. Pero arreglando estos restos con el pensamiento, se hacen prodigios y divinidades de elocuencia. Yo veía en mi imaginación los tiempos, las circunstancias, las pasiones, las ambiciones los focos de aquellos grandes hombres, y hablaba interiormente á los fantasmas de mi imaginación como Demóstenes á las olas del mar.

LXVII.

Por vez primera leí en aquella época los discursos de Fos y de Pitt. Hallé á Fos declamador, un tanto prosaico, uno de esos géneos nacidos para contradecir y no para decir; abogados sin toga que no tienen conciencia mas que en la voz, y que litigan ante todo por su popularidad. En Pitt ví al hombre de estado, cuyas palabras son hechos, y que en medio del trastorno de la Europa, sostuvo solo su país en la base de su buen sentido y en la constancia de su carácter. Pitt era Mirabeau con mas integridad, pero con menos ingenio. Mirabeau y Pitt han sido mis dos hombres de estado predilectos. A su lado me pareció Montesquieu un disertador erudito, ingenioso y sistemático; Fenelon divino pero quimérico; Rousseau mas apasionado que inspirado, mas instinto que verdad; Bossuet, lengua de oro, alma adúladora, reuniendo en su conducta y en su lenguaje ante Luis XIV el despotismo de un doctor y las atenciones de un cortesano.

De estos estudios históricos y oratorios pasé naturalmente á la política. El sentimiento del yugo, roto apenas, del imperio, y el horror del régimen militar que acabábamos de experimentar, me impelia hácia la libertad. Los recuerdos de familia, el impulso de las amistades, la situación patética de aquella familia real, que despues de haber pasado del trono al cadalso y al destierro, volvía de este al trono; aquella princesa huérfana en el palacio de sus padres; aquellos ancianos coronados de su infortunio; aquellos príncipes, cuya juventud y desgracias debían hacérselo esperar todo, me hacían desear que el trono antiguo y la libertad reciente pudieran conciliarse con aquel reinado de nuestros padres. De este modo el gobierno hubiera tenido los dos grandes prestigios de las cosas humanas: la antigüedad y la novedad, el recuerdo y la esperanza. Este sueño tan hermoso era muy natural á mi edad.

Pero cada dia se disipaba en mi imagi-

nación una parte de este sueño. Veía con dolor que las formas antiguas contienen mal las ideas nuevas, y que la monarquía y la libertad no podrían unirse jamás, sin que esta unión agotase la fuerza del estado; la monarquía sería siempre sospechosa, la libertad vendida.

LXVIII.

De estos estudios generales pasé durante muchos años á un estudio que ocupó tanto mas mi imaginación, cuanto que era mas árido, mas seco, mas glacial, y menos á propósito para el corazón de un jóven lleno de imaginación y de amor. Me refiero á la economía política ó á la ciencia de la riqueza de las naciones. V*** se ocupaba de ella con mas curiosidad que pasión. Los libros italianos, ingleses y franceses que trataban de esta ciencia, llenaban sus estantes. Juntos leíamos estos libros, discutiendo acerca de ellos, y escribiendo las reflexiones que nos sugería esta lectura. La ciencia de la economía política que contenía entonces y contiene hoy dia mas axiomas que verdades, y mas problemas de los que resuelve, tenía para nosotros todo el atractivo de un misterio. Era el texto interminable de esas conversaciones á media voz, en las que trabaja la inteligencia sin distraer el fondo del alma, y que permiten sentir al mismo tiempo la presencia del pensamiento secreto y continuo, oculto en el fondo del corazón. Enigmas cuya significación tratamos de encontrar, pero que no lo hacemos con demasiado interés. Despues de haberlo leído, discutido y anotado todo cuanto pertenecía á aquella ciencia, creí distinguir algunos principios verdaderos en su generalidad, dudosos en su aplicación, ambiciosos en sus pretensiones de clasificar verdades absolutas, y á veces vacíos y falsos en sus fórmulas.

No sabía qué responder, pero mi instinto de evidencia no se hallaba sinceramente satisfecho. Arrojé á mis piés los libros, y esperé la luz. Esta ciencia no había aparecido todavía. Siendo puramente experimental, necesitaba muchos años para poder afirmar tanto. Despues ha madurado, y promete á los hombres de estado algunos dogmas aplicables á las sociedades humanas, y algunos lazos de fraternidad para estrechar mas á las naciones entre sí.

LXIX.

Estos estudios los mezclé con el que me habia llamado mas la atencion desde mi infancia: el estudio de la diplomacia ó de las relaciones que existian entre los gobiernos. Durante mi aplicacion á la economía política, habia escrito un cuaderno de cien páginas tratando de una cuestion que preocupaba entonces vivamente los ánimos. Este cuaderno se titulaba: *¿Qué lugar puede ocupar la nobleza en Francia con un gobierno constitucional?* Traté esta cuestion tan delicada en aquel momento con ese instinto de buen sentido que me habia dado la naturaleza, y con esa imparcialidad de una imaginacion jóven é independiente que se sobrepone sin ningun trabajo á las vanidades, las envidias y las preocupaciones de su tiempo. En él hablaba del pueblo con amor, de las instituciones con inteligencia, y respetaba esa nobleza histórica cuyos nombres han sido largo tiempo el de la Francia misma en los campos de batalla, en la magistratura y en el extranjero. Concluia suprimiendo todo privilegio de nobleza que no fuese la memoria de los pueblos, la cual no se puede suprimir. Pedia una dignidad de par electiva, y demostraba que en un país libre no habia otra nobleza que la de la eleccion; estímulo perfecto para el servicio del país, y digna recompensa del mérito ó de la virtud de los ciudadanos.

Julia, á quien habia prestado este manuscrito para hacerla participe de mis trabajos como lo era de mi vida, lo dió á leer á un hombre distinguido que frecuentaba su íntima sociedad, y hacia el cual tenia una deferencia estremada. Este hombre era Mr. M.***, digno hijo del ilustre miembro de la asamblea constituyente, secretario particular que fué por largo tiempo del emperador, y entonces realista constitucional; uno de esos talentos que no tienen juventud, que nacen maduros y mueren jóvenes, dejando un vacío muy grande. Despues que leyó mi trabajo, Mr. M.*** preguntó á Julia quién era el hombre político que habia escrito aquellas páginas. Ella se sonrió y le dijo que era un jóven que carecia de nombre, de experiencia y de antecedentes. Quiso verme para poderlo creer. Me presentó á él y me manifestó una bondad que despues se troco en una amistad tan verdadera que duró hasta el dia de su muerte.

Mr. de M.*** me presentó á un amigo suyo llamado Mr. de Reynival, hombre de un talento despejado, de un corazón franco y de un carácter jovial, si bien laborioso y grave. En aquella época era el alma de

nuestros negocios extranjeros. Murió en Madrid siendo embajador en este punto. Mr. de Reynival, que habia leído mi obra, me acogió en la casa con esa gracia y esa sonrisa cordial que suprimen la distancia, y que desde el primer moment arrebatan el corazón de un jóven. Era uno de esos hombres, de los cuales gusta aprender, y cuyas menores palabras deben escucharse con fervor. En pocas conversaciones que se tuvieran con este hombre se aprendia mejor la historia de Europa que en una biblioteca diplomática. Poseia admirablemente el tacto, ese génio innato de las negociaciones. A él debo la afición á los altos negocios, los cuales trataba conociendo su importancia, pero sin conocer su peso en la apariencia. Su fuerza lo hacia todo ligero, su facilidad daba á los negocios vida y gracia. Despues de tratarme algun tiempo, me manifestó el deseo de que entrase en la carrera diplomática. El mismo me puso en contacto con Mr. d'Hauterive, director de los archivos, y le autorizó para que me manifestase la coleccion de nuestras negociaciones. Monsieur d'Hauterive, anciano encanecido en los despachos, era la tradicion y el dogma de nuestra diplomacia. Su estatura imponente, su voz sorda, sus cabellos espesos y empolvados, sus cejas largas que caian sobre unos ojos de mirar profundo, le daban el aspecto de un siglo que hablaba.

Recibíome como un padre, y pareció muy contento de trasmitirme la herencia de sus antiguos conocimientos científicos. Me hizo leer, compulsar, trabajar y anotar delante de él en su despacho. Dos veces á la semana iba á estudiar algunas horas bajo su direccion. Siempre me acuerdo con placer de aquel anciano pródigo que se dedicaba de esa manera á la enseñanza de un jóven cuyo nombre casi ignoraba. Monsieur d'Hauterive murió durante el combate de julio de 1830, en tanto que los cañonazos destruian la política de la casa de Borbon y los tratados de 1815.

LXX.

Estas eran las ocupaciones estudiantas que absorbían la mayor parte de mis dias. No deseaba otra cosa; la ambicion de empezar una carrera no era en el fondo sino por mi pobre madre, y por el temor de gastarla su diamante sin darla alguna recompensa mejorando mi suerte. Si me hubieran ofrecido en aquel momento una embajada para salir de Paris y un palacio para abandonar el humilde lecho de mi habitacion,

hubiera cerrado los ojos para no ver la fortuna, y los oídos para no escucharla. En mi felicidad era muy feliz, porque un rayo invisible para los demás alumbraba y abrasaba mis noches.

Mi felicidad comenzaba al caer el día. Generalmente comía solo. Un pedazo de pan, un trozo de buey asado, sazonado con perejil y una ensalada de raíces era mi comida habitual. No bebía sino agua para ahorrarme gastar en un poco de vino, tan necesario, sin embargo, para mejorar el agua desabrida y á veces fétida de París. Veinte cuartos era mi gasto diario de comida. El pobre perro que había adoptado comía también conmigo. Después de comer me acostaba abatido, á causa de la soledad y del trabajo del día; de este modo abreviaba con el sueño las largas horas nocturnas que me separaban del único momento en que verdaderamente comenzaba á vivir: horas que todos los jóvenes de mi edad desistan, como yo mismo lo había hecho antes de mi transformación, á ir á los teatros, á frecuentar los paseos públicos, y á todos esos recreos costosos que tanto abundan en una capital.

Me despertaba á las once y me vestía con esa sencillez esmerada de un joven cuya estatura y cuyos cabellos, algún tanto rizados, le adornan un poco. Unos zapatos limpios, una camisa blanca, un frac siempre negro, cepillado por mis manos y abrochado hasta el cuello, una capa militar que caía sobre mis hombros formando grandes pliegues, y que preservaba mi frac de las salpicaduras de barro de las calles de París; tal era el traje modesto y oscuro que sin revelar mi situación no afectaba lujo ni miseria, y me permitía pasar desde mi soledad á cualquier salón sin atraer las miradas de los indiferentes.

Salía á pié, porque en un carruaje hubiera gastado el dinero que necesitaba para comer un día. Iba por la acera, evitando con cuidado las ruedas de los carruajes. Andaba lentamente sobre la punta de los piés para preservar mis pantalones del lodo, lo cual en un salón bien iluminado hubiera revelado al que carece de carruaje. No me daba prisa, porque sabía que Julia recibía todas las noches en su casa á los amigos de su marido. Antes de llamar esperaba que se hubiese marchado el último carruaje. Hacía uso de esta reserva, no solo para evitar las observaciones que hubieran podido hacerse acerca de la asiduidad con que un joven desconocido visitaba la casa de una mujer tan joven y tan hermosa, sino para gozar solo de sus miradas y de sus palabras,

que se veía obligada á aquella hora con las personas indiferentes que iban á acompañarla. Me parecía que cada uno de ellos me arrebatava una parte de su presencia y de su alma. No verla, oirla ni poseerla solo, era mil veces mas cruel para mí que quedarme encerrado en mi casa.

LXXI.

Con objeto de pasar el tiempo, me paseaba de un extremo á otro de un puente que atraviesa el Sena, casi enfrente de la casa habitada por Julia. ¡Cuántas veces he contado las tablas de aquel puente que resonaban bajo mis plantas! ¡Cuántas monedas de cobre he arrojado al pasar en la taza de oja de lata del pobre ciego que estaba sentado contra el pretil del puente durante la lluvia y la nieve! Rogaba á Dios que mis monedas tuviesen eco en el corazón del desgraciado para obtener en cambio que se marchara uno de los importunos que retardaban mi felicidad durante una larga noche.

Conociendo Julia lo que me repugnaba encontrar en su casa algún extraño, había convenido conmigo en hacer una seña para advertirme de la presencia de los que iban á visitarla. Cuando había gente, entreabraba las puertas de su ventana; cuando alguno de los que quedaban se preparaba á salir, cerraba solo una de las hojas de la puerta. En fin, cuando ya no quedaba nadie las abría de par en par, descorría las cortinas y me dejaba ver desde la otra orilla la claridad de la lámpara colocada sobre la mesa en que leía ó escribía esperándome. Mis ojos no perdían nunca de vista este resplandor lejano, visible é inteligible para mí solo, en medio de tantas ventanas iluminadas, de tantos reverberos, tiendas, carruajes, cafés y demás luces que alumbran durante la noche las fachadas y horizontes de París. Pero todas las demás iluminaciones desaparecían para mí.

No había mas claridad en la tierra, ni mas estrella en el firmamento que aquella pequeña ventana, semejante á un ojo abierto para buscarme en la sombra, y al cual se dirigían sin cesar mis ojos, mi pensamiento y mi alma. ¡Oh poder incomprendible de esa naturaleza infinita del hombre, que puede llenar los espacios de mil universos, y hallarlos todavía demasiado estrechos para su universalidad, ó que puede concentrarse en un punto luminoso y brillante á través de la bruma de un río, entre el océano de fuegos de una ciudad inmensa, y encontrar una

serie infinita de deseos, de sentimientos, de inteligencia y de amor, en esa única luz que apenas podría rivalizar con la luciérnaga de una noche de verano! ¡Cuántas veces he repetido esto mismo al atravesar, envuelto en mi capa, el puente oscuro! ¡Cuántas veces he exclamado al mirar aquel lucero que brillaba á lo lejos: «¡Dios mio, estinguid todas las claridades de la tierra, apagad todos esos globos luminosos del firmamento, y dejad que reluzca eternamente esa claridad, ese astro misterioso de dos vidas! ¡Ese resplandor bastará para iluminar todo el mundo, y será suficiente para mis ojos durante vuestra eternidad!»

¡Ay! ¡despues he visto apagarse esa estrella de mi juventud, esa llama de mi ojos y de mi corazon! He visto cerrada durante muchos años aquella ventana, dejando la habitacion sumergida en una fúnebre oscuridad. Despues la vi abierta un solo dia, y me atreví á dirigir á ella una mirada para saber quién iba á ocupar la habitacion en que *ella* habia vivido. Despues vi asomarse durante el verano á aquella ventana, inundada de sol y llena de vasos con flores, una jóven desconocida que jugaba y se reia con un niño recién nacido, sin sospechar que jugaba sobre un sepulcro, que sus sonrisas hacian derramar lágrimas á un hombre, y que aquella vida era una ironia de la muerte!...

Despues he vuelto muchas noches, y aun vuelvo todos los años para acercarme tímidamente á aquella pared, tocar aquella puerta, sentarme en aquel banco de piedra, mirar el resplandor de los faroles, escuchar los rumores de la poblacion, y figurarme un momento que veo el reflejo de su lámpara, que oigo el metal de su voz, que llamo á la puerta, que me espera y que voy á subir!...

¡Oh memoria! ¿eres un beneficio del cielo, ó un suplicio del infierno?

.

—Perdóname, amigo mio, voy á proseguir mi narracion, puesto que así lo quieres.

LXXII.

Al dia siguiente de mi llegada, Julia me presentó al anciano que le servia de padre y cuyos dias animaba con su ternura y la belleza de su alma.

Recibióme como su segundo hijo. Ya habia sabido por ella nuestro encuentro en Saboya, el afecto paternal que nos profesábamos mutuamente, nuestra correspondencia diaria y aquella simpatia de nuestras almas que se revelaba por la conformidad de nues-

tros instintos, de nuestras edades y de nuestros sentimientos. Conocia la pureza sobrenatural de un cariño que jamás alterarían la naturaleza y la sociedad. Solo se hallaba inquieto y celoso por la felicidad y la vida de su pupila. Solo temia que hubiese sido seducida ó engañada por esas primeras miradas, que son unas veces la revelacion, y otras la ilusion de las jóvenes y hubiese dado su corazon á un hombre creado en su imaginacion. No obstante, mis cartas, de las cuales le habia leído muchos párrafos, le habian tranquilizado algun tanto. Solo mi fisonomia hubiera podido decirle si aquellas cartas revelaban mis sentimientos, porque el estilo puede engañar, pero el rostro nunca.

El anciano me examinó con una atencion que dejaba traslucir cierta inquietud. Pero á medida que me contemplaba y me interrogaba, iba desapareciendo esta inquietud. Su mirada expresaba una satisfaccion interior, se enternecía de confianza y se dirigia á mi con esa amable seguridad, que son las mejores palabras de una primera entrevista. El ardiente deseo de agradar al anciano, la natural timidez de un jóven que conoce que la suerte de su corazon depende del juicio que se va á fallar sobre él, el temor de que esta primera impresion pudiera serme contraria, la presencia de Julia, que me turbaba en vez de animarme, todos esos pensamientos que se leian en la modestia de mi actitud y en el rubor de mis mejillas hablaron por mí, mejor sin duda que yo lo hubiese hecho. El anciano me cogió las manos con ademan paternal y me dijo: «Tranquilizáos, caballero, podeis contar con dos amistades en vez de una en esta casa. Julia no hubiera podido elegir un hermano mejor, ni yo un hijo.» Abrazóme y hablamos como si me conociese desde la niñez, hasta que á eso de las diez entró un criado anciano, que solia venir todas las noches, le dió el brazo para sostenerlo por la escalera y conducirlo á su habitacion.

LXXIII.

Era una vejez la suya llena de encantos, y que no podia desear sino prolongarse largo tiempo. Esta vejez desinteresada y paternal no chocaba de ningun modo al lado de aquella jóven. Era como un resto de sombra de la noche aldo de los primeros albores de la mañana. Pero se conocia que esta sombra era protectora, y de ningun modo marchitaba aquella juventud, aquella inocencia y aquella belleza.

Las facciones de este hombre ilustre eran regulares, como esas líneas puras de los perfles antiguos, descarnadas por el tiempo, pero sin alterarse. Sus ojos azules tenían esa mirada dulce, pero penetrante, de una vista usada que mira al través de una niebla ligera. En su boca brillaba la sonrisa que un padre dirige á sus hijos. Sus cabellos escasos, tanto por el estudio como por la edad, tenían toda la suavidad y las inflexiones de la pluma del cisne. Sus manos eran afiladas y blancas, como las manos de mármol de la estatua que representa á Lénua despidiéndose de Paulina. Su rostro pálido y enjuto por los trabajos de la imaginación no tenía arrugas, porque nunca había sido grueso. Algunas venas azuladas serpenteaban sobre sus sienes aplastadas. En su frente, ese órgano formado por los pensamientos, como la última belleza del hombre, se reflejaban los resplandores de la llama. Sus mejillas tenían ese cutis trasparente y delicado de un rostro envejecido en el retiro, y que no se ha visto nunca combatido por el viento ni por el sol; cutis de mujer que afemina al fin de su vida la fisonomía de los ancianos, y que les da cierto no sé qué de aéreo, de fugitivo y de impalpable, como una sombra dispuesta á desaparecer al menor soplo. Sus palabras maduras, reflexivas, sus frases breves, claras y luminosas, manifestaban que su imaginación había espresado, bien sea hablando ó escribiendo, todos sus pensamientos. Solia intercalar sus frases con largas pausas, como para dar tiempo á que sus palabras se impregnasen en la mente del que las escuchaba. Su lenguaje iba acompañado de cierta gracia y ligereza para impedir que la conversacion fuese demasiado pesada.

LXXIV.

Después de haberle tratado algunos dias, llegué á adorar á este anciano sabio y venerable. Deseaba que si llegaba á envejecer, mi vejez fuese como la suya. Solo una cosa me affigia al contemplarle, y es que avanzaba con paso sereno hácia la muerte sin creer en la inmortalidad. Las ciencias naturales, que habia estudiado profundamente acostumbraron á su imaginación á confiarse exclusivamente en el juicio de su sentido; lo que no era palpable, no existia para él; y lo que no era calculable, no tenia á sus ojos ninguna certeza; la materia y el cálculo componian para él todo el universo; los números eran su Dios, los fenómenos su revelación; la naturaleza, su biblia y su

evangelio; su virtud era el instinto, y no conocia que los números, los fenómenos, la naturaleza y la virtud, no eran mas que geoglíficos escritos en la cortina del templo, y cuyo sentido unánime es: ¡Divinidad! ¡Espíritus sublimes que suben maravillosamente de escalon en escalon la escalera de la ciencia, sin querer llegar al último que os conduce hasta Dios!

No tardó este segundo padre en unirse á mi de tal modo, que muchas veces en la biblioteca quería darme lecciones de las altas ciencias que le habian ilustrado, y que poseia en un grado tan eminente. Solia ir alguna que otra mañana, y Julia subia á la misma hora que yo. Era un espectáculo tierno en verdad ver aquel anciano sentado en medio de los libros, monumentos de los conocimientos humanos, y de la filosofía, cuyas páginas habia leído y vuelto á leer durante su vida, abriendo los misterios de la naturaleza y del pensamiento, á un jóven en pié delante de él, en tanto que una mujer jóven y hermosa, como la Beatriz del poeta de Florencia, les daba los libros que necesitaban, hojeaba las páginas y señalaba cada capitulo con su dedo rosado y trasparente. Circulaba, á través de las esferas, de los globos, de los instrumentos, y de los volúmenes cubiertos con el polvo de la ciencia humana, semejante al alma de la naturaleza que se desembaraza de esta materia para encenderla y hacerla comprender el amor.

A los pocos dias habia aprendido y comprendido mas que en muchos años de áridos y solitarios estudios. Las frecuentes enfermedades, causadas por la edad del anciano, interrumpian algunas veces estas conferencias y estas lecciones matutinas.

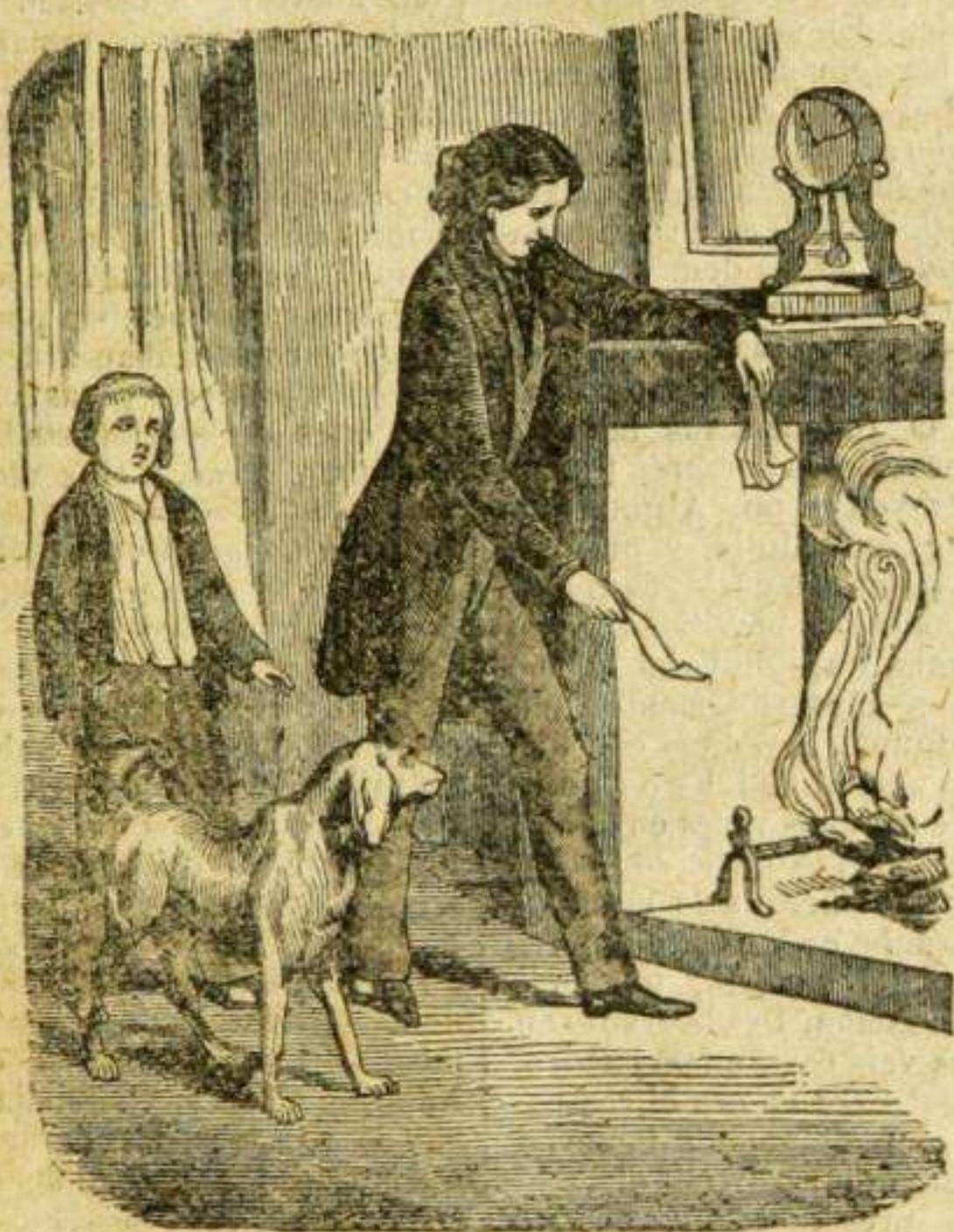
LXXV.

Diariamente iba á consumir una gran parte de la noche, hablando con la que para mí era el dia y la noche, el tiempo y la eternidad. Como ya te he dicho, iba en el momento en que los importunos salian de sus salones. A veces permanecia horas enteras en el puente ó en el muelle, andando de un lado á otro, y esperando que hiciera la seña convenida. ¡Cuántas veces han seguido mis ojos las perezosas olas del Sena, llevando consigo los flotantes resplandores de la luna, ó los reflejos de las luces de la ciudad! ¡Cuántas horas que resonaban en las torres de las iglesias inmediatas ó lejanas, he contado maldiciendo su lentitud ó mas bien precipitación! De tanto oír las, co-

nocia el timbre de las voces metálicas de todas las torres de Paris. Unos dias eran felices para mí, otros nefastos. Unas veces subia sin haber esperado un solo instante; otras no encontraba en la casa sino uno ó dos amigos, los cuales entraban un instante para comunicar la noticia palpitante

das y palabras de predileccion. Despues fué mi maestro. Si algun dia me viese obligado á servir á la patria y á ocupar la tribuna, siempre tendria presente su patriotismo y elocuencia.

Estos hombres se sentaban alternativamente alrededor de la mesita de trabajo de



Arrojé hoja á hoja el volúmen entero.

del dia. Estos eran, en general, hombres parlamentarios, oradores eminentes de las dos Cámaras, Suard, Bonal, Mounier, Reyneval, Lally-Zollendal, anciano de alma juvenil. Lainé, la copia mas pura de la virtud y de la elocuencia antigua que he venerado en estos últimos tiempos; romano de corazon, de lengua y de exterior, solo le faltaba la toga para ser el Ciceron ó el Caton de su tiempo. No pude menos de profesar á este hombre un respeto y admiracion profunda. Mr. Lainé me distinguió con algunas mira-

Julia. Esta se recostaba en su canapé. Yo me quedaba en un rincon de la habitacion, respetuoso y silencioso, lejos de ella, escuchando, reflexionando, admirando ó desaprobandando, pero hablando rara vez á menos que me preguntasen, y no mezclando en aquellas conversaciones sino algunas palabras timidas y reservadas que pronunciaba á media voz. Siempre me he visto muy atado para espresar delante de los hombres mis convicciones. Todos me parecian infinitamente superiores á mí en edad y en autori-

dad. El respeto hácia el tiempo, hácia el gé-
nio y hácia la fama, forma una gran parte
de mi carácter. Un rayo de gloria me des-
lumbra. Unos cabellos blancos me imponen.

Siempre me inclino voluntariamente há-
cia un nombre ilustre. Varias veces he per-
dido mi valor real, pero nunca me he recon-
venido esta timidez. El sentimiento de la
superioridad de los demás, es bueno en la
juventud y en todas las edades. Eleva el
ideal á qué se quiere aspirar. La confianza
en sí mismo es una insolencia hácia la natu-
raleza y hácia el tiempo. Si este sentimien-
to de la superioridad de los demás es una
ilusion, esta ilusion por lo menos engrande-
ce á la humanidad, y vale mas que aquella
que la disminuye. ¡Ay! demasiado pronto
por desgracia se la reduce á sus justas y
tristes proporciones. Estos hombres fijaban
pocas veces la atencion en mí. Algunas de
ellas los veia acercarse á Julia, y pregun-
tarle en voz baja quién era yo. Mi fisonomía
pensativa y la modesta inmovilidad de mi
actitud, les admiraba y agradaba al mismo
tiempo. Acercábanse insensiblemente á mí,
y pronunciaban algunas palabras con una
intencion llena de amabilidad. Esto me ani-
maba á mezclarme algunas veces en la con-
versacion; pero siempre lo hacia con pocas
palabras para manifestarles solo mi reco-
nocimiento. No tardaba en volver de nuevo
á mi oscuridad y á mi silencio, temiendo
prolongar la conversacion. Desde el sitio en
que me hallaba los veia como en un cuadro.
El único interés real para mí era el rostro,
las palabras y el alma de aquella mujer, á
quien no podia contemplar con todo el desco-
que tenia por la presencia de aquellos
hombres.

LXXVI.

¡Qué alegría tan profunda sentia mi co-
razon cuando salia y cuando oia el ruido del
carruaje que conducia al último de ellos!
Cuando nos quedábamos solos ya era bas-
tante tarde. La tranquilidad de nuestras
horas solitarias se aumentaba á medida que
el minuterio del reloj se acercaba á la media
noche. De cuando en cuando oíse el sonido
de algunos carruajes que pasaban por el
muelle, ó los ronquidos del viejo portero
que dormia en el vestibulo sobre una ban-
queta, y al pié de la escalera.

Al principio nos mirabamos sin hablar-
nos, como admirados de nuestra misma fe-
licidad.

Me acercaba á la mesa donde Julia tra-

bajaba á la luz de un quinqué, y la labor se
escapaba de sus distraídos dedos. Nuestras
miradas se confundian, nuestros lábios se
entreabrian, nuestros corazones latian ar-
dientemente, queriendo salirse del pecho.
Nuestras palabras se asemejaban á esas
olas contenidas que pugnan por salirse por
una abertura demasiado estrecha, y solo
gota á gota iban derramando el torrente de
nuestros pensamientos. En medio de la con-
fusion de cosas que teniamos que decirnos,
no sabiamos elegir las que debiamos reve-
larnos mas pronto. Muchas veces guardá-
bamos un largo silencio causado por el es-
ceso de las palabras que se acumulaban en
nuestros corazones, sin poder salir de ellos.
Despues comenzaban á destilar lentamente
como las primeras gotas que caen de las nu-
bes antes de la tempestad. Estas palabras
llamaban otras, y el sonido de voz de la
una arrastraba tras sí el de la otra, así co-
mo un niño que se precipita, arrastra con-
sigo al otro al caer. Nuestras palabras se
confundian sin orden, sin respuesta y sin
sentido; ninguno de los dos queria ceder al
otro la felicidad de espresar un sentimiento
comun. Cada cual creia haber experimenta-
do primero lo que demostraba en sus pen-
samientos despues de la conversacion del
dia anterior ó de la carta de aquella ma-
ñana. Este tumultuoso derramamiento que
nos hacia sonrojar y reir, se apaciguaba al
fin, dando lugar á una apacible expansion
de nuestros lábios, que manifestaban á un
mismo tiempo nuestras diversas ideas.
Nuestras almas se confundian en este cam-
bio de nuestras dos naturalezas, en esta
trasmucion completa de ella en mí y de
mí en ella, por medio de la reciproca
comunicacion de todo cuanto vivia, sentia ó
pensaba dentro de nosotros mismos. No es
posible que dos seres que simpaticen en sus
miradas y pensamientos abran de este
modo su corazon uno ante otro y se reve-
len mas idealmente el fondo misterioso de
sus sentimientos. Esta inocente desnudez de
nuestras almas permanecia casta, si bien
descubierta, como la luz que todo lo deja
ver, pero sin destruir nada. De este modo
nos revelábamos el intachable amor que nos
purificaba y abrasaba al mismo tiempo.

Este amor se renovaba sin cesar con los
mismos resplandores en el alma, las mismas
lágrimas en los ojos, y los mismos sabores
virginales de la primera expansion del al-
ma. Todos los dias eran como el primero.
Todos los momentos se asemejaban á aquel
inefable instante en que nuestras miradas
y nuestro corazon se confunden con las del
objeto amado; todo será siempre flor, per-

fume y enagenamiento, porque el fruto no llegará á recogerse nunca.

LXXVII.

Este amor para espresarse adoptaba todas las formas infinitas con que Dios ha permitido al alma confundirse con el alma á través de la barrera trasparente de los sentidos. Desde la mirada que contiene nuestros sentimientos en un rayo casi inmaterial, hasta los párpados cerrados que parecen recoger [en sí la imagen recibida para impedirle que se evapore; desde la languidez hasta el delirio, desde el suspiro hasta el grito, desde el largo silencio hasta esas palabras inagotables que caen de los labios sin pausa ninguna, que cortan el aliento, que fatigan la lengua, que se pronuncian sin oír las uno mismo, y que en el fondo no tienen otra significacion que la de un esfuerzo inmenso para decir lo que nunca se habrá dicho bastante...

Muchas veces hablábamos así á media voz horas enteras apoyados sobre la mesa, mi rostro [cerca del suyo, confundidas nuestras miradas, sin notar cuánto habia durado la conversacion, y admirados de que los minutos hubiesen corrido al mismo tiempo que nuestras palabras y que el reló fuese á marcar la hora inexorable de separarnos.

Tambien nos dirigíamos preguntas y respuestas acerca de los mas ligeros cambios de nuestra naturaleza y pensamientos; diálogos que pronunciábamos en voz baja, y que mas bien articulaban nuestros alientos que nuestras palabras. Nos confesábamos, sonrojándonos, nuestros mas intimos secretos y sufrimientos. Lanzábamos exclamaciones de felicidad al descubrirnos las mismas impresiones reflejadas una en otra, como la luz en la reverberacion, como la figura en la imagen. Al levantarnos exclamábamos simultáneamente:

«¡Nosotros no somos dos! Somos un solo sér bajo las formas de dos distintas naturalezas. ¿Quién dirá vos al otro? ¿Quién dirá yo? ¡No hay vos, solo hay nosotros!...»

Y al decir esto quedábamos sorprendidos de admiracion, llorando de placer al vernos duplicados de aquel modo; pero conociendo que realmente no éramos sino un solo sér.

LXXVIII.

Generalmente en nuestras conversaciones recordábamos atenta y escrupulosa-

mente todos los sitios, todas las circunstancias, todas las horas que señalaban el principio de nuestro amor, semejantes á una muchacha que deja caer una por una al andar las preciosas perlas de un collar, y luego vuelve mirando al suelo para buscarlas y recogerlas otra vez. No queríamos olvidar ninguno de aquellos lugares, ninguna de aquellas horas, temiendo perder con ellos la memoria y el goce avaro de una sola de nuestras felicidades. Las montañas de Saboya, el valle de Chambery, las cascadas, los torrentes, el lago, los prados cubiertos de musgo, en los que se proyectaba la sombra de los castaños intercalada de algunos rayos de sol que penetraban á través de las ramas, el cielo azul que se traslucia entre el follaje de los árboles, nuestras primeras entrevistas involuntarias en los senderos de la montaña, las conjeturas que hacíamos uno cerca otro nuestros encuentros en el lago antes de conocernos, sus cabellos negros llevados por el viento, mi actitud indiferente, mis miradas, el doble enigma que reinaba entre nosotros, enigma que era un preludio de nuestro eterno amor, el dia fatal de la tempestad y del desmayo, la noche aquella que pasé yo en la oracion en medio de la muerte y de las lágrimas, despertando al dia siguiente en el cielo, nuestra vuelta por la alameda de los álamos á la luz de la luna con nuestras manos entrelazadas, sus lágrimas ardientes, las primeras palabras que arrebataron nuestras almas, la separacion... en fin... todo...

Nunca nos cansaban estos pormenores. Parecia que nos contábamos otra historia que la nuestra.

¡Oh inagotable curiosidad del amor; no eres una pueril distraccion de la hora, eres el amor mismo que nunca se cansa de mirar lo que admira, y que no quiere dejar escapar nada de cuanto pertenece á lo que ama, á fin de tener un motivo mas para amar y alimentar con estos recuerdos ese foco de entusiasmo en que se siente abrasar con placer!...

LXXIX.

Algunas veces lloraba Julia de tristeza, y era sin duda por verme condenado á aquella muerte oculta, pero siempre presente entre nosotros, á no ver en ella mas que un fantasma de felicidad, que él desvaneceria en el momento que quisiera estrecharla contra mi corazon. Sentia haberme inspirado una pasion que nunca me podria hacer feliz!

«¡Oh! quisiera morir, morir pronto, mo-

rir joven y amada, me decia. ¡Si morir, ya que no puedo ser para tí sino el objeto y la ilusion amarga del amor y de la felicidad! ¡Tu delirio y tu súplica al mismo tiempo! ¡Ah! ¡esta es la felicidad mas divina y la condenacion mas cruel en el mismo destino! ¡mateme el amor y sobrevíveme para amar despues segun tu naturaleza y segun tu corazon! ¡Menos desgraciada seré muriendo que lo soy conociendo lo que sufres y causando la muerte de tu juventud y de tu dicha!

—¡Oh blasfemia contra la suprema felicidad!—le respondí cubriendo sus ojos con mis manos temblorosas, para recibir en ellas las lágrimas que derramaban. ¡No calificais de ese modo al hombre que Dios ha creído digno de encontraros, comprenderos y amaros! ¡No hay mas océanos de ternura y de felicidad en esa lágrima que cae de vuestros ojos en mi mano y que bebo como la gota de sangre del suplicio divino de nuestra alma, que en los millares de deseos y de culpables voluptuosidades en que se anegan las vulgares pasiones de que sentis que carezca? ¡Pues bien! ¿he deseado yo alguna cosa mas que este sentimiento mútuo que hace de nosotros dos victimas voluntarias y puras? ¿No es cierto que los ángeles no han presenciado este holocausto eterno del amor, despues del de Heloisa?

¿He maldecido alguna vez mi destino, en medio del delirio de mis horas solitarias, porque este me haya elevado hasta vos sobre todos los demás hombres?

Me ha dado en vos para amar, no una mujer á quien se puede estrechar y marchitar entre unos brazos mortales, sino una encarnacion impalpable y sagrada de la belleza inmaterial. ¿Por ventura el fuego celestial que me abrasa deliciosamente, no consume al mismo tiempo los deseos vulgares que pudiera abrigar? ¿No es tan pura y tan suave esta llama como los rayos de vuestra alma que la han encendido y que la alimentan eternamente con vuestros ojos? ¡Ah! ¡Julia, tened mejor idea de vos misma y no lloreis por las penas que creéis causarme! Yo no sufro. ¡Mi vida es una felicidad prolongada, un sueño del cual vos sois la imágen! Me habeis transformado en otra naturaleza. ¿Sufrir yo? ¡Ay! algunas veces quisiera sufrir, para ofrecer de este modo alguna cosa al destino, en cambio de haberme dado este vuestro amor, aunque no fuese mas que el sentimiento de una privacion ó la amargura de una lágrima. Sufrir por vos seria tal vez la única cosa que derramaria una gota mas en la copa de felicidad de que me veo inundado. No, no; vivir

así es morir, lo sé; ¡pero es morir mas pronto en esta vida para concluir y vivir eternamente en el cielo!»

LXXX.

Julia me creia y yo hablaba con un convencimiento intimo de lo que decia. Cruzaba las manos mirándola, y al fin nos separáramos despues de estos diálogos, guardando ella y yo llevando la impresion de la última mirada y el eco del último acento que debia hacernos vivir y esperar juntos todo un dia.

Así que pasaba el dintel de la puerta la veia abrir su ventana y apoyarse entre las flores sobre la barra de hierro del balcon, siguiéndome con la mirada hasta que me perdía de vista. Yo me volvia á cada ocho ó diez pasos para enviarla mi alma con mi última mirada y mi postrer suspiro. Me parecia que mi ser se dividia en dos partes: mi imaginacion para remontarse y vivir á su lado, y mi cuerpo era el que volvia lentamente á las sombrías y desiertas calles, á fin de llegar á la fonda á que iba á dormir.

LXXXI.

De este modo pasaron sin mas variacion que las de mis estudios y nuestras impresiones, los deliciosos meses del invierno; pero ya estos tocaban á su fin. Ya brillaban en la cima de los tejados los primeros resplandores de la primavera. Mi amigo V^{***} habia partido llamado por su madre, dejándome solo en la pequeña habitacion que habia ocupado durante su estancia en Paris. V^{***} debia volver en el otoño y habia pagado aquella habitacion por todo el año. Aunque estaba ausente, no me dejaba de dar por esto una prueba mas de su hospitalidad fraternal. Mi corazon se oprimió al verlo partir, pues ya no me quedaba nadie á quien hablar de Julia. Mis sentimientos iban á pesar sobre mi corazon, tanto mas cuanto que ya no podia depositarlos en el de otro. Pero este peso era de felicidad; mas no tardó en llegar á ser un peso de angustia, que á nadie podia confiar, y mucho menos á la que amaba.

Mi madre me escribió diciéndome que mi padre habia sufrido tan inesperados desastres de fortuna y tantas incomodidades domésticas, que la casa paterna, tan abundante y hospitalaria en otro tiempo, habia quedado sumergida en una indigencia tal, que mi padre se veia obligado á disminuirme la mitad de mi pension, para atender

con mucho trabajo á la educacion de los otros seis hijos. Segun me decia mi madre, era necesario que buscasc medios honrosos de vivir en Paris con mis esfuerzos, ó bien volver á la casa paterna y vivir en el campo con el pan de todos en la medianía y en la resignacion. La ternura de mi madre me consolaba en medio de esta dolorosa desgracia. En su carta me escribia la felicidad que tendria de verme y me hacia una pintura graciosa de la perspectiva de los trabajos de los campos y de los placeres sencillos de la vida campestre. Por otra parte, algunos jóvenes amigos míos de juego y de placer, de mis primeros años de desorden, me habian encontrado en Paris y me dijeron que se hallaban igualmente sumergidos en la miseria, recordandome algunas de las pequeñas obligaciones que habia contraido con ellos, y suplicándome los socorriese. Poco á poco me despojaron de la mayor parte del tesoro que habia economizado para sostenerme largo tiempo en Paris, y ya iba agotando mis únicos recursos. Así, pues, pensé al fin probar fortuna por medio de la fama. Despues de una violenta lucha que tuve una mañana entre mi timidez y mi amor, venció este. Oculté bajo mi ropa el pequeño manuscrito encuadernado en tafete verde, que contenia mi única esperanza: las poesias. Me dirigí vacilando, y variando algunas veces mi propósito, hácia la casa de un célebre editor de los mas notables de Paris, llamado Mr. D***. Este hombre llamó desde luego mi atencion, porque además de su celebridad como editor, era además un escritor que gozaba en aquella época de bastante consideracion, y habia publicado una coleccion de versos suyos con gran lujo y pompa. Cuando llegué á la calle de Jacob, á la casa de Mr. D***, cuya puerta se hallaba cubierta de nombres gloriosos, tuve necesidad de hacer un esfuerzo sobre mí mismo para pasar el umbral, otro para subir la escalera, otro en fin mas violento que los dos anteriores para llamar á la puerta de su gabinete; pero recordé la imagen adorada de Julia que me animaba, y entré.

Mr. D***, hombre de edad madura, de una fisonomia puramente comercial, hablaba con claridad y brevemente, como un hombre que conoce el valor de los minutos, y me recibió con atencion. Preguntóme lo que tenia que decirle; yo me turbé y comencé á balbucear esas frases ambiguas que ocultan un pensamiento que quiere y no puede expresarse de una vez. Creia adquirir un poco de valor, y por eso trataba de ganar tiempo. Al fin desabroché mi frac. Saqué el cuadernito, lo presenté humilde-

mente y con mano temblorosa á Mr. D***, diciéndole que aquellos versos eran míos, que deseaba se imprimiesen para adquirir, si no la gloria, cuya ridicula ilusion no abrigaba, al menos la atencion y la benevolencia de los grandes hombres de la literatura; que mi pobreza no me permitia hacer los gastos de impresion; que iba á someterle mi obra, y á pedirle que la publicase si despues de haberla leído la juzgaba digna de merecer alguna indulgencia ó algun favor de los grandes talentos.

Mr. D*** se sonrió con una ironía mezclada de bondad, inclinó la cabeza, tomó el manuscrito entre sus dedos acostumbrados á manosear desdeñosamente el papel, dejó mis versos sobre su mesa y me dijo volviéndose de despues ocho dias, y que entonces me daria una respuesta acerca del objeto de mi visita. Me despedí y salí. Estos ocho dias fueron para mí ocho siglos. Mi porvenir, mi fortuna, mi fama, el consuelo ó la desesperacion de mi pobre madre, mi amor; en fin, mi vida y mi muerte se hallaba en las manos de Mr. D***. Unas veces me figuraba que leia aquellos versos con el mismo entusiasmo que me los habia dictado en las montañas ó en las orillas de los torrentes de mi país; que en ellos encontraba el rocío de mi alma, las lágrimas de mis ojos y la sangre de mis jóvenes venas; que reunia á sus amigos ilustrados para que leyesen aquellos versos; y que yo mismo oia desde el fondo de mi habitacion el ruido de sus aplausos. Otras me sonrojaba de haber ofrecido á las miradas de un desconocido una obra tan indigna de la publicidad; de haber vencido mi debilidad por una vana esperanza de triunfo, que se trocaria en humillacion sobre mi frente, en vez de convertirse en oro y alegría entre mis manos. No obstante, la esperanza dominaba mi imaginacion en estos sueños, y me hacia pasar las horas que trascurrian hasta la designada por Mr. D***.

LXXXII.

Al subir la escalera de su casa el último dia, me faltó el valor. Largo tiempo permanecí cerca de la puerta sin atreverme á llamar. Salió una persona, y dejándola abierta no pude menos de entrar. La fisonomia de Mr. D*** era impasible y ambigua como la del oráculo,

Me hizo sentar, y me dijo buscando mi cuaderno, que se hallaba mezclado con otros muchos papeles:

—He leído vuestros versos, caballero; ma-

nifiestan talento, pero carecen de estudio. No se asemejan á nada de lo que se requiere en nuestros poetas. No se sabe dónde habeis buscado las ideas ó imágenes de esta poesia. No se puede clasificar en ningun género determinado. Es lástima, porque en ella hay armonía. Renunciad á esas novedades, que desconocerian el génio francés. Leed á nuestros maestros Delille, Parry, Michaud, Raynouard, Luce-de-Lancival, Fontanes, que son los poetas preferidos por el público. Imitad á alguno de ellos, si quereis que se reconozcan y se lean vuestras poesías. Si publicase este tomo, no os haria un buen servicio.

Al decirme esto, se levantó y me devolvió el manuscrito.

No traté de oponerme al destino; este me hablaba por medio de aquel oráculo. Volví á guardarlo bajo de mi frac, di las gracias á Mr. D***, pidiéndole me disculpase el tiempo que le habia hecho perder, y bajé la escalera con paso vacilante y los ojos llenos de lágrimas.

¡Ah! si Mr. D***, hombre bueno, sensible y protector de las letras, hubiese podido leer en el fondo de mi corazón y comprender que no era la fortuna ni la gloria lo que mendigaba aquel jóven desconocido con su libro en la mano, sino el amor y la vida, estoy seguro de que hubiese impreso la obra; por lo menos el cielo se lo hubiera recompensado.

LXXXIII.

Volví desesperado á mi cuarto. El niño y el perro se asombraron por vez primera de la alteracion de mi rostro y de la obstinacion de mi silencio. Encendí la estufa y arrojé en ella hoja por hoja todo el tomo, sin dejar una página siquiera.

«Puesto que no sirves para procurarme un dia de vida y amor, exclamé sordamente al verlo convertirse en ceniza, ¿qué me importa que se consuma contigo la inmortalidad de mi nombre! ¿Mi inmortalidad, no es la gloria, sino mi amor!»

Al anochechar salí á la calle. Vendí el diamante de mi pobre madre, que habia conservado hasta entonces con la esperanza de sacar su valor del producto de mis versos, y devolverla su anillo intacto. Besé furtivamente y humedecí con mis lágrimas aquel diamante al tiempo de entregarlo al diamantista. Este pareció conmoverse; comprendió que no lo habia robado, en el dolor que no pude menos de experimentar al dárselo. Al contar los treinta luises que me

dió, mis dedos dejaron caer el oro, como si hubiese sido el premio de una profanacion. ¡Oh! ¡cuántos diamantes que valiesen veinte veces mas hubiera dado despues para rescatar aquella pobre piedra que era para mi una parte del corazón de mi madre! ¡Una lágrima de sus ojos! ¡La luz de su amor!... ¿A qué manos habrá pasado la sortija?

LXXXIV.

Entretanto habia llegado la primavera. Las Tullerías cobijaban por la mañana á los ociosos bajo la verde sombra de las hojas y el embalsamado ambiente de los castaños. Desde lo alto de los puentes divisábanse, al otro lado del horizonte de piedra de Chaillet y de Passy, las dilatadas líneas ondulosas y verdes de las colinas de Fleurij, de Mendon y de Saint-Cloud. Estas colinas parecian salir como islas de soledad y de frescura de aquel océano calizo, produciendo en mi corazón crueles remordimientos. Proveian estos de las imágenes, de los recuerdos y de las bellezas de la naturaleza que habia olvidado durante seis meses. Por la noche la luna flotaba quebrando sus resplandores sobre las aguas del rio. El astro pensador abria á la estremidad del cauce del Sena luminosas avenidas y perspectivas fantásticas, donde la vista iba á perderse en paisajes de vapor y de sombra. El alma seguia involuntariamente á los ojos. Las fachadas de las tiendas, los balcones y las ventanas de las casas estaban cubiertas de tiestos de flores, esparciendo sus perfumes sobre la cabeza de los transeuntes. En los extremos de las calles y de los puentes, los vendedores de flores, sentados detrás de un entapizado de plantas esparcidas, agitaban los ramos de lilas como para embalsamar la ciudad. En la habitacion de Julia, el hogar de la chimenea, trasformado en gruta de musgo, las consolas, las mesas, sostenian jarrones llenos de violetas, de azucenas, de rosas y de primaveras. ¡Pobres flores arrebatadas á sus campos! Semejantes á las golondrinas aturdidas que penetran dentro de una habitacion, y que se rozan las alas contra las paredes, anunciando los dias hermosos de abril.

El perfume de aquellas flores nos llegaba hasta el corazón. Nuestros pensamientos nos conducian naturalmente por la impresion de los olores y de las imágenes á aquella naturaleza en cuyo seno habiamos vivido tan solos y tan dichosos. Habiamosla olvidado en tanto que los dias habian sido sombríos, el cielo triste, el horizonte nebu-

loso. Encerrados en la pequeña habitación en que unó para el otro eramos el universo entero, no pensábamos que existiese otro cielo, otro sol, otra naturaleza mas allá de nosotros.

Estos hermosos días, vistos por entre los edificios de una inmensa ciudad, vinieron á recordárnoslo. Nos asustaban, nos inducian por un invencible instinto á contemplanlos, á saborearlos, á aspirarlos mas de cerca en los alrededores de Paris. Parecíanos al abrigo aquellos deseos irresistibles y formando aquellos proyectos de lejanos paseos por los bosques de Fontainebleau, de Vincennes, de Saint-Germain ó de Versailles, que íbamos á volver á encontrar nuestros bosques y nuestras aguas en los valles de los Alpes. Al menos veríamos el mismo sol y las mismas sombras; reconoceríamos entre las ramas de los árboles los sonoros gemidos de los mismos vientos.

La primavera, que daba pureza al cielo y sávia á las plantas, confundia en el corazón de Julia una juventud mas palpitante y mas completa. Los colores de sus mejillas eran mas vivos; los rayos de sus ojos mas azulados y mas penetrantes; sus palabras tenían mas emoción en su acento; su languidez mas suspiros; su modo de andar mas recuerdos de la juventud.

Una fiebre de vida la agitaba aun en la inmovilidad de su habitación. Esta dulce fiebre abocaba las palabras sobre sus labios, imprimiendo el desasosiego á sus piés. Por las noches descorría Julia las cortinas; á cada momento se apoyaba en el borde de la ventana para aspirar la frescura del agua, los rayos de la luna, las bocanadas de aire vegetal, que recorriendo el valle de Meudon llegaban tibias hasta dentro de las habitaciones.

—¡Oh! ¡demos, le decia, algunos días de fiesta á nuestras almas entre tantos días de felicidad! ¡Nosotros, los mas sensibles y reconocidos de todos esos seres por quienes Dios reanima su tierra y sus cielos, no seamos los únicos para quienes los reanime en vano! Rodeémonos de ese aire, de esa luz, de ese verdor, de ese ramaje, de ese océano de vegetación y de vida que inunda la tierra en estos momentos. Vamos á ver cómo las obras de la creación no han envejecido el espacio de un día, cómo no ha menguado nada, ni una ola, ni una nota, ese entusiasmo que cantaba, que gemía, que amaba y que gritaba dentro de nosotros sobre las montañas ó sobre las aguas de Saboya.

—¡Oh! sí, vamos, respondia ella; no podremos sentir nada mas, no amaremos mejor que entonces, no bendeciremos de otro

modo; pero habremos hecho testigo de la felicidad de dos pobres seres á un nuevo rincón de la tierra. El templo de nuestro amor que no existia sino sobre aquellas queridas montañas, estará en todos los sitios en que yo haya caminado y respirado contigo.

El anciano nos animaba hácia aquellos paseos por los hermosos campos de las cercanías de Paris. Tenia la esperanza, sostenida por los médicos, de que el aire vegetal, la influencia del sol que todo lo solidifica, y un moderado ejercicio al aire libre, afirmarían la enfermiza delicadeza de los nervios de Julia, y darian elasticidad á su corazón. Todos los días serenos del principio de la primavera, por espacio de cinco semanas, iba yo á buscarla por la mañana. El carruaje en que subíamos iba enteramente cerrado para evitar las miradas y las observaciones indiscretas que conocidos y desconocidos pudieran hacer al ver una jóven tan escantadora sola con un hombre de mi edad. No me parecia á ella lo bastante para pasar por su hermano. Bajábamos del carruaje á la entrada de los bosques, al pié de las colinas, y á las puertas de los jardines de las cercanías de Paris. Preferíamos en Fleury, en Meudon, en Sevres, en Sartory y en Vincennes, las mas largas y solitarias calles de árboles tapizadas de yerbas en flor, que el casco de los caballos no habia hollado nunca, á escepcion de los días en que los reyes salían á cazar. Allí no encontrábamos sino algunos niños ó algunas pobres mujeres que escarbaban la tierra con un cuchillo para recoger achicorias. De tiempo en tiempo alguna cierva espantada se abria paso por entre las hojas, y atravesaba la calle de árboles, perdiéndose despues de habernos mirado un momento en la espesura de los bosques. Marchábamos en silencio tan pronto el uno delante del otro, como asidos del brazo.

Hablábamos del porvenir, de la felicidad de poseer una sola de aquellas yugadas de tierra deshabitadas, con una pequeña casa de guarda, bajo una de aquellas viejas encinas. Pensábamos en alta voz. Cogíamos violetas y flores de todas clases, con las que formábamos geroglíficos que cambiábamos mutuamente. Conservados entre las hojas del eléboro, confiábamos á estas cartas de flores una mirada, un suspiro ó un deseo, reservándonos leerlas para cuando nos hubiésemos separado. Ellas debían recordar perpétuamente lo que no queríamos dejar escapar á nuestra memoria de aquellas deliciosas conversaciones.

Nos sentábamos á la sombra y á la ori-

lla de aquella calle de árboles. Abriamos un libro, que procurábamos leer, pero nunca pudimos llegar al fin de la primera página. Queríamos mejor leer en nosotros mismos las páginas inagotables de nuestras sensaciones. Iba á buscar leche y pan moreno á alguna posesion cercana y comíamos sobre la yerba, arrojando á las hormigas el sobrante de leche, y á los pájaros las migas del pan.

Volvíamos al ponerse el sol al tumultuoso océano de París, cuyo ruido y movimiento nos oprimia el corazon. Dejaba á Julia á la puerta de su casa, embriagada con el placer del dia, y yo volvía lleno de felicidad á mi solitaria habitacion, golpeando sus paredes para que me devolviesen la luz, la naturaleza y el amor de que me privaban. Comia sin apetito. Leía sin fijarme. Encendia mi lámpara y esperaba, contando las horas, á que llegase el momento deseado para atreverme á volver á la puerta de Julia, y pedir á la noche la continuacion de la entrevista de la mañana.

LXXXV.

Al dia siguiente volvíamos á emprender los mismos paseos. ¡Ah! ¡cuántos tróncos de los árboles están señalados por mí en aquellas selvas, con los signos que me los hará conocer para siempre! Estos árboles son aquellos á cuya sombra se sentó, al pié de los cuales aspiró en oleadas de vida un rayo de sol ó una bocanada de aire embalsamado de los bosques. ¡El pasajero indiferente ve esos árboles sin imaginar que son para alguno las columnas de un templo, cuyo adorador está sobre la tierra y cuya divinidad está en el cielo! ¡Al presente voy aun á visitarlos una ó dos veces cada primavera en los aniversarios de estos dichosos paseos! Cuando el hacha los derriba, se me figura que me hiere y que arranca un pedazo de mi corazon.

LXXXVI.

En la cima mas elevada y mas habitualmente solitaria del jardin de Saint-Cloud, en el sitio en que la loma de la colina se redondea para inclinarse en dos pendientes opuestas, una hácia el valle de Sevres y la otra hácia la esplanada de la casa, hay un espacio formado por la confluencia de tres calles de árboles. Allí se reunen estas sobre un campo de verdor. La vista descubre de lejos algun raro paseante que viene por la

mañana á turbar su tranquilidad. Este promontorio de la colina domina la llanura de Yssy, la corriente del Sena y el camino de Versailles. Contenido por las tres leguas de la selva que se adelantan en triángulos entre las calles que allí se reunen, bañado en sombra por los inmensos árboles que la rodean, se asemeja á un lago redondeado, en el que las yerbas y el follaje hacen las veces de olas. Si se dirige la vista hácia el valle de Sevres, no se tiene otra perspectiva que un estenso campo en cuesta. Esta descendiendo rápida hácia la corriente del agua, como una cascada de verde heno movido por el viento á manera de olas. Este campo va á perderse en el fondo del valle en negras masas de arbustos de un soto poblado de corzos; por encima de estos arbustos se ven, al otro lado del Sena, los inmensos techos de pizarra azulada y la cima de los jardines majestuosos de Meudon que se dibujan sobre el cielo de verano. Sobre este promontorio, donde se disfruta á la vez de la elevacion de una montaña, del silencio y del abrigo de un valle y de la soledad de un desierto, veníamos á descansar con frecuencia. Allí respira mejor el pecho, el oido escucha con mas recogimiento, y el alma toma desde mas alto su vuelo por cima de los horizontes de la vida.

Subimos allí una de las primeras mañanas del mes de mayo, á la hora en que la inmensa selva no tiene mas huéspedes que los gamos que van á saltar sobre sus calles desiertas. Algun guarda que otro suele muy de tarde en tarde cruzar por ellas como un punto negro al fin de los horizontes. Nos sentamos en el sétimo árbol que forma el semicírculo de la esplanada que da frente á la campiña de Sevres. Hay siglos enteros bajo la cubierta viviente de aquella encina y en las divisiones de sus ramas. Sus raíces, hinchándose de sávia para alimentar su tronco y sostenerle, han hecho desprender la tierra de alrededor, y le rodean de un declive de musgo que forma un banco natural, cuyo dosel es la misma encina, y cuyos pabellones son sus ramas bajas.

La mañana estaba tan trasparente como el agua del mar al elevarse el sol, visto desde un cabo de las islas del Archipiélago. Los rayos ya abrasadores del verano se desprendian de un cielo limpio sobre la colina. Estos rayos volvian á salir de las espesuras en alientos tibios como las olas impregnadas del sol que vienen á lamer en la sombra el pié de la jóven que se baña. No se oia otro ruido que el de algunas hojas secas del invierno precente, que caian á las pulsaciones de la sávia al pié del árbol

ara hacer lugar á las nuevas apenas desarrolladas; el del vuelo de las aves que rozaban sus alas contra las ramas al aproximarse á los nidos, y un vago y universal susurro de insectos insaciables de luz que salían y entraban como un polvo ténue á la menor ondulacion que el viento imprimía sobre los sembrados de henó en flor.

LXXXVII.

Habia tal consonancia entre nuestra juventud y aquella juventud del año y del día, una armonía tan completa entre aquella luz, aquel calor, aquel esplendor, aquellos ruidos alternados, aquel éxtasis reflexivo de la naturaleza y nuestras propias sensaciones; nos sentíamos tan deliciosamente confundidos y como trasfigurados en aquel aire, en aquel firmamento, en aquella vida, en aquella paz, en aquella visible inmutabilidad de la obra de Dios á nuestro alrededor, nos poseíamos tan completamente uno á otro en nuestras sensaciones superabundantes, pero satisfechas, se bastaban á sí mismas, no teniendo aquella soledad, que nuestros pensamientos y que fatigarse interiormente en buscar palabras para presentarse al exterior. Nada mas podían contener ya nuestros corazones, aunque eran bastante grandes para contenerlo todo. Nada procuraba escaparse de ellos, y apenas se nos hubiera oído respirar.

No sé cuánto tiempo permanecimos de aquel modo, mudos é inmóviles, uno al lado del otro, sentados sobre las raíces de la encina, con las manos ante los ojos, la frente entre las manos, con los piés al sol sobre la yerba y la cabeza en la sombra. Pero cuando levanté esta, la sombra habia ya retrocedido delante de nosotros toda la estension de los pliegues del vestido del Julia. Yo la miré, Julia levantó la cabeza como impulsada por la misma fuerza que me habia hecho levantar la mia. Me miró, y sin poder decir una sola palabra brotaron de sus ojos dos manantiales de lágrimas.

—¿Por qué llorais? la dije con inquieta solicitud, pero en voz muy baja, temiendo turbar sus silenciosos pensamientos.

—Lloro de felicidad, me respondió. Y la sonrisa se pintaba en sus labios, en tanto que gruesas lágrimas bañaban y brillaban sobre sus mejillas como un rocío de la primavera.

—Oh! ¡sí, lloro de felicidad, prosiguió; este día, esta hora, este cielo, este sitio, este pan, este silencio, esta soledad, esta completa

asimilacion de nuestras almas, que no necesitan hablar para oírse, y que respiran para los dos en un solo aliento; esto es demasiado; es demasiado para una naturaleza mortal que el exceso de alegría puede ahogar lo mismo que el exceso de dolor, y que no teniendo un grito en el pecho, gime por no poder gemir, y llora por no poder dignamente dar las gracias!...

Y se detuvo un momento. Sus mejillas se colorearon. Temí que la muerte la arrebatase en su éxtasis; pero su voz me tranquilizó en el momento.

—¡Rafael! ¡Rafael! exclamó con una solemnidad tal que me asombró, y como si me hubiese anunciado una cosa largo tiempo y dolorosamente esperada. ¡Rafael, hay un Dios!

—¿Y quién os lo ha revelado, y por qué hoy y no otro día? la dije.

—¡El amor! me contestó levantando pausadamente hácia el cielo sus hermosos ojos llenos de lágrimas: sí, el amor que siento correr á torrentes dentro de mi corazón con murmullos y estremecimientos que nunca habia experimentado con tanta violencia y con tanta paz.

«No, ahora no lo dudo, prosiguió con un acento en que la seguridad se mezclaba á la alegría; el manantial que anega mi alma en tanta felicidad no puede emanar de la tierra, y este manantial no puede perderse habiendo brotado una vez. ¡Hay un Dios, hay un amor eterno, y el nuestro no es mas que una gota de ese amor, que iremos á confundir juntos en el divino océano de donde la hemos tomado! ¡Este océano es Dios; le he visto, le he sentido, le he comprendido en este momento por medio de mi felicidad! ¡Rafael, yo no os amo; vos no me amais; a Dios únicamente es á quien adoramos, siendo el uno para el otro el intermedio de este amor! ¡Ambos le adoramos á través de estas lágrimas de felicidad que nos revelan y nos ocultan á la vez el fuego inmortal de nuestros corazones! ¡Perezcan, continuó con mas animacion en sus palabras y en sus miradas; perezcan los vanos nombres que hasta aqui habiamos dado á nuestros éxtasis amorosos! Un solo nombre puede únicamente expresarlos, el que acaba de serme revelado en este momento. ¡Dios, Dios, Dios! repitió como si hubiese querido acostumbrarse á un lenguaje nuevo. De aquí en adelante el sentimiento que ocupe nuestro corazón, no será amor para nosotros, sino una sagrada y deliciosa adoracion. Rafael, ¿me comprendes? Ya no sereis Rafael, sino el culto de mi Dios.»

Nos levantamos, impulsados por el en-

tusiasmo, abrazamos el tronco del árbol y le bendijimos por la inspiracion que habia descendido de sus ramas. ¡Le dimos un nombre, llamándole el árbol de la adoracion! Bajamos á pasos lentos la pendiente de Saint-Cloud, y nos internamos en el bullicioso Paris. Pero Julia entró en él con el conocimiento de Dios, hallado por fin dentro de su corazon, y yo con la alegría de verme en aquel luminoso manantial interior de consuelo, de esperanza y de paz.

LXXXVIII.

Los gastos que me veia obligado á hacer para acompañar casi todos los dias á Julia á aquellos paseos, habian reducido de tal modo el producto de la venta del último diamante de mi madre, que solo contaba 10 luises. Caia en un acceso de desesperacion al tiempo de contar por las tardes el escaso número de dias de felicidad que representaba aquella cortísima cantidad. Me hubiera avergonzado de confesar á la que amaba el exceso de mi indigencia, porque siendo ella por sí poco rica, hubiera querido darme cuanto poseia. Mis relaciones con ella se hubieran degradado á mis ojos, y tenia en mas el amor que la vida, habiendo preferido morir á envilecer mi amor.

La vida seductora que habia llevado todo el invierno en la oscuridad de mi alcoba; la constancia de mis estudios; la presencia de un solo pensamiento; la falta de sueño por las noches, y mas que todo el aniquilamiento moral que el desbordamiento continuo de las fuerzas del alma hace experimentar á un corazon demasiado débil para resistir á un éxtasis no interrumpido de diez meses, habian minado mi organizacion. Bajo la máscara de un rostro pálido y descarnado, era mi sér una llama que ardia sin alimento, que debia consumir su propio hogar. Julia me suplicaba que respirase por algun tiempo el aire natal y que conservase mi vida, aun á espensas de su felicidad. Me envió su médico para añadir la autoridad de la ciencia á las súplicas del amor. Este médico, ó mejor dicho este amigo, que se llamaba el doctor Alain, era uno de esos séres de bendicion, cuya fisonomía parece atraer un reflejo del cielo sobre la buhardilla del pobre á quien van á visitar. Padeciendo él mismo una enfermedad del corazon, consecuencia de una pasion pura y llena de misterio por una de las mujeres mas bellas de Paris; poseedor de una pequeña fortuna, que bastaba á la sobriedad de su

vida y á sus caritativas limosnas; hombre de una piedad sin límites, activa y tolerante, no ejercia su profesion sino con algunos amigos y para los necesitados. Su medicina era la amistad y la caridad en accion. Esta profesion, tan noble cuando no es avara, ejercita de tal modo la sensibilidad humana, que empezando por ser una ciencia, acaba por ser una virtud. La medicina habria llegado á ser para el desgraciado doctor Alain aun mas que una virtud: ¡era una pasion por aliviar las miserias del alma y del cuerpo, á veces tan encadenadas unas á otras! Alain era el portador de la religion y de la salud al mismo tiempo, y hacia resplandecer la tranquilidad y la inmortalidad aun sobre la misma muerte.

Le he visto morir algunos años despues con la tranquilidad de los justos; habia de antemano hecho el aprendizaje sentado en la cabecera de los moribundos. Encadenado á su cama y sin movimiento durante seis meses de agonía, contaba con la vista las horas que le separaban de la eternidad en un reló de péndola que tenia á los piés de la cama. Veíase entre sus manos un Crucifijo, simbolo de la paciencia. Sus miradas no abandonaban nunca á aquel amigo divino, como si estuviese conversando con él al pié de la cruz. Cuando el dolor sobrepujaba á sus fuerzas, hacia que le aproximasen el Crucifijo á la boca, y sus quejidos se confundian con sus oraciones. Descansaba, en fin, en sus esperanzas y en el mucho bien que habia hecho. Encargó á los pobres que acumulasen ante su muerte el tesoro de piedad que él les habia repartido, y murió sin dejar herencia alguna en una buhardilla y sobre una pobre cama. Los pobres se encargaron de la conduccion de su cuerpo, dándole una sepultura de caridad en la tierra comun. ¡Oh alma santa, que aun vió sonreír y presentarse sobre aquel rostro de bondad y de beatitud intima tanta virtud! ¿Seria para tí una mentira? ¿Te habrás evaporado como el reflejo de mi lámpara sobre tu retrato, cuando mi mano retira la luz que me ha servido para contemplarte? ¡No, es imposible! Dios es justo y fiel, y no te hubiera engañado á tí que no hubieras sido capaz de engañar á un niño.

LXXXIX.

El médico se aficionó á mí con el interés mas tierno. Hubierase dicho que Julia le habia comunicado una parte de su amor. Comprendió perfectamente mi enfermedad, sin dejarme sospechar que lo habia conoci-

do. Era demasiado buen práctico en si mismo para desconocer en otros una afeccion moral; me mandó salir al momento de Paris bajo pena de muerte, haciéndome conocer su sentencia por boca de Julia, comunicándola sus temores. Valióse de la tierna autoridad del amor para arrebatarme al amor, y dulcificó la separacion con la esperanza. Dispuso que primero estuviese algun tiempo con mi familia, y que despues tomase los baños de Saboya, donde Julia se reuniria conmigo, de orden suya, al principio del otoño. Su piedad no apareció alarmarse por los síntomas de una mútua pasion que no podia desconocer entre ambos. Este fuego era á sus ojos una falta; pero era tambien una purificacion. Su fisonomia no revelaba otra cosa que la indulgencia del hombre y la piedad de Dios. De este modo desató, para salvarnos, el lazo que enos iba á ahogar á entrambos. Consentí por último en marchar el primero. Julia me juró que tardaria poco en seguirme. ¡Ay! sus lágrimas, su palidez, el temblor de sus labios lo aseguraban aun mejor que sus mismos juramentos. Quedó convenido en que yo saldria de Paris en el momento que las fuerzas me permitiesen viajar. El dia 18 de mayo fué el señalado para mi partida.

Resuelta ya una vez nuestra separacion, contábamos los minutos por horas y las horas por dias. Hubiéramos querido acumular y concentrar los años en un segundo para disputar y arrancar anticipadamente al tiempo la felicidad de que íbamos á disfrutar durante tantos meses. Estos dias fueron dias de felicidad, al mismo tiempo que de angustia y agonía. Sentíamos en cada entrevista, en cada mirada, en cada palabra el frio del siguiente dia que se iba aproximando. Estos placeres no son placeres sino tormentos del corazon y suplicios del amor.

Dedicamos á nuestra despedida todo el dia que precedió á mi viaje. Quisimos darnos este adios, no á la sombra de las paredes que ahogan el alma y á la vista de las personas indiferentes, sino bajo el cielo, al aire libre, á la luz del dia y en la soledad y el silencio. La naturaleza se asocia á todas las sensaciones del hombre. ¡Ella las comprende y las siente como un invisible amigo y confidente! ¡Ella las eleva al cielo para concentrarlas y divinizarlas!

XC.

En la mañana de este dia de despedida, un carruaje de alquiler nos conducia por las

calles de Paris, con los vidrios bajos y corridas las cortinas. Atravesamos de este modo las calles solitarias de los barrios altos de Paris, que van á desembocar á las altas paredes del cercado de Mousseau. Este jardin, reservado entonces exclusivamente á los paseos de los príncipes que le poseian, no se abria sino á la presentacion de una esquila de entrada, que se daban con mucha parsimonia á algunos estrajeros ó á algunos viajeros curiosos por ver aquella obra curiosa de la vejetacion. Habia yo logrado algunas de estas esquelas por medio de uno de los antiguos amigos de mi madre, que pertenecia á la casa de los príncipes. Escogí este sitio solitario, porque sabia que sus dueños estaban fuera de Paris; que las entradas no se permitian durante la ausencia, y que los mismos jardineros estarían fuera de allí para disfrutar á sus anchuras de un dia de vacacion.

Este magnifico desierto plantado de bosques, cortado por los prados, regado por aguas corrientes ó por estanques silenciosos, poetizado de monumentos, de columnas, de ruinas, representaciones del tiempo en que el arte ha imitado la antigüedad de las piedras y cuyos restos carcomia la yedra, no debia tener por aquel dia otros huéspedes que la luz, los insectos, las aves y nosotros. ¡Ay! ¡nunca su césped y sus hojas fueron regados con mas lágrimas!

Cuanto el cielo estaba mas templado y resplandeciente, tanto mas combatian sobre la yerba las sombras y la luz al soplo del viento del verano, como la sombra de las alas de una ave que persigue á otra; con tanta mayor armonía lanzaban los ruiseñores al aire sonoro sus cánticos dulces y felices; con mas pureza reflejaban las aguas sobre su espejo trasparente las siempre vivas, las margaritas y azucenas de variados colores que tapizaban el borde su cauce; tanto mas triste era para nosotros aquella alegría, y tanto mas la resplandeciente tranquilidad de una mañana de primavera contrastaba con la nube sombría que gravitaba sobre nuestros corazones. En vano procurábamos engañarnos un momento esparciendo la imaginacion sobre la belleza del paisaje, sobre el brillo de las flores, sobre los perfumes del aire, sobre el espesor de las sombras y sobre el recogimiento de aquellos lugares que hubieran bastado á contener la felicidad de un mundo de amor. Dirigiamos, meramente por complacencia, una mirada distraida sobre tantas bellezas; pero esta mirada se dirigia bien pronto al suelo. Nuestros acentos, respondiendo con efímeras fórmulas de alegría y de admira-

cion, hacian traicion al vacío de palabras y á la ausencia de nuestros pensamientos; unas y otros estaban fijos en otra parte.

En vano nos sentamos de vez en cuando al pié de los bosques de embalsamadas lilas, bajo el verde ramaje de los mas hermosos cedros, sobre los restos labrados de las columnas mas sepultadas en la yedra, al borde de las aguas mas silenciosas y mas recogidas de los estanques, para pasar allí las largas horas de una última entrevista. Habiamos escogido apenas uno de estos sitios, cuando una vaga inquietud nos impulsaba á abandonarlo para buscar otro.

Aquí la sombra, allí la luz, mas allá el ruido importuno de la cascada, ó el obstinado canto del ruiseñor sobre nuestras cabezas, haciamos amargo aquel placer y odioso aquel espectáculo. Cuando el corazón se agita poderosamente en el pecho, toda la naturaleza nos hace daño. El mismo Eden seria un suplicio siendo testigo de la separacion de dos amantes.

Cansados por fin de andar errantes, sin hallar un abrigo contra nosotros mismos por espacio de dos horas, concluimos por sentarnos al lado de un puentecillo colocado sobre un arroyo, un poco separados el uno del otro, como si el ruido de nuestra respiracion nos hubiese importunado, ó como si hubiésemos querido instintivamente ocultarnos uno á otro el sordo murmullo de los sollozos interiores que sentiamos próximos á estallar en nuestro pecho. Por largo tiempo contemplábamos distraidos la corriente verdosa del arroyo que se sumergia lentamente en el arco del puentecillo. Tan pronto arrastraba en su cauce una hoja blanca de la azucena caída, tan pronto un nido vacío que el viento habia esprendido de los árboles. De repente vimos flotar sobre aquellas aguas con las alas inmóviles y abiertas el cuerpo de una golondrina de primavera. Se habia ahogado, sin duda, al beber de aquella copa antes de que sus alas tuviesen la fuerza suficiente para sostenerla. Esta golondrina nos recordó la que habia caído muerta á nuestros piés desde lo alto de lo torre desmantelada del antiguo castillo al borde del lago, y que nos habia entristecido como un funebre presagio. El ave muerta pasó lentamente por delante de nosotros; y la superficie del agua, sin hacer un solo pliegue, la arrastró y la sumergió poco á poco en la profunda oscuridad del cerco del puente. Así que hubo desaparecido el cuerpo del ave, vimos otra golondrina pasar y repasar cien veces bajo el arco, dando gritos lastimeros y rozando sus alas

contra la bóveda. Nos miramos involuntariamente. No podré explicar todo cuanto dijeron al encontrarse nuestras dos miradas; pero la desesperacion de un pobre pájaro encontró nuestros párpados tan llenos, y nuestros corazones tan á punto de estallar, que en el mismo momento volvimos ambos la cabeza y rompimos á llorar. Una lágrima arrastraba otra lágrima; un pensamiento á otro; un presagio á otro presagio; un sollozo á otro sollozo. Intentamos hablarnos, pero el acento entrecortado de la voz del uno quebrantaba aun mas la del otro: concluimos por ceder á la naturaleza y por verter en silencio todas las lágrimas que guardaban nuestros ojos y nuestro corazón. La yerba se regó con ellas, el viento las enjugó, las bebió la tierra, Dios las contó, y los rayos del sol las elevaron en vapores.

No quedaba ya una sola gota de angustia en nuestras almas cuando levantamos la cabeza el uno ante el otro, casi sin vernos, al traves de la nube de nuestros ojos. Tal fué nuestra despedida: una imagen fúnebre, un océano de lágrimas, un silencio eterno. Nos separamos de este modo y sin volvernos á mirar, temiendo la reaccion de aquella mirada. Aquel jardín de nuestro amor y de nuestro adios no volverá á ver nunca la huella de mis pasos.

XCI.

Al dia siguiente salí de Paris aturdido y silencioso, con la cabeza envuelta en la capa, entre cinco ó seis desconocidos que hablaban alegremente de la calidad del vino y del precio de la comida de la posada, en uno de esos carruajes en que se amontonan las personas que viajan sobre las colinas del camino del Mediodía. No desplegué una sola vez los labios durante aquel largo y triste viaje.

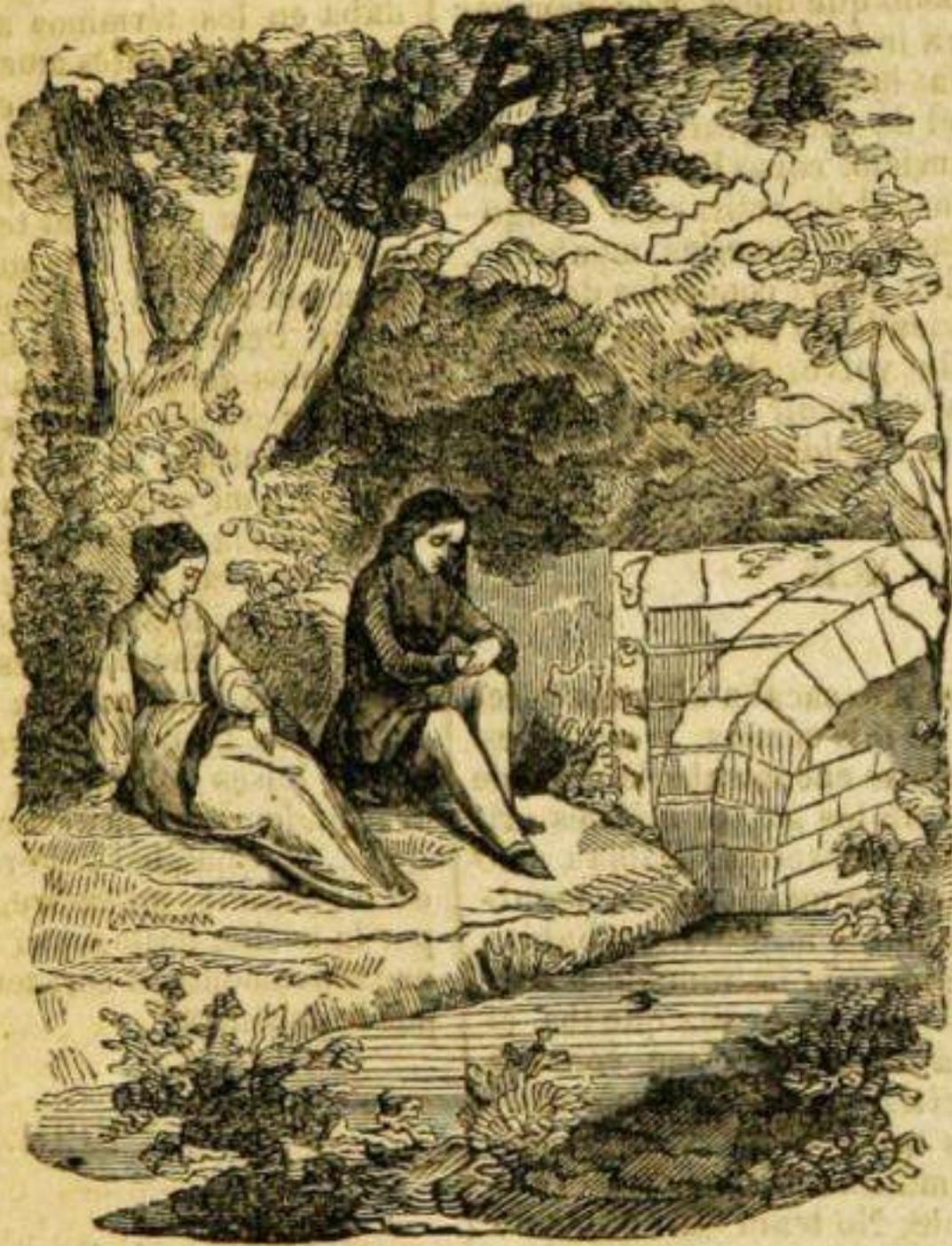
Mi madre me recibió con aquella ternura serena y resignada que á su lado daba aun á las mismas desgracias un viso de felicidad. No la llevaba otra cosa que un cuerpo enfermizo, esperanzas fallidas, su diamante gastado inútilmente en obsequio de mi porvenir, una melancolía que ella atribuía á mi ociosa juventud, á una imaginacion sin alimento, pero cuya verdadera causa la ocultaba cuidadosamente, temiendo añadir una pena mas, y una pena irremediable, á las muchas que ya tenia.

Pasé el verano, aislado, en el fondo de un valle desierto y sobre ásperas montañas, en una alquería que poseia mi padre y que

cultivaban una buena familia de labradores. Mi madre me habia enviado y confiado á los cuidados de aquellas pobres gentes, para que tomara allí los aires mas puros y bebiese leche en abundancia. Mi única ocupacion era contar los dias que me separaban del momento en que debia ir á esperar á Julia en nuestro delicioso valle de los Al-

me hablaba. Pero yo atribuia estas disonancias á alguna sombra ligera entrevista en el porvenir, ó á la impaciencia por la lentitud de los dias, sombras que habrian tal vez cruzado por las páginas que me escribia.

El aire elástico de las montañas, el sueño de la noche, los paseos del dia, el traba-



De repente vimos flotar sobre las aguas las alas inmóviles de una golondrina.

pes. Las cartas que recibia y contestaba diariamente, alimentaban esta dulce esperanza. Estas cartas disipaban con mil cariñosas palabras la nube de presentimientos sinietros que nuestra despedida habia dejado sobre mi alma. De tiempo en tiempo alguna frase de dolor y de tristeza, puesta involuntariamente entre aquellas perspectivas de felicidad, como una hoja seca entre las verdes hojas de la primavera, formaba en mi mente una triste contradiccion con la tranquilidad y la perfecta salud de que ella

jo corporal en el jardin y en los campos de la alqueria de mi padre, y mas que todo la proximidad del otoño y la seguridad de volver á ver á la que disponia de mi vida con sus miradas, restablecieron mi salud como por encanto. No quedaba en mi mas vestigio de mis dolores pasados que una melancolia dulce y reflexiva esparcida en todo mi ser; era como la bruma de una mañana de verano; el silencio que parecia contener un misterio; un instinto de soledad que hacia creer á los paisanos supersticiosos de las

montañas que yo estaba en relaciones con los géneos de los bosques.

El amor habia estinguido en mi todo germen de ambicion. Habia aceptado mi pobreza y mi oscuridad, conformándome con ella por toda mi vida. La resignacion piadosa y tranquila de mi madre se habia insinuado en mi espiritu con sus santas y dulces palabras. No tenia otros sueños que los de trabajar diez ú once meses al año, de cualquier modo que fuese, y economizar lo bastante para ir á pasar uno ó dos meses al lado de Julia; luego, si el anciano llegaba á faltarle, el de consagrarme como un esclavo á su servicio, como Rousseau á madama de Warens, el de retirarnos á alguna cabaña solitaria de aquellas montañas, ó á alguno de los sitios conocidos de nuestra Saboya, viviendo de ella como ella viviria de mí, sin volver jamás la cara al mundo vacío, y sin pedir al amor otra recompensa que la felicidad de amar...

XCH.

Una sola cosa me sacaba algunas veces de las regiones de mis sueños, y era la escasez cruel en que se encontraba la casa de mi padre á causa de los gastos inútiles originados por mí. Las cosechas habian sido escasas por espacio de muchos años seguidos, y acontecimientos imprevistos habian casi cambiado en miseria la humilde medianía de mis parientes. Cada vez que iba el domingo á ver á mi madre, me contaba sus apuros y vertia lágrimas en mi presencia, lágrimas que ocultaba á mi padre y á mis hermanos. Yo mismo llevaba una vida miserable. No tenia otro alimento en la pequeña alqueria que pan moreno, leche y huevos del corral. Vendia secretamente y uno trás otro en la ciudad todos cuantos objetos y libros habia traído de Paris, para poder pagar los portes de las cartas de Julia, por las que hubiera vendido mi propia sangre.

Entretanto el mes de setiembre tocaba á su fin. Julia, que escribia el mal estado de la salud de su marido, que se debilitaba de dia en dia (fraude piadoso del amor para ocultar sus propios males y evitarme crueles dolores), la retenian en Paris mas tiempo del que habia creído; pero me animaba á marchar sin demora para ir á esperar á Saboya. Allí se debia de todos modos reunir conmigo á fines de octubre.

Esta carta estaba llena de los mas solícitos cuidados de una hermana hácia un

hermano querido. Me encargaba y me mandaba, por la soberana autoridad de su amor, que estuviese siempre en guardia contra una enfermedad que se oculta bajo el aspecto de una juventud floreciente, y que la agosta y destruye en el momento en que se creia haber triunfado de ella.

Esta carta contenia además una consulta y una prescripcion de su médico y del mio el digno doctor Alain. En ella me mandaba en los términos mas precisos y con las mas alar nantes amenazas, que permaneciese mucho tiempo en los baños de Aix. Enseñé á mi madre este plan del doctor Alain para motivar mi partida. Habia concebido ella misma tal temor por mi salud, que no cesaba de unir sus súplicas á las instrucciones de los médicos para decidirme á partir. Pero ¡ay! me habia dirigido en vano á algunos amigos tan pobres como yo y á algunos crueles usureros para reunir la pequeña cantidad de doce luises, indispensables para mi viaje. Mi padre estaba ausente hacia seis meses. No podia por ningun concepto agravar la escasez y la inquietud de mi madre pidiéndole dinero. No podia tampoco tomar dinero á préstamo sino haciendo pública una miseria tan humillante ya á sus ojos. Disponíame ya á partir con dos ó tres luises solamente, esperando encontrar lo demás en la generosidad de mi amigo L., en Chambéry. Pero pocos dias antes de mi marcha, mi madre, pensando en ello por la noche, halló en su corazon recursos que únicamente el corazon de una madre puede encontrar.

XCHH.

Habia en uno de los ángulos del pequeño jardin que rodeaba por ambos lados la casa paterna un pequeño bosquecillo de árboles, compuesto de dos ó tres tilos, de una encina verde, de siete ú ocho tortuosos álamos, restos de un bosque plantado hacia algunos siglos, y respetados sin duda como el génio de aquel recinto cuando se habia desmontado la colina, edificado la casa y cercado el jardin. Estos hermosos árboles formaban el punto de reunion, al aire libre, de toda la familia en los dias de verano. Sus botones en la primavera, sus matices en el otoño, sus hojas secas en el invierno, reemplazadas por la escarcha que sostenian sobre sus ramas seculares como una blanca cabellera, nos indicaban la sucesion de las estaciones. Su sombra, que se recogia á sus piés, ó que se estendia sobre el césped

que lo rodeaba, nos señalaba la hora mejor que un reló de sol. Mi madre nos habia criado y mecido bajo sus hojas. Mi padre se sentaba allí con un libro en la mano al volver de caza, colgando la escopeta de sus ramas y con los perros jadeantes acostados al lado del banco de madera. Yo mismo habia pasado allí las mas dulces horas de mi juventud con Homero y Telémaco, abiertos delante de mí sobre la yerba. Gustábame tenderme sobre el tibio césped y apoyado en los codos, teniendo delante de mí un libro, en el que de vez en cuando las avispas ó los lagartos borraban momentáneamente las líneas.

Cantaban allí los ruiseñores sin que se pudiese jamás descubrir sus nidos, ni aun la rama de donde salia su voz. Este bosquecillo era la gloria, el recuerdo, el objeto del amor de todos. La idea de convertirlo en unos cuantos escudos que no dejarían memoria al corazón, ni alegría, ni sombra, no le hubiera ocurrido á nadie sino á una madre dolorosamente angustiada por la salud de su hijo único; esta idea se le ocurrió á mi madre. Con la vivacidad del instinto y la firmeza de resolución que la caracterizaban, y temiendo sin duda que la detuviese un remordimiento ó una tierna resistencia por parte mia si me pedia parecer, llamó á los leñadores una mañana muy temprano, y vió al hacha hendir las raíces. volviéndose despues y llorando para no oír la caída y los gemidos de aquellos antiguos compañeros de juventud sobre el suelo desnudo del jardín.

XCIV.

Quando al domingo siguiente, volviendo á M^{***} busqué con la vista desde lo alto de las monañas el grupo de árboles que adornaba tan agradablemente la colina, y que ocultaba al sol una parte de la casa, creí soñar no viendo en su lugar mas que un monton de troncos derribados, ramas descortezadas y resinosas, y el caballete de los aserradores de tablas, semejante á un instrumento de suplicio, en que la sierra rechínaba hendiendo los árboles con sus dientes. Corrí con los brazos estendidos hácia el cercado. Abrí, temblando, la pequeña puerta del jardín... ¡Ay! ya no quedaba de pie mas que la encina, un tilo y el mas antiguo de los álamos, bajo los cuales habian colocado el banco.

—Aun queda bastante, me dijo mi madre, que vino hácia mí ocultando sus lágrimas y arrojándose en mis brazos; la sombra

de un árbol vale tanto como la de un bosque. Y además, ¿qué sombra valdria tanto como la tuya? Nada tienes que decirme. He escrito á tu padre que los árboles incomodaban á las hortalizas. No hay nada que hablar. Despues, llevándome hácia la casa, abrió su cómoda, y sacando de ella una bolsa medio llena de escudos:

—Toma, me dijo, ya puedes marchar. ¡Los árboles me serán suficientemente pagados si vuelves curado y dichoso!

Tomé el dinero avergonzado y llorando. Consistia este en 600 francos. Peo interiormente resolví devolvérselo á mi pobre madre.

Sali á pié con mis botines de cuero y mi escopeta á la espalda como un cazador. Solo llevaba conmigo 100 francos reunidos de lo poco que yo tenia y de la venta de mis últimos trabajos, con el fin de no ser en modo alguno gravoso á mi madre. El precio de los árboles me hubiera hecho mal. Le dejé escondido en la alquería para devolvérselo á la que tan heroicamente lo habia arrancado de su corazón. Comia y dormia en los mas humildes bodegones de los pueblos. Me tomaban por un pobre estudiante suizo que volvia de la universidad de Strasburgo. No me hacian pagar mas que estrictamente el pan que habia comido, la lumbre que habia gastado y el colchon en que habia dormido. Llevaba únicamente un libro que me ponía á leer delante de la puerta. Este libro era el Werther en alemán. Como estaba en caracteres desconocidos para ellos, confirmaban la idea de que yo era un extranjero.

Atravesé de este modo las dilatadas y pintorescas gargantas del Bugey, y pasé el Ródano al pié de la roca de *Pierre-Chatel*. El rio encajonado lava constantemente la base de esta roca con una corriente tan rápida como la piedra de un molino, y tan cortante como un cuchillo, como para derribar aquella prision de estado que entristece sus aguas con su sombra. Atravesé lentamente el *Montduchat* por la senda practicada por los cazadores de gamos. Habiendo llegado á la cima de este monte, contemplé á mis piés los valles de Aix, de Chambery, de Annecy á lo lejos, y mas cerca el lago matizado de rosadas tintas por los rayos flotantes del sol de la tarde. Parecíame que una sola figura llenaba la inmensidad del horizonte. Elevábase esta de los campos en que nos habíamos encontrado, del jardín del anciano médico, cuyo techo saliente de pizarra se dibujaba entre el humo de las chimeneas de la ciudad, de los higueras, de la pequeña torre de Bont-Port, de los castaños, de la colina de Treserves, de los bos-

ques de S. Inocencio, de la isla de Chatillon, de las barcas que entraban en las raldas, de toda aquella tierra, de todo aquel cielo y de todas aquellas aguas. Caí de rodillas contemplando aquel horizonte ocupado por una sombra; abrí los brazos y los volví á cerrar como si hubiese estrechado su alma al estrechar el aire que habia pesado sobre todas aquellas escenas de nuestra felicidad, sobre todas aquellas huellas de nuestros pasos. Me senté despues detrás de una roca cubierta de bojés que impedían á los pastores verme al pasar por el sendero.

Allí permanecí en contemplacion y entregado á mis recuerdos, hasta que el sol iluminó únicamente las cimas de nieve del Nivolex. No queria ni atravesar el lago, ni entrar en la ciudad durante el dia. La pobreza de mi trage, la escasez de mi bolsa, la frugalidad de la vida á que me condenaba la necesidad para poder vivir algunos meses al lado de Julia, hubieran chocado demasiado á los habitantes de la casa del anciano médico. Contrastaba esto demasiado con la elegancia de los vestidos y con el modo de vivir que habia yo tenido allí el año anterior. Hubiera tal vez avergonzado á cualquiera persona á quien me hubiese acercado á pedir una habitacion en aquella morada de lujo. Tomé, pues, la resolucion de introducirme de noche en un barrio de chozas que hay al borde de un arroyo entre las campiñas al pié de la ciudad.

Conocia yo allí á una pobre criada, llamada Fanchette. Se habia casado un año hacia con un barquero, y habia puesto en el granero de su casa una ó dos camas para poder hospedar á uno ó dos pobres enfermos por quince sueldos diarios. Me habia reservado anticipadamente una de esas camas y un hogar en la pobre mesa de la buena mujer, encargándola el secreto. Mi amigo L*** de Chambery, á quien habia escrito indicando el dia de mi llegada, se habia anticipado algunos dias para prevenir á Fanchette que me guardase la habitacion. Además, la habia rogado que recibiese mis cartas á su nombre en Chambery. Estas cartas me las debia mandar por medio de los conductores de carruajes que van continuamente de una ciudad á la otra.

Durante mi permanencia en Aix debia vivir encerrado en la pequeña habitacion de la casa del arrabal, hasta que llegase la noche. Entonces me dirigiria por las afueras de la ciudad á la casa del anciano médico. Entraria por la puerta del jardin que se abria al campo, y pasaria las solitarias horas de la noche en deliciosas conversaciones. Contemplábame dichoso con su-

frir tantas incomodidades y tanta humillacion en cambio de aquellas horas de amor. De esta manera conciliaba, á mi entender, los deberes que me imponian el sacrificio de mi pobre madre, con el culto á la imágen que adoraba.

XCV.

Por una piadosa supersticion del amor, habia medido á pasos el largo camino que tenia que recorrer á pié para llegar del otro lado del Mont-du-Chat á la abadía de Haute-Combe el dia mismo del aniversario de aquel en que el milagro de nuestro primer encuentro y la revelacion de nuestros dos corazones se habia operado en el pobre albergue de los pescadores y á la orilla del lago. Me parecia que los dias tenian su destino como las demás cosas humanas, y que volviendo allí á encontrar el mismo sol, el mismo mes, la misma fecha, y el mismo sitio, encontraria una parte del todo que tanto deseaba. Esto seria al menos un agüero de nuestra próxima y larga reunion.

XCVI.

Desde el borde de las cortadas pendientes que bajan de la cima del Mont-du-Chat hácia el lago, veianse ya á mi izquierda las antiguas ruinas y la sombra dilatada de la abadía, que cubria una vasta estension de las aguas. En pocos minutos llegué á ellas; el sol se hundia por detrás de los Alpes. El lento crepúsculo del otoño envolvía las montañas, las riberas y las olas. Sin detenerme en las ruinas, atravesé con rapidez el hermoso campo en que nos habiamos sentado sobre las piedras del molino al lado de las columnas. Estas y las piedras estaban allí aun; pero no se veia el resplandor del fuego detrás de los vidrios de las casas de los pescadores, ni el humo sobre su chimenea, ni redes puestas á secar sobre la empalizada del jardin.

Llamé, pero no me respondieron. Sacudí el picaporte de madera, y la puerta se abrió por sí misma. Entré en aquella pequeña habitacion de ennegrecidas paredes; pero el hogar estaba barrido y ni aun habia cenizas. Habian desaparecido la mesa y los muebles. Las baldosas de piedra del pavimento estaban cubiertas de paja y de plumas desprendidas de cinco ó seis nidos de golondrinas, suspendidos como una cornisa

de las negras vigas del techo. Subí la escalera, clavada en la pared; esta escalera conducía á la habitacion alta en que Julia volvió de su desmayo con la mano colocada sobre mi frente. Entré allí, como se entra en un santuario ó en un monasterio; paseé mis miradas por la habitacion. Habian desaparecido las camas, los armarios y las sillas de madera. Un ave nocturna agitó pesadamente sus alas al ruido de mis pasos, golpeó las paredes con sus plumas, y se escapó lanzando un chillido por la ventana de la habitacion. Apenas podía reconocer el sitio en que me habia arrodillado durante aquella terrible y deliciosa noche al pié de la cama ó del ataúd de la jóven moribunda. Besé el suelo. Me senté largo rato sobre el borde de la ventana, procurando reconstruir en mi memoria el sitio, los muebles, el lecho, la lámpara, las horas que permanecian fijas en mi interior, aun cuando un año de ausencia lo habia desfigurado todo. No encontré á nadie en los alrededores desiertos de la cabaña que pudiese informarse de los motivos que habian causado su abandono. Creí comprender por la paja que quedaba aun en el corral, por los pichones que volvian á colocarse sobre el tejado, por las piedras del molino esparcidas por los alrededores, que la familia habia ido á hacer la recoleccion tardía de las altas cimas de la montaña, y que aun no habia vuelto. Esta soledad que me rodeaba me parecia triste, aunque no tanto como me hubiera parecido la presencia y los pasos de las personas indiferentes en aquel lugar sagrado para mí.

Me hubiera sido preciso contener ante ellos mis miradas, mi voz, mis acciones, y ocultar las impresiones que me asaltaban. Me decidí á pasar la noche en aquel recinto. Subí paja del corral y me tendí sobre el suelo, en el mismo sitio en que Julia habia dormido con aquel sueño de muerte. Arrimé mi escopeta á la pared; saqué de mi zurrón un pedazo de pan y un poco de queso que habia comprado en Seynel para comer en el camino. Fui á beber á la fuente que corre y se detiene alternativamente como una respiracion de la montaña sobre la verde esplanada que se estiende bajo las ruinas de la abadía.

XCVII.

Sobre estas llanuras y sobre estas tierras abandonadas del ruinoso monasterio, hay en las horas de la tarde el mas delicioso horizonte que se ha presentado nunca á

la vista de un solitario, de un admirador ó de un amante; la sombra verde y húmeda de la montaña, el ruido de su manantial y el roce de las hojas, las ruinas, los lienzos de las paredes festoneados de yedra, los arcos llenos de oscuridad y de misterio, el lago y sus tranquilas olas arrastrando lentamente una tras otra las ondas de espuma como los pliegues de la sábana de un lecho para despertar de su sueño sobre la menuda arena y al pié de las rocas.

En la orilla opuesta, las azuladas montañas, revestidas de sombras transparentes; á la derecha, y en lo que la vista puede alcanzar, la luminosa avenida que traza el sol y que tiñe de púrpura sobre el agua y el cielo al ocultarse. Me sumergí en aquellas sombras y en aquella luz, en aquellas nubes y en aquellas aguas, incorporándome á aquella naturaleza, creyendo de este modo incorporarme á la imágen de aquella que formaba para mí la naturaleza entera. Decia para mí: — «La he visto! ¡Allí está la distancia que me separaba de su barco, cuando le vi luchar contra la tormenta! ¡Aquella es la playa á que abordó, aquel el campo en que nos hicimos aquella larga y mútua confidencia á la luz del sol, y donde ella volvió á la vida para duplicar la mia! Allí están las copas de los álamos de aquella tortuosa calle que se dibuja como una verde culebra saliendo de las aguas. ¡Hé allí las chozas, los prados, los bosques, los castaños, los caminos abiertos en las faldas de los montes, donde yo cogia flores, fresas y castañas con que llenaba su delantal! Aquí me dijo esto; allí la confesé el secreto de mi alma; mas allá permanecimos toda una tarde en silencio contemplando la postura del sol, con el corazón lleno de entusiasmo y sin poder articular una sola palabra. En aquella ola fué en la que dudé morir. Sobre esta playa me juró conservar su vida.

Bajo aquel grupo de nogales, entonces sin hojas, se despidió de mí, prometiéndome que la volveria á ver antes de la caída de las hojas nuevas. Ya ha llegado ese tiempo. El amor es tan fiel como la naturaleza, y dentro de pocos dias la volveré á ver... ó por mejor decir, la veo en este momento, puesto que estoy aquí para esperarla, y esperar de esta manera es verla anticipadamente,

XCVIII.

Además se representaba á mi imaginacion el momento en que, paseándome por los campos sembrados por los nogales, que

bajan desde la montaña hasta detrás del jardín del anciano médico, veía por fin la ventana de la habitación abrirse por primera vez, y una mujer, con la cabeza envuelta en negros y largos cabellos, apoyada entre las cortinas y pensando en el hermano que buscaba en medio de aquella naturaleza, de la que tampoco veía más que á él... y mi corazón con aquella imagen se agitaba con tal ímpetu en mi pecho, que me veía obligado á alejarla un momento para poder respirar.

Entretanto la noche había cerrado casi enteramente; las aguas no se veían sino á través de una niebla de claro-oscuro que sombreaba su superficie. En el silencio profundo y universal que precede á la noche, el ruido acompasado de dos remos que parecían acercarse á la orilla hirió mis oídos. Bien pronto divisé sobre el agua una pequeña mancha movible que se agrandaba aproximándose, y que se deslizó en la pequeña ensenada que había delante de la casa del pescador, despidiendo una ligera oleada de espuma por cada lado: pensando que tal vez sería el pescador mismo que volvía de las costas de Saboya á su abandonada habitación, bajé precipitadamente de la ruina á la plaza, para salir á recibir el barco y esperé en ella á que hubiese abordado.

XCIX.

Apenas pudo divisarme me gritó: «¡Caballero! ¿Sois por ventura el joven francés que esperan en casa de Fanchette y á quien estoy encargado de entregar esta carta?» Hablando así se arrojó al agua, que le llegaba hasta la rodilla, y adelantándose hacia mí con una abultada carta en la mano, me la entregó. Conoci por su peso que aquella carta encerraba otras muchas; rompí precipitadamente la primera cubierta, y leí con trabajo á la luz de la luna, una carta de mi amigo L*** fechada aquella misma mañana en Chambéry. L***, me decía en ella que mi habitación estaba encargada y preparada en la casa de la pobre mujer del arrabal; que ninguna persona había llegado aun á París á casa del anciano médico, y que, sabiendo por mí que estaría aquella misma tarde en Haute-Combe, y que allí pasaría la noche y parte del día siguiente, se aprovechaba de la salida de un barquero, hombre de confianza, para enviarme aquel paquete de cartas que habían llegado hacia dos días, y de que sin duda debería estar deseoso; que él vendría á buscarme al día siguiente por la tarde á Haute-Combe: que

atravesaríamos el lago, y entraríamos en la ciudad á la caída de la tarde.

C.

En tanto que recorría con la vista aquella carta, tenía el paquete en mi mano trémula. Me parecía pesado como mi destino. Apresurémeme á pagar y despedir al barquero, impaciente por volverse al Ródano antes de que cerrase enteramente la noche; le pedí únicamente un cabo de vela para poder leer mis cartas, y me lo dió inmediatamente. A pocos momentos volví á oír el ruido de sus remos cortando de nuevo las aguas del lago.

Entré saltando de alegría en la habitación alta, donde había preparado mi cama de paja. Iba á volver á ver los sagrados caracteres de aquel ángel, en el mismo sitio en que se había presentado á mis ojos en todo su esplendor y en todo su amor. Estaba en la persuasión de que alguna de sus cartas me anunciaría su salida de París para reunirse conmigo.

Me senté sobre un montón de paja; encendí apresuradamente la vela y rompí el sobre. No noté hasta este momento que el sello era negro y que la letra era del doctor Alain. Este luto, en vez de la alegría que esperaba, me hizo temblar. Las demás cartas contenidas en otro sobre distinto, cayeron de mis manos y no me atrevía á leer temiendo encontrar... ¡ay! lo que ni la mano, ni los ojos, ni la sangre, ni las lágrimas, ni la tierra, ni el cielo podían borrar... ¡La muerte!... Leí, sin embargo, á través de las convulsiones de mi alma, que hacían oscilar las sílabas sobre el papel, estos cortos renglones:

«¡Sed hombre! Resignáos á la voluntad de aquel cuyos designios no son los nuestros; no teneis que esperar á nadie!... No la busqueis ya sobre la tierra, ha subido al cielo pronunciando vuestro nombre... El jueves al salir el sol... antes de morir, me lo ha confiado todo... Me ha encargado que os envíe sus últimos pensamientos, que ha escrito hasta el momento en que su mano se ha quedado helada sobre vuestro nombre... amadla en ese Cristo que no ha amado hasta la muerte, y vivid para vuestra madre!...

ALAIN.»

CI.

Cací sin sentido sobre la paja, y no volví en mí hasta que la temperatura glacial del viento de la noche se hizo sentir sobre mí

frente. Ardia aun la vela; tenia convulsivamente oprimida entre mis manos la carta del médico. El paquete intacto estaba en el suelo. Le abrí con mis labios, como si hubiese temido profanar, rompiéndolo con mis manos, aquel sello de un mensaje del cielo. Caye on de él sobre mis rodillas una por-

canzar esa felicidad!... Cuando á la puerta del jardin de Mousseau os dije: «Hasta otra vez, Rafael;» no me comprendisteis, pero Dios me comprendia. Quería decir: ¡hasta vernos eternamente en el cielo!... ¡Niño inocente! habia encargado á Alain que os engañase tambien y que me ayudase á ha-



Se me apareció en aquellos lugares elevarse resplandeciente é inmortal.

cion de cartas escritas de manos de Julia. Estas cartas estaban colocadas por orden de fechas.

Decia la primera:

«¡Rafael! ¡Rafael mio! ¡Hermano! ¡perdonad á vuestra hermana por haberos engañado tanto tiempo! ¡Nunca habia abrigado la esperanza de volveros á ver en Saboya!... ¡Sabia que mis dias estaban contados y que no viviria lo bastante para al-

ceros salir de Paris. Debía y queria ahorraros un dolor tan próximo, que hubiera destrozado vuestro corazon y aniquilado vuestras fuerzas... y además... perdonadme, otra vez os lo quiero decir todo: no queria que me viéseis morir... queria correr un velo entre vos y yo algun tiempo antes de la muerte... ¡Ah! ¡la muerte es tan fria!... Yo la veo, la siento y me horro-riza... ¡Rafael! ¡yo queria dejar en vuestros

reunirme á ella y á volverla á ver. Hay una distancia que Dios ha colocado entre la certidumbre de lo perdido y el sentimiento de la realidad, como los sentidos colocan otra entre el hacha que se ve caer sobre el tronco del árbol y el ruido que percibe el oído algún tiempo despues. Esta distancia debilita así el exceso del dolor engañándolo. Algún tiempo despues de haber perdido lo que se ama, no se ha perdido aun del todo y se vive con la prolongacion de esta existencia. Se experimenta una cosa comparable á la que siente la vista cuando se ha fijado algún tiempo en el sol poniente. Aunque el astro haya desaparecido en el horizonte, sus rayos no se han ocultado á nuestros ojos é irradian sobre nuestra alma. No es sino poco á poco y á medida que las impresiones se estinguen y se precisan al enfriarse, cuando se llega á creer en una separacion sentida y completa para poder decir: «¡Ha muerto para mí!» ¡Porque la muerte no es la muerte, es el olvido!

Senti este fenómeno del dolor durante aquella noche en toda su fuerza. Dios no quiso que bebiese todo mi dolor de una sola vez, temiendo anegar en él mi alma toda. ¡Me dió y me dejó por mucho tiempo la ilusion y la conviccion de la preseneia ante mis ojos y alrededor del sér celestial que no me habia permitido ver mas que un año, para tener que volver sin duda, durante toda mi vida, mis ojos y mi pensamiento hácia aquel cielo adonde la llamó en su primavera y en su amor!...

Cuando la vela del pobre barquero se hubo gastado, coloqué aquellas cartas sobre mi corazon. Besé mil veces el suelo de aquella habitacion, que habia sido la cuna de nuestro amor y que habia llegado á ser su sepúlcro; tomé mi escopeta y me lancé maquinalmente, como un insensato, á través de las gargantas de la montaña. La noche estaba sombría, se habia levantado viento, las aguas del lago, impulsadas contra las rocas, despedian en el choque un ruido tan semejante á la voz humana, que muchas veces me detuve y me volví creyendo oír pronunciar mi nombre.—¡Oh, sí, me llamaban, me llamaban desde el cielo!

CIV.

—Tú sabes, amigo mio, quién me encon-

tró en la mañana del siguiente dia, errante en el fondo de un precipicio, entre las nieves del Ródano. Tú sabes por quién fui vuelto á los brazos de mi madre.

.

Diez años han pasado sin poder arrastrar con ellos uno solo de los recuerdos de aquel grande año de mi juventud. Cumpliéndose la promesa de Julia de enviarme desde allá alguien que me consuele, Dios me ha cambiado su don por otro y no me lo ha quitado aun. Muy á menudo voy con la que hace mi esperanza, sufrida y dulce como la felicidad, á visitar el valle de Chambery y el lago de Aix. Cuando me siento en las alturas de la colinas de Aresserves, al pié de los castaños que han sentido latir su corazon; cuando contemplo aquel lago, aquellas montañas, aquellas nieves, aquellos prados, aquellos árboles, aquellas rocas escarpadas, impregnados de una atmósfera caliente que parece bañar la tierra entera en un perfume líquido; cuando oigo estremecerse á las hojas, zumbiar á los insectos, suspirar á las brisas, y las olas del lago rozar suavemente la orilla, con el ruido de una vela de seda que se desdobra pliegue por pliegue; cuando miro la sombra de la que Dios ha hecho mi compañera hasta el fin de mis dias dibujarse á mi lado sobre la arena ó sobre la yerba; cuando siento en mi interior una plenitud que nada mas desea en esta vida, y una paz no turbada por suspiro alguno, creo ver el alma feliz de la que un dia se me apareció en aquellos lugares elevarse resplandeciente é inmortal de todos los puntos de aquel horizonte, llenar ella sola el cielo y las aguas, brillar en aquella luz, infiltrarse en aquel éter, arder en aquellos fuegos, sumergirse en aquellas olas, respirar aquellos murmullos, orar, alabar, cantar aquel himno de vida que se desprende de las cascadas, formadas de nieve derretida, que caen sobre el lago y hacen descender sobre el valle y sobre los que se acuerdan de ella, una benedicion que se ve con los ojos, se escucha con los oídos y se siente en el corazon!

(Aquí llegaba el manuscrito de Rafael.

... en la ... del ...

...

... en la ... del ...